

MERCEDES ROSUA

**La Generación del
Gran Recuerdo**

©

CUPSA EDITORIAL MADRID



colección goliárdica

Dirección: MARÍA HERNÁNDEZ
ESTEBAN

© Mercedes Rosúa, 1977
Cupsa Editorial, Cristóbal Bordiú, 35, 2º (207), Madrid 3
(España)
Diseño de colección y cubierta: Hans Romberg
Montaje: Jordi Royo
En contraportada: Caballo Wei

**LA
GENERACIÓN
DEL GRAN
RECUERDO**

I

LOS CHINOS Y SU VISION DEL MUNDO EXTERIOR

CHINA Y EL RESTO DEL MUNDO

En cierto museo chino una pintura antigua reproduce a los embajadores y extranjeros en el acto de rendir pleitesía al Emperador. Son caricaturas: enormes narices y mostachos, ojos y cabellos de llameantes colores insólitos. En otra ocasión hojeamos en mi despacho del instituto de Lenguas Extranjeras de Sian un libro de láminas de arte. Una nos muestra una vasija de metal en forma de cabeza de macho cabrío. El joven profesor Chou, que nunca se distinguió por su diplomacia, exclama:

—¡Parece un europeo!

Me llevo la mano a la cara y le interrogo con la vista. Me va señalando en la lámina rasgos del animal que, por lo visto, nos son comunes a los occidentales desde su punto de mira: frente ancha y abombada, ojos grandes, nariz curva y los cuernos a modo de largo pelo enroscado hacia las sienes.

Y, sin embargo, las diferencias del chino respecto al occidental pueden ser mínimas. El prototipo del «amarillo» de nuestros libros escolares corresponde al chino del Sur, pero en amplias zonas del norte del país la diferencia respecto al europeo puede ser muy poco apreciable: el pliegue de los párpados no existe o apenas. La piel de los norteños, sobre todo en partes del cuerpo como las piernas,

casi nunca expuestas al sol, es mucho más blanca que la mía. Son los del Norte altos y vigorosos, de nariz achatada en rostro amplio. Es muy característico, eso sí, las cejas clareadas, un ancho trazo ceniciento, y el cabello duro, grueso y negro, castaño a veces, sin que se den jamás tintes claros de pelo u ojos, a excepción de los albinos. Los rostros lampiños enrojecen con facilidad. La sonrisa, usada de continuo, no corresponde en sentido funcional al mismo gesto que en Occidente. En China la sonrisa traduce conformidad o atención a lo que se dice; sirve para eludir la respuesta, la palabra, para ocultar emociones. Normalmente es, pues, un gesto de defensa, atención, aquiescencia, y, sólo en ocasiones, de alegría.

La tolerancia respecto al extranjero corre parejas con la campana neumática en que se mantiene al pueblo. Al aislamiento y a la xenofobia tradicionales chinos suma el sistema una serie de medidas destinadas a hacer del occidental un ser extraplanetario. Por ello, a fin de cuentas, las diferencias de vestimenta y de usos resultan minimizadas por el factor capital de la «extranjereidad», y se muestra gran tolerancia y cortés indiferencia hacia la apariencia y las costumbres, lo mismo que un selenita resultaría ajeno para nosotros se vistiera como se vistiese. Claro es que, a ciertas horas y en ciertos lugares, hay más posibilidades de pasar medianamente inadvertido con chaqueta y pantalones de color negro que con vestido, tacones y uñas pintadas, elementos perfectamente insólitos en China.

Los que no tienen aspecto anglosajón, como es mi caso, pueden esperar de los chinos mayor discreción y más benévola apreciación en el plano físico que los rubios y pelirrojos de ojos claros, forma por cierto con que los chinos representan a sus genios malignos.

De todas maneras, los muros de las diferencias corporales y lingüísticas no serían tan eficaces ni perdurables si no estuvieran reforzados por todo el aparato del régimen, evidentiísimamente destinado a perpetuar la «extranjereidad» del extranjero, a separarle del pueblo y a imposibilitar el contacto real humano.

ALGO DE HISTORIA

Si la ciudad de Sian misma tiene pocos atractivos para el viajero, exceptuando sus murallas y puertas, sus alrededores los poseen sobrados. El lugar que mi grave ignorancia me hizo buscar en el mapa apresuradamente, tras oír su nombre en la embajada de China en Bruselas, es históricamente crucial en este inmenso país a escala de continente. Podríamos decir que China comenzó aquí, en estos valles del río LO y del río Wei. La dinastía Xía, fundada por Yü en la prehistoria de los siglos XXI-XVI a. de C, apunta envuelta por la leyenda mítica, pero los Shang son ya perfectamente históricos y, con ellos, en los siglos que van del XVI al XI antes de nuestra era, ya se utiliza la escritura, escritura por cierto del tipo de la China actual, lo que indica una continuidad cultural asombrosa.

En esta región se asienta, tras los Wei, la dinastía Chou, que durará unos mil años, estableciendo su capital cerca de Sian. Los Chou del Este reinan del siglo VII al III, los Chou del Oeste, entre el 841 y el 770 a. de C. Con el ocaso de los Chou se suceden los períodos de «la Primavera y del Otoño» y de «los Estados Combatientes». Tras el período de luchas y de unificación que transcurre entre el 246 y el 221 surge la primera gran figura a escala nacional, centralista: el emperador Chin Shih-huang, al que Mao admiró perdidamente en su juventud, soñó con imitar, y presentó a la devoción popular como su lejano *alter ego*. Shih-huang, duque de Tsin en la provincia de Chensí antes de fundar la dinastía Chin, reinó al parecer del 221 al 210 antes de Cristo. Hizo edificar la Gran Muralla, alzó un palacio cerca de Sian. Gran gobernante, férreo dictador, eficaz, imperialista, aglutinó en un reino gigantesco los principados, ordenó unificar los sistemas de monedas, pesas y medidas; hizo quemar libros y enterrar vivos, habiéndoles amputado los pies y las manos, a los letrados, eliminando así toda influencia que no fuera la suya propia. La palabra «China» viene de Chin (de la dinastía Chin) y del sufijo *-a*, en sánscrito «tierra».

Los sucesores de Shih-huang fundaron la dinastía Han, con capital en Chang-An (antiguo nombre de Sian, que significa «Larga Paz»). Fue aquella una época significativa, del siglo m a. de C. al ni d. de C. Su recuerdo marcó a los chinos lo suficiente como para que se denominaran a sí mismos hasta nuestros días *Han-ren* («Hombres de Han»), a diferencia de los chinos pertenecientes a las minorías nacionales.

Al glorificar Mao a Shih-huang y, al mismo tiempo, lanzar a todo el país contra el filósofo Confucio, propugnó con claridad el predominio del totalitarismo autoritario y el anatema contra la crítica por parte de los intelectuales, a los que, si no los pies y las manos, sí amputó la pluma, la palabra y la libertad en ciertos casos.

Los Han tuvieron una proyección cultural, científica y artística que recuerda al apogeo egipcio o a la Córdoba musulmana. Por entonces se comenzó el cultivo del té, la fabricación del vino, se inventaron la brújula, el papel y la porcelana vidriada. El reino se expande, ocupa Corea, penetra en Indochina y Asia central. Las caravanas recorren la Ruta de la Seda hasta el Irán. El pensamiento gira en torno al humanismo confuciano de los letrados.

Las estatuas de la época suspenden por su extraña y lograda armonía, por la vivacidad de las figuritas de animales, por sus caballos y jinetes, por cierto esquematismo expresionista, tan lejos de la repetición académica. A esta época pertenecían los sudarios imperiales de láminas de jade, cosidas con hilos de oro, uno de los cuales había tenido yo ocasión de ver, antes de mi partida de Europa, en la exposición de París.

Los Han reinan del 206 a. de C. al 220 d. de C. (los Han del Oeste del 206 a. de C. al 24 d. de C, y los Han del Este del 25 a. de C. al 220 d. de C). Sigue el período llamado de los Tres Reinos, del 220 al 280; los Tsin, del 265 al 420; las dinastías del Norte y del Sur, del 420 al 589; los Sui, que desplazan la capital al Sur, a Nankín (que significa «capital del Sur»), y reinan del 589 al 618.

Pero el cénit de estas civilizaciones llega con la dinastía

Tang, que se mantiene en el poder del 618 al 907. Bajo los Tang madura lo más granado y esplendoroso de la Historia de China. Chang An, que ha vuelto a ser capital —y lo será, así como Lo-yang, durante esta dinastía—, es una ciudad fabulosa, abierta generosamente a todo y a todos, con una extensión seis veces superior a la de la Sian actual.

Es la edad de oro de las artes y las letras. Mercaderes y viajeros árabes, persas, indostánicos llegan por la Ruta de la Seda, por Cantón y por el Tarim, visitan el Imperio, se establecen en él, reciben y aportan cultura. Se dice que la colonia extranjera de Sian quizá llegaba a las diez mil almas (*O temporal*). Según Simón Leys, Sian era por entonces la ciudad más grande del mundo y contaba con más de dos mil establecimientos comerciales extranjeros. Hubo misioneros nestorianos, mazdeístas, una comunidad judía en Hunán —hoy desintegrada—. Los grupos mahometanos aparecen en fecha incierta. Los chinos, a su vez, viven un momento espiritual decisivo: la introducción de los libros búdicos en China. Con este fin viajan hasta la India devotos, que regresan al cabo de los años con las escrituras sagradas, cuyas sutras serán traducidas del sánscrito al chino. El libro impreso más antiguo que existe es una sutra budista, reproducida en el año 868 y hallada en las grutas de Tun-huan. A esta época pertenece un viaje histórico, incorporado prontamente a la saga popular, reproducido y deshojado hasta nuestros días en cuento y leyenda: el *Peregrinaje a Occidente*. La base histórica es el viaje en el 629 del monje Hsüang Tsang a la India, en busca de las escrituras búdicas; el libro llamado *Tripitaka* es en realidad un código budista. Sobre este largo y accidentado viaje, a través del río Tarim, el desierto de Gobi, el Turkestán y el Afganistán, que duró treinta años, se engarzaron una serie de aventuras aderezadas con tres compañeros míticos de Hsüang Tsang: otro monje llamado Se Ho-siang; un hombre con cabeza de cerdo, Chu-Pa-che; y el héroe popular, el Rey de los Monos, valiente, astuto, capaz de transformarse en setenta y dos cosas distintas y de, ar-

mado de un garrote mágico, llevar su rebeldía hasta desafiar al Rey de los Cielos en sus dominios: el Emperador del Jade. La leyenda pasó a la literatura en una narración de Wu Chen-en, escrita en el siglo XIV, que se popularizó rápidamente.

La irradiación política va a la par de la cultural. La tribu turca de los uigures se alía a los Tang; el emperador Tai Tsung envía embajadas a la india; la viuda de Kao Tsung, la emperatriz Wu Tsu-tien, deja la huella de su personalidad extraordinaria, terrible e inteligente. Con Hsiüang Tsung la dinastía llega al clímax y comienza a rodar hacia el ocaso, el emperador somete a los príncipes hindúes y es sometido por la belleza de su concubina Yang Kwei-fei.

Las obras de arte de los Tang nos imponen hoy el silencio rendido, el leve choque interior de encontrarnos ante algo cumbre de una forma de civilización; nos imponen la reflexión. Porque, viendo las obras posteriores a los Tang y a los Sung —siglos IX al XIII—, se tiene la impresión de que, tras esa plenitud, algo se atoró en el mecanismo y el Reino del Medio comenzó a dar infinitas y empobrecedoras vueltas sobre sí mismo, eyectando lo exterior, consumiendo lo interior, como un embrión de pollo la clara del huevo, repitiéndose y recargándose en arte de un bizantinismo académico, en un barroco de siglos y de copistas, en cuyas obras no resta ni sombra del enérgico genio creador de los Tang, de la impresionante belleza de sus estatuillas. Se diría que, tras el siglo XIII, las rutas se transformaron en murallas, dentro de las cuales se afiligranaba, se rizaba el rizo minucioso y paciente del detalle. Los artífices se pasaban la vida haciendo la permanente a monstruos y tatuando jarrones, trabajando por pulgadas, por años. Al pasar por orden cronológico frente a las vitrinas, sus objetos recargados y sinuosos nos recuerdan a los peces rojos, modificada la especie con cruces; a los torturados árboles enanos y a las piedras rebuscadas de los jardines. Estas formas curvas parecen apretarse, retorcerse, como si les faltara espacio mental y estético, serpentean sobre sí en la asfixia de creatividad, se curvan como el pie de las mujeres, encerrado en pleno crecimiento en su implacable y

minúsculo botín. ¡Bien lejos está el arte de los siglos XIV al XX de aquellas prodigiosas obras anteriores!

En cuanto al arte actual, he tenido ocasión de visitar talleres de artesanía. La producción se divide en dos sectores bien diferenciados según su clientela, y tan abominables el uno como el otro en calidad artística: Uno, destinado a la exportación, a base de reproducciones pedisecuas de las chinerías tradicionales; el otro, fabricando en serie los pastelillos de la iconografía oficial del régimen: lugares sagrados revolucionarios, seres y cosas que Mao, yéndolos mirando, vestidos los dejó de su hermosura; salidas gloriosas de sol, y todo ello acaramelado, brillante, guarnecido de nácares y plumillas.

Ocurre que el arte ha fotografiado perfecta, implacablemente, la situación sociopolítica de China hoy como ayer. La China de los Han y de los Tang, de los Sung, y hasta los Yuan en el siglo XIV, es creativa, abierta, cultural y socialmente activa, cosmopolita incluso, como en el caso que he citado de Chang An. Con el advenimiento de la dinastía Ming (1368-1644) se establece un sistema totalitario y, como es necesidad inherente a este tipo de estructuras, cerrado, xenófobo, enemigo de contactos y de cambios. La dinastía siguiente, los manchúes Ching, que ocuparán el trono del 1644 al 1911, perpetúa cuidadosamente esta herencia de totalitarismo y cerrazón. La imagen de China, que se difunde en Occidente a partir del siglo XIV, es ya, pues, la de la China anquilosada y celosa de su aislamiento, y ésta será la visión que se irá afirmando en Europa en los siglos siguientes, y la que necesariamente identificará las características propias al sistema impuesto por los Ming y los Chin con las características *sui generis* eternas del Imperio del Medio. Lo mismo que las chinerías que invaden Europa son los amanerados, barrocos y repetitivos frutos del bizantinismo Ming, Ching. Y, sin embargo, otra China creativa y amplia existió, y, sin duda, aún existe.

Por lo visto, cada dinastía china tenía —quizá con honrosas y prácticas excepciones— la aséptica costumbre de destruir las huellas de la precedente. Al parecer, la inigualable

Chang An ardió durante meses sin más consecuencias que quedar destruida en su totalidad. Fue de nuevo capital con los Ming sin recuperar por ello, como tampoco China, su antiguo brillo. De los Ming datan los monumentos de la Sian actual: las torres de tambores y campanas, las murallas y puertas. Pero en Japón se encuentra una réplica de la Chang An fabulosa. La influencia cultural y artística de los Tang se proyectó sobre el Imperio del Sol Naciente. Estudiantes y diplomáticos japoneses visitaron China y luego llevaron a su país las costumbres y modas de Chang An, copiando ya arquitectura de ésta en la ciudad japonesa de Nara.

He leído con interés bien comprensible la narración que hace Simón Leys de sus vagabundeos por Sian, durante una visita en 1972 a la búsqueda de monumentos que le eran familiares antes de la revolución cultural. Tras dar esquinazo a sus acompañantes y guías forzosos, pudo llegar al templo de los dioses Lares de la ciudad (Cheng-huang miao) y a la Gran Mezquita (Ching-chen-su), cuyas puertas le fueron amablemente abiertas por la gente del barrio. Los pabellones habían sido completamente devastados por los guardias rojos durante la revolución cultural, no quedaba sino el recuerdo de esculturas y pórticos. Como hubiera mostrado a un funcionario deseos de visitar el monasterio de la dinastía Sung, llamado Las Cinco Terrazas del Oeste, e insistiera en su demanda, el funcionario acabó por contestarle que no quedaba nada por ver en el monasterio después de que los guardias rojos lo habían quemado.

Por fortuna, entre la multitud de templos, museos, etc., cerrados tras la revolución cultural no se incluía el Museo Histórico de Sian, uno de los más bellos del mundo, no sólo por su inestimable contenido, sino por estar instalado en un conjunto de pabellones alzados durante los Tang, que fueron templo de Confucio, e incluir en su recinto una graciosa casa de té del siglo VIII.

La primera sala es la provincial, y guarda, entre otras piezas, una estatua de caballo de piedra del siglo IV y una campana de bronce del VIII. La segunda sala contiene

bronces, cerámicas, porcelanas, estatuas Han, Wei, Tang. Este museo guarda además cuatro de los cinco caballos Wei, mundialmente célebres. Quien ha visto —de ellos— el que, de la carrera, ya pasó al vuelo y apoya uno de sus cascos en el dorso de una golondrina, que vuelve sorprendida la cabeza, quien vio esta maravilla, vio la libertad misma. El dinamismo milagrosamente plasmado en la *Victoria de Samotracia* se halla por igual, soberbiamente, en esta pieza única, en su vertiginoso equilibrio lanzado hacia adelante, su belfo ansioso. Cronológicamente pertenece a la época de los Han del Este (25 al 220 d. de C). Pudo admirarse durante la exposición de arte chino en París. Es un prodigio de cálculo y genio. Tres de los cuatro finos remos bogan por el aire. Con ser la proporción perfecta, se ha logrado al tiempo en él y en la golondrina una estilización aerodinámica.

Los chinos han sido uno de los pueblos más caseros — si no el más— de la Historia, lo que no significa que su Marina imperial durante ciertos períodos no haya emprendido viajes de exploración. China poseía al efecto la brújula y también había inventado el sistema de compartimentos estancos.

El emperador Wu-Ti, de la dinastía Han, envió hacia el siglo II a. de C. a sus funcionarios por mar al sur de la India. Durante los Sung (s. X al XIII) la actividad marítima fue intensa y próspera. Era lógico que durante la Edad Media hubiese un tráfico marítimo bien desarrollado entre islas y costas cercanas, y las ciudades de Cantón, Chuanchow, Yangchow fueron centros de comercio. Ningpo, Hangchow, Kanpu y Sanghai se convirtieron con el tiempo en puertos importantes.

La gran figura de la navegación china es contemporánea de los grandes descubridores occidentales, mejor dicho, se anticipa a éstos unos cincuenta años. Se trata del eunuco imperial Cheng-Ho, enviado por uno de los primeros emperadores Ming, durante el siglo XIV, con el fin de afirmar el prestigio y la potencia de la China y establecer contactos comerciales y diplomáticos con la India, Sumatra y Borneo.

El Emperador consideraba esencial para el país la posesión de una armada numerosa. No olvidaba los reveses sufridos por sus antecesores. En 1281 el emperador Kublai Khan había enviado una gran flota para invadir el Japón, que corrió suerte similar a la de «La Invencible». Progresivamente, los japoneses se hicieron los amos del mar y sus naves se entregaban a frecuentes *razzias* en zonas chinas costeras, como las de la provincia de Shantung. Entre 1366 y 1405, cuando ya gobernaban en China los primeros Ming, el imperio del conquistador Tamerlán, turco-mongol, roza amenazador las fronteras occidentales del Imperio del Medio y bloquea desde entonces, y durante largo tiempo, las relaciones comerciales de China con la India y el Asia occidental. Esto impulsó a los gobernantes chinos a buscar por mar su expansión política y económica.

Volvamos al eunuco navegante. Cheng-Ho hizo en total siete viajes. Durante treinta años, en barcos bien pertrechados y bien contruidos, el enviado del emperador Yung-Lo fondeó en las costas de Java, Sumatra, Malaca, Calicut, Ceilán, Cochín, Siam, islas Maldivas, golfo Pérsico, Aden, Mogadisco y la costa de África oriental. Su flota era numerosísima, con tripulaciones de más de 27.000 personas, en las que se incluían soldados, marinos, escribas, geománticos, físicos, peregrinos musulmanes que iban a la Meca... Para el cuarto viaje zarparon 63 navíos, cada uno con más de 430 personas a bordo. Cheng-Ho y Ma-Huan han dejado detalladas descripciones de aquellos grandes desplazamientos marítimos, de su asombro al encontrar en Java, Sumatra y Champa chinos cantoneses que habían emigrado del continente durante la dinastía Tang (s. VII al X d. de C), su admiración ante el abanico de culturas, artes, pueblos, que se iba abriendo ante sus ojos, la música india, la ciencia y la finura de los matemáticos, físicos, artesanos árabes; los flexibles acróbatas persas, las joyas de Aden, la orfebrería hindú en oro y plata. Ma Huan describe impresionado la mezquita de la Kaaba en la Meca, y visita la tumba de Mahoma, en Medina.

Los productos que traía la flota china eran esperados con

impaciencia: porcelanas, sedas, algodones, oro, plata, cobre, hierro, pimienta, nuez moscada. Los barcos vaciaban sus bodegas y las llenaban a su vez de marfil, cuerno de rinoceronte, hierbas medicinales, plumas de pavo real, animales tropicales, especias, perlas, piedras preciosas, paños teñidos en colores nuevos, etcétera.

Pero, tras Cheng-Ho, las expediciones marítimas fueron prohibidas, tachadas de caras e inútiles por los grandes de la corte, quemados los diarios de navegación y las crónicas de estos apasionantes viajes que se encontraban en los archivos. No quedó para la posteridad sino las descripciones y relatos de los participantes. La reacción conservadora fue tan brutal que se consideró delito capital construir naves capaces de hacer viajes transoceánicos.

Las aventuras del «eunuco San Pao», nombre con el que fue conocido Cheng-Ho, pasaron al teatro, al cuento, a la novela chinos, y perduraron también en lugares por él visitados, como lo muestran los topónimos. Indudablemente la influencia de sus hazañas, de la apertura hacia el resto del mundo que prometían, quedó costera, en las ciudades mercantiles del Sur, sin penetrar en la enorme masa de la China interior; pero fue aquélla seguramente la gran posibilidad truncada de un renacimiento, de una dinámica enriquecedora.

NOTAS DE MI DIARIO

Sian, 8 de noviembre de 1973

Durante la clase pido ejemplos de explotación del hombre por el hombre. Uno habla de un conocido que trabajó en las peores condiciones en una fábrica en manos de los japoneses. Otro, de la opresión ejercida por un terrateniente contra los campesinos. Una muchacha dice:

—Yo pienso en los niños-obreros europeos que los capitalistas emplean para pagarles la mitad y rendir como un adulto.

Le indico:

—Esa situación pertenece más bien al pasado. En Europa no hay sistemáticamente ahora niños-obreros.

Desconcierto.

—¿Y si los capitalistas quieren escoger niños para sus fábricas?

—No pueden tan fácilmente. Está prohibido por la ley. Los niños deben ir a la escuela hasta los catorce o dieciséis años. Naturalmente hay excepciones y abusos.

Ni me creen ni pueden convencerse a sí mismos de que miento.

—¿Y si los pobres no pueden pagar la escuela?

—La escuela es gratuita hasta cierta edad. Depende de los países. Hay excepciones y carencias, por supuesto.

Asombro. Incredulidad. Y un algo hostil. Estoy tomando ante ellos la imagen del defensor del sistema abominable, que choca con mi imagen real, familiar.

—Pero ¡los capitalistas no van a hacer una escuela gratuita para los obreros! —La muchachita parece indignada y pensando a gritos «¿Qué clase de mentiras nos está contando usted?»

—Es que el proletariado ha luchado ya mucho en Europa y ha conseguido cosas. Tampoco los capitalistas pueden ahora hacer la ley como a principios de la industrialización. Y ocurre que, por evolución económica, ellos mismos necesitan un proletariado instruido. Además, los partidos de izquierdas hacen pasar leyes progresivas, los obreros presionan, se declaran en huelga...

—¿Los capitalistas permiten partidos?, ¿y huelgas? —preguntan incrédulos.

¿Cómo explicar a estos marxistas de la aurora de la industrialización la pluralidad de partidos, el derecho a la huelga —cosas que, por cierto, en mi prehistórico país ibérico aún están en el tablero—, el desarrollo de las clases medias, el nivel de la clase obrera europea, su género de reivindicaciones?

La visión maniquea del mundo que se proporciona al chino medio es quizá su fuerza: un mundo blanco y negro en el cual les ha correspondido ser los valientes cruzados de la blancura. Pero, como Europa es realmente muy compleja, los conocimientos de los chinos dan un rodeo, al topár con ella, para llegar al Tercer Mundo, que sobrevuelan a la suficiente-altura como para

*no distinguir sino los grandes trazos, fijos los ojos en el
paraíso comunista futuro.*

Sian, 15 de noviembre de 1973

*He llevado a cabo encuestas minuciosas —56
preguntas en el número irrisorio de cuatro sujetos,
máximo que me ha sido permitido. Los cuatro son buenos
amigos, profesores de español de mi sección. A la
pregunta: «¿Cuáles son tus contactos con extranjeros y qué
opinas de ellos?», todos me responden que su trato se ha
dado exclusivamente por ambiente profesional (con
profesores latinoamericanos o españoles, o durante su
trabajo de intérpretes y acompañantes). Los dos de más
edad, H. y M. (treinta y seis y cuarenta años,
respectivamente), tuvieron también bastante contacto con
cooperantes soviéticos, puesto que, antes de estudiar
español, aprendieron y enseñaron ruso. Ninguno viajó
fuera de China.*

*—«Las costumbres de los extranjeros son distintas a
las de los chinos. Me llama la atención su carácter activo,
dinámico, entusiasta y su franqueza. Me gustaría visitar
América latina» (Y., una profesora de veintiocho años).*

*—«Pienso que los extranjeros son amigos que trabajan con
entusiasmo, aunque algunos a veces se muestran poco
amistosos. Su sexualidad es diferente de la nuestra; siempre
necesitan estar juntos el marido y la mujer, los jóvenes
tienen relaciones sin casarse, hay putas por la calle. Los
extranjeros tienen mayor vigor y salud física. Gozan de
mucha más energía que nosotros. También tienen mayor
curiosidad por saber cosas, entusiasmo por conocer
China, y nos apoyan moralmente. Me gustaría conocer
América latina y España» (Ch., profesor de veintinueve
años).*

*—«Como enfermera conocí a rusos mientras trabajaba
en Nankín. Luego fueron relaciones de alumna a profesor.
Mantuve correspondencia con una rusa. Fui intérprete.
Pero nunca han sido relaciones seguidas o espontáneas,
siempre laborales. En los extranjeros me llama mucho la
atención el carácter abierto. Dicen lo que piensan, sobre
todo tú. Algunos son tercos. No*

comprenden China en su totalidad por falta de conocimientos sobre ella. Las mujeres son coquetas. Siempre están juntos marido y mujer. Quisiera conocer Europa, pero no sé qué país. También la Unión Soviética para ver cómo marcha» (M., profesora de cuarenta años).

—«Trabajé bastante con soviéticos y practiqué el ruso. Había muchos hasta 1960. Existía una gran intimidad entre ellos y nosotros. Yo iba con frecuencia a casa de una familia rusa. Como era aún bastante joven, la mujer me trataba como una madre. No querían marcharse cuando llegó la orden de Moscú. Ella lloraba cuando les acompañé al tren. Muchos chinos se casaron en aquellos años con rusas. Luego hubo bastantes divorcios. Los rusos eran buena gente, pero estúpidos. Me gustaría conocer España y algunos otros países» (H., profesor de treinta y seis años).

Pekín, 27 de diciembre de 1973

El Instituto de Lenguas Extranjeras de Pekín ofrece para alumnos, profesores y personal auxiliar una serie de actos en celebración del Año Nuevo. Estos actos incluyen dísticos recitados y cantados, algunos con acompañamiento instrumental. La traducción nos es entregada a los profesores extranjeros en nuestros respectivos idiomas. El papel del internacionalismo y de la posición respecto a la situación mundial ocupa lugar en los cantos:

*Ofrecimiento de los dísticos. Tocando
tambores y platillos subimos al escenario.
Llenos de alegría, celebramos el Año
Nuevo.*

*El revisionismo soviético y el imperialismo
yanqui se ven reducidos a una situación como ésta:
«Caen las flores, ¡qué le vamos a hacer!»*

*El mundo se encuentra en una situación como
ésta: «En la torre brama el viento, se acerca la
tormenta de la montaña.»*

—Un gran desorden bajo los cielos—

En toda China se realiza la campaña de crítica a Lin Piao y de rectificación del estilo de trabajo.

El espíritu del X Congreso Nacional del Partido Comunista de China estimula al pueblo chino a avanzar.

—Una situación excelente—

En el estudio superan todas las dificultades.

En la revolución educacional son vanguardias.

—Fidelidad y audacia—Siendo bueyes del pueblo, conducen el carro de la revolución sin cejar en sus esfuerzos.

Siendo tornillos de la revolución, se quedan donde sean necesarios (hacen lo que mande el Partido).

—Héroes anónimos—

Yo te ayudo, tú me ayudas, nos ayudamos.

Yo te estimulo, tú me estimulas, nos estimulamos.

*—Gran unidad de los pueblos del mundo—
Profesores y estudiantes bailamos juntos al despedir al Año Viejo.*

Anfitriones y huéspedes cantamos a coro para recibir al Año Nuevo.

—Feliz Año Nuevo—

Pekín, 26 de febrero de 1974

En mi horario figura esta mañana «redacción de materiales». Entro en la sala, recibo mi ración de sonrisas, ayudo a limpiar las mesas y me siento frente a la máquina de escribir. Xía lee en el boletín de Sinjua (noticias de la Agencia China publicadas en idiomas) el centésimo artículo sobre crítica de Lin Piao y Confucio, idéntico al de ayer y al de mañana, salvo cambios de lugar en las frases. Se continúa girando en torno al «volver a los ritos = restaurar el capitalismo», etc. Xía deshoja el boletín en español y subraya palabras desconocidas como quien hace un crucigrama.

—¿Hay reunión política el miércoles? —pregunto.

Ü levanta los ojos al otro lado de la mesa.

—No sé, sólo hay una circular explicando la manera de movilizar a las masas para la crítica a Confucio y Lin Piao.

—Oye, Ü, las masas aquí ¿no hacen movimientos espontáneos? Mirada interrogante.

—Sí —explico—, por ejemplo, los estudiantes, los obreros, en España y en otros países, hacen manifestaciones ahora delante de la embajada de Chile para mostrar su posición.

Ü ha comprendido. Niega firmemente.

—No, aquí no se hace así. Como el Partido lo dirige todo, si la célula de la Liga de la Juventud, por ejemplo, dice que se hace manifestación se hace, si no, no.

—¿Y si las masas quieren espontáneamente hacerlo y el Partido Comunista no está de acuerdo?

—Entonces no lo hacen.

Ü me responde con la sonrisa de quien guía por una fábrica. Al menos hay que reconocer que el sistema chino no se anda con tapujos.

—Y ¿si las masas piensan que lo que hacen es justo?

Ü hace memoria.

—Bueno, durante la gran revolución cultural las masas no hicieron caso de la línea errónea de los cuadros del Partido y pasaron sobre ellos y contra ellos para seguir directamente la línea que les marcaba el presidente Mao. Es lo que se llama ir contra corriente.

Decía, irónico, un profesor latinoamericano:

—Cuando todo el mundo vaya contra corriente, yo iré contra corriente.

La lógica del sistema es tan sólida e irrefutable para Ü como lo contrario para mí. Me siento aplastada por mi total incapacidad para comprender el proceso de estas revoluciones organizadas. No es solamente incapacidad, es una ola de rebeldía que me sube cada vez, que se me estrella en los dientes. ¡Oh, los enormes monumentos, las enormes palabras, las vastas salas, las inmensas ideas, los monumentales adjetivos, la grandeza inhóspita de la gran China oficial!

Buscando una dimensión humana asequible, me vuelvo hacia Xía y Shun.

—A mí me preguntáis cosas. ¿Por qué yo no puedo hablar con la gente de lo que yo no comprendo sobre China?

Xía me mira con su sonrisa sin nubes.

—Pero es que tú debes conversar con los responsables, porque ellos tienen un alto nivel teórico.

—*¡No me importa el nivel teórico! ¡Quiero hablar de persona a persona!*

Estoy excitándome. Me excito fácilmente en los últimos tiempos. Xía y Shun cruzan miradas de conmiseración. Me odio a mí misma. Heme mendigando, pese a que me propuse no hacerlo, mendigando una conversación de tú a tú, una relación humana. Es inútil.

Así, cuando minutos después Kuo se obceca en asegurarme que el horario está ya hecho y que no hay espacio en que pueda dar una charla semanal a los alumnos sobre España y América latina (su nivel cultural es lamentable), que no puedo ponerles canciones sin que las letras, traducidas al chino, hayan sido previamente autorizadas por la dirección, que nunca se canta en una clase, siento venir la cólera recogida día tras día por tantas mendicidades, por tantos rechazos. Se quiere controlar cuanto hago en clase con los alumnos, estos alumnos de veintitantos años cuya puerilidad me asombra y me asusta. Tuve la desafortunada idea de comentar con el profesor de alemán, Berth:

—*Me preocupa la mentalidad de los alumnos. Parecen, salvo excepciones, de un nivel de madurez bajo. Creo que, si se les sometiera a un test, darían una edad mental cinco o siete años menor que la física.*

Berth sacude la cabeza con una sonrisa angelical:

—*No. Eso es un fenómeno corriente en los países del Tercer Mundo. Los jóvenes parecen más infantiles. Ya sabes que los test son en realidad reaccionarios, sobre todo el de C.I. (coeficiente intelectual). Los test están cargados de connotaciones culturales, ideológicas, etcétera.*

—*Sí, lo sé. No digo que un test reflejaría el C.I. real ni que haya inferioridad intelectual, sino una falta de madurez de juicio, de análisis, que me preocupa. Se diría que tienen catorce años.*

—*Ya lo discutiremos otro día.*

Y Berth, por confesión posterior propia, me excomulga desde ese instante. Sin embargo, lo que yo veo cualquiera puede verlo: una puerilidad real que debe ser analizada sin prejuicios, guste o no guste, y que viene forzosamente del tipo de educación,

de la carencia de iniciativa, de responsabilidad. La inhibición absoluta del factor sexual tiene sin duda un papel importantísimo en lo que se presenta para mí como comportamiento pueril. Los cambios de impresiones con los demás profesores extranjeros han dado un panorama parecido en muchos centros, excepto en la universidad de Peita, donde, según la profesora francesa Rose, reina gran espíritu crítico e iniciativas.

A la clase nocturna de chino en el hotel sólo asistimos hoy cuatro de los veintitantos alumnos. El profesor chino continúa aplicando un abominable método pedagógico, libresco, escrito, poniendo frases con errores para que los localicemos, cuando nuestra gran dificultad es decir una frase correcta. Las clases de chino del hotel de la Amistad están previstas para que nunca podamos hablar chino.

En cuanto a la campaña anti Confucio-Lin Piao, si las comparaciones siempre son odiosas, aquí son tediosas a escala planetaria. Durante meses se ha remachado que el poema que Lin tenía colgado en su habitación «El caballo celeste vuela solo y sin rival» significa, sin lugar a dudas, que Lin quería restaurar el capitalismo y hacerse presidente o emperador de la dinastía Lin. Entre las caricaturas que proliferan, una de las más usadas lo presenta esquelético, calvo y afeinado, enarbolando banderas raídas o intentando montar en un jamelgo.

POR DETRAS DEL MITO

El observar como profesora bien sabía que me condicionaba, que ponía, por formación y por interés, en el primer plano de la conciencia lo referente a psicología, educación, vida intelectual, arte, creación. Al ser estos aspectos tan problemáticos, necesariamente mi visión tendría que cargarse de tintas mucho más oscuras que las del economista o el agrónomo, desteñir la tristeza de las muchas constataciones de lo irremediablemente negativo en la vida intelectual sobre los logros generales, económicos.

No por ello era cuestión de tirar la esponja. Ni podía librarme de mis condicionamientos ni quería aseptizarme hasta

caer en la voluntaria frigidez mental que observaba en algunos de mis colegas extranjeros. Ante ellos se manifestaban cosas que les hubieran hecho poner el grito en el cielo de ocurrir en sus países, de atañerles a ellos o a los suyos directamente, pero allí se estaba en China, y China pertenecía a otra dimensión estelar. Cualquier juicio en contra del sistema era hacerle el juego al capitalismo. Entonces mis colegas callaban y aceptaban, ponían entre ellos y los seres humanos que tenían delante una hojarasca de libros, máximas, consignas, teorías, del «cómo debe ser», del «cómo será en la sociedad luminosa que se aproxima», todo menos un acercamiento sencillo y directo hacia esas personas vivas y concretas, hacia sus vidas reales en su escenario cotidiano.

En otro tiempo era de uso el acercamiento de los europeos hacia los asiáticos y africanos según el modelo paternalista. Ahora la muralla seguía nuevas técnicas de construcción, se apuntalaba en la creencia necesaria de la bondad fundamental de todo lo emanado por el sistema social, político, maoísta; en la diferencia específica, venida de oscuras raíces históricas, de los chinos. Mejor dicho: no había chinos, sino Mao identificado a la China, la China como debía ser, como convenía que fuera. Los chinos también colocaban, por supuesto, entre ellos y nosotros la doble pantalla de la imagen de la República Popular para la exportación y la aséptica hacia el mundo extranjero que representábamos, paganos aún no tocados por la divina luz de la revelación maoísta. Pero en el caso de los chinos esta pantalla se había hecho crecer con ellos, incrustada en sus retinas; mientras que los extranjeros sabían que la usaban.

Sin embargo, en resumidas cuentas, lo que iba abordando en mi trabajo era jóvenes y adultos que, con todas las peculiaridades de su nacionalidad y formación, eran fundamentalmente seres humanos, con los problemas, necesidades y pasiones comunes a todos los que vamos viviendo sobre esta Tierra.

Que muchos de los cooperantes utilizaran pantallas de idealismo dogmático o de agnosticismo podía resultar ridículo, negativo y estéril. Tenía en todo caso algo de conmovedor por

la necesidad de creer que el fenómeno expresaba, por la buena fe que acompañaba en muchos al uso de esa pantalla, por esa patética esquizofrenia voluntaria practicada con la firme convicción de que todo juicio negativo sobre algo de China era socavar los cimientos del socialismo.

Había, por el contrario, otra forma de hablar de China: la de profesionales de la información, de escritores, de políticos que firmaban de vez en cuando panegíricos que debían forzosamente dar brillo a sus relaciones con los dirigentes de Pekín.

Recuerdo en especial el caso del corresponsal en Pekín de un diario francés de conocida solidez. Yo había seguido sus artículos sobre China varios años antes de mi viaje y admirado el claro apoyo que manifestaban a la República Popular socialista, a la China Roja, denigrada por la estupidez anticomunista de otros. Le conocí luego personalmente en Pekín. Era un hombre de alto valor intelectual y excelente erudición, que dominaba el chino y que había afirmado su posición de experto en asuntos de Extremo Oriente. Al ir leyendo sus reportajes algo me sonó extraño: la falta de crítica. Comentaba, exponía — muy bien, apoyado por su erudición y conocimiento del idioma—, pero las grandes líneas de sus artículos seguían las de la visión oficial china. Presentaba los éxitos, éxitos reales, pero callaba los errores, callaba otros juicios posibles. Si citaba puntos menos positivos, lo hacía con el mismo tono de «Pekín informa», es decir, como errores accesorios en un conjunto fundamentalmente bueno, en una línea justa. Había almacenado fichas, libros. Era un experto en China. Recuerdo la frialdad de su trato y de su expresión cuando se hallaba en algún círculo con ignorantes de mi estilo, con gente que osaba extrañarse o no estar de acuerdo con algo de lo que sucedía en China. Tenía ya sus fuentes de información, sus relaciones de la colonia diplomática, sus visitas, entrevistas, giras. Y tenía una capacidad digestiva formidable. Que un dirigente chino tratado de «canalla revisionista», «perro burgués», etc., durante la revolución cultural apareciese de la noche a la mañana ocupando de nuevo altos puestos oficiales, que se comenzaran campañas de crítica a

base de frases sueltas, sin contexto ni pruebas, etc., todo lo presentaba él como lógico. Por aquel entonces yo ya sabía que⁵ en China para visitar cualquier cosa —fábrica, escuela, una ciudad, para desplazamientos a más de 20 kilómetros de Pekín—, para obtener una entrevista, un dato, para todo en fin es necesario pasar por un canal oficial. No puede esperarse investigar por su cuenta. Poco importa que se conozca la lengua o no. La desconfianza es general, las consignas respecto al trato con extranjeros, estrictas. En la República Popular un corresponsal extranjero sólo puede hacer carrera si se hace ver bien por las autoridades, de las que depende absolutamente para conseguir la información que requiere su oficio. Ni los chinos ni los corresponsales ignoran, sin embargo, que un estilo tan ausente de matices y crítica como es el de la prensa interior china es inaceptable en Occidente, y cuidan de aderezarlo.

Un periodista o escritor extranjero que quiera medrar en China mal puede permitirse críticas realmente serias. Por mucho que el Gobierno de Pekín pregone su deseo de críticas, lo cierto es que sólo las tolera cuando están dentro del sistema. Acostumbra, por otra parte, a tratar con extranjeros que no le dicen sino lo que quiere oír. En realidad a los funcionarios chinos ni les gustan las críticas ni aceptan otra cosa que pequeñas observaciones de detalle hechas para resaltar la luminosidad del conjunto.

Los incondicionales maoístas hacen por cierto con sus alabanzas indiscriminadas un flaco servicio a los chinos, a su revolución y al socialismo, pero se ganan a pulso una butaca de primera fila para observar y transmitir las noticias de la República Popular y los sucesos ocurridos en su superestructura.

Quedan eclipsados por el sistema los chinos, los individuos con su vida social y su vida personal, seres que este corresponsal francés no veía, o veía quizá a posteriori. Recuerdo la fría pasión intelectual con que él defendía la construcción en serie, cuando se hablaba, en cierta ocasión, de la posibilidad de animar un poco la impersonal y monótona arquitectura pekinesa. El periodista se lanzó a un furibundo ataque

contra esos espíritus caprichosos que sueñan con casitas de formas diferentes, desperdicio de terreno y trabajo. A base de ennegrecer el chalet burgués, nos colocó a todos en un hábitat ideal de cubos superpuestos. Es probable que lo que en educación, arte, vivienda, no le arrancaba en China sino alabanzas le hubiera entusiasmado menos de serle impuesto a él mismo. Es muy posible en todo caso que su estrategia fuera la única inteligente para especializarse en China, pero su pasión cerebral translucía al hombre de orden, de etiqueta, de programación, en detrimento de las existencias puntuales. Puede que, para un mínimo de seriedad científica, de conocimiento sistemático, fuera justa la distancia que él tomaba a lo vivo, pero lo cierto es que jamás criticaba y que sus razones tampoco tenían quizá la pureza — estúpida, pero pura— de los devotos que creían defender en Mao el ideal del socialismo.

Los profesionales de la pluma se han fabricado así el puesto de comentaristas privilegiados de China Popular; se han preparado para ocupar el espacio dejado por los grandes interlocutores como Snow, como Karol, para ser llamados por Mao Tse-tung, Chou En-lai, sus sucesores, para darles las primicias de una declaración. Una postura diplomática, realista, inteligente e interesada.

NOTAS DE MI DIARIO

Pekín, 26 de abril de 1974

De un artículo sobre economía china de Leontieff aparecido en un diario español, francamente elogioso, que escogí como texto pensando que lo hallarían de su agrado, han cortado las dos únicas líneas que no son alabanza total y que dejan lugar a meditación y análisis. Se decía en ellas que, por lo pronto, China no podía permitirse lujos y que, en el futuro, habría que plantearse el problema de mayor demanda cualitativa, incluida la de libertad.

Pregunto por qué se ha eliminado ese párrafo.

—Porque dice que en China no hay libertad ahora.

—Lo cual es cierto —respondo—. La prueba es que no se pueden poner esas líneas.

—No hay libertad burguesa. Hay la plena libertad de la dictadura del proletariado.

—Poned, pues, una nota. Los alumnos deben ser capaces de sacar esa conclusión por sí mismos. Dadles la oportunidad de analizar por su cuenta algo no previamente calificado y filtrado.

—Los textos son responsabilidad de nosotros, los profesores. No es posible dejar esa línea.

Pekín, 3 de mayo de 1974

Esta mañana nueva lid en el instituto. Tengo el cerebro lleno de cardenales y cierto inevitable terror. El infantilismo de los alumnos me preocupa. Y las expresiones de los pequeños de la guardería durante las danzas. Tal vez empiezo a divagar. ¿Ven los demás estas cosas? ¿Quieren verlas? La censura en todo texto para los alumnos es tan brutal, tan absoluta, que el simplismo y la demagogia patentes de los razonamientos con los que se explica, sobrecogen.

Lo permitido podría resumirse en unas páginas: alabanzas al socialismo chino, a sus dirigentes y a su política, y mostrar al resto del mundo pereciendo de hambre (hay casi sadismo estomacal en la complacencia por ese género de descripciones) bajo la explotación, para resaltar bien la felicidad y la implícita pero transparente —seamos sinceros— superioridad de la situación de los chinos.

La educación, con la pluralidad de elecciones y de posibilidades que es su esencia, no existe en China. El mecanismo de elección se ha atrofiado. En otros tiempos se vendaba los pies a las niñas. Hoy se venda tempranamente el cerebro a todos con prietas vendas de una doctrina escueta que de ninguna manera puede ser el marxismo. La esencia del materialismo dialéctico es la de ser un método de aprehensión y de análisis de la realidad. Esto es el polo opuesto.

Se forma individuos para la producción y la obediencia bajo el lema de «Es justo rebelarse». Rebelión, pero dentro de un orden. Una vez más el gran interrogante es que no veo con claridad una clase explotadora del trabajo ajeno en China. El miedo de hacer el juego a las derechas no puede, no debe cubrir de silencio el fenómeno mental y social que aquí ocurre. El hambre de un país se ve, se ven la miseria y la violencia físicas. En China no hay hambre ni tortura, lo cual honra a su sistema y a sus dirigentes. Pero no se puede ver con los ojos un cerebro famélico o terso de obesidad malsana, no se ven los sentimientos y las bellezas inofensivos y, sin embargo, sacrificados. Es inaceptable el silencio o las alabanzas masivas porque una situación semejante no es deseable para nadie. Ni para los habitantes de otros países ni para éste. Sin embargo, estas buenas gentes han logrado realizaciones materiales admirables sin ayuda exterior y con un tesón que les ha ganado el respeto del mundo entero.

No hay una clase económicamente privilegiada en China, pero hay una represión indudable, inmensa; una ausencia de lo que forma la riqueza interior del hombre. Sí, hay una clase que dispone de la información, la lectura variada, los desplazamientos, la opinión, la expresión, los viajes, la elección, las ideas, el pensamiento. Estos bienes son poseídos estrecha, exclusivamente, por una minoría, junto con otro bien: el poder. En este sentido hay una clase diferenciada, privilegiada, en China, que ejerce represión y despoja a la inmensa mayoría, quizá con la paradójica intención de educarla.

Al tiempo se hallan directivas de una cordura y sentido práctico innegables y de eficacia probada. Hay grandes aciertos, pero de ahí a decir que absolutamente todo cuanto se hace o se ha hecho era necesario para conseguir los fines requeridos, que cada disposición actual es correcta, lógica, necesaria, eso es de un fanatismo extremadamente peligroso. Así como los hechos han probado en numerosas ocasiones el acierto del Partido, también muestran graves errores, por extendidos, por profundos. Nada puede demostrar que la censura brutal, la pobreza de elecciones, de información, etc. a la que está sometida la inmensa mayoría, es la única y mejor forma de eliminar la explotación del hombre por el hombre. Quizá la explotación

*económica fue eliminada, pero hay una explotación
mental, de la calidad de la vida, indudable.*

VISION DE ESPAÑA

España, ¿qué significaba en realidad para los alumnos, para los profesores de mi sección? En mi horario estaba prevista en el instituto una conferencia semanal en la que hablaba de mi país y de Latinoamérica.

De España, como del mundo en general, sabían poco, y de una curiosa manera. Geográficamente, apenas nada (aunque quizá más que los españoles de China). En el plano humano y social, la información política había a veces enfocado un punto y éste les era pues familiar, pero tan desconectado de todo contexto que perdía significación real e histórica para reducirse a una consigna.

Me era posible «ver» con perfecta claridad su mapa interno del mundo: en el centro del mapa universal y bien coloreado en rojo, Chung Kuo, el Imperio del Medio, China. El mundo exterior a ella eran dos grandes monstruos imperialistas: Estados Unidos y U.R.S.S. (este último más monstruo y más cercano), como dos venenosas manchas de ácido. Entre ambos monstruos, una Europa gastada, capitalista, ex colonialista y corrompida, pero no imperialista, atenazada por ambos lados. A través de ella y de los Estados Unidos deambulaban sombrías muchedumbres de parados, los ricos reinaban despóticamente y los niños, obligados a trabajar en las fábricas, desfallecían junto a sus máquinas. Era un dibujo en tiza y con muy pocos colores, y una Europa decimonónica, de Dickens y de Marx, mezclados y simplificados.

Al citar yo los comentarios a que había dado lugar en ciertos medios el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la República Popular China y el Gobierno de Franco, Chung se apresuró a señalar:

—«Nosotros sabemos lo de la guerra civil española y sus patriotas y revolucionarios, no crea.»

En efecto, algún texto de los alumnos versaba incluso sobre

la victoria de un grupo de guerrilleros contra la Guardia Civil. Pero objetiva y modernamente, a más de desconocer, me daban la impresión muy concreta de no querer en realidad conocer, de encontrar que lo que hubiera que saber de política y situación de otros países ya les sería dado por el Partido. Incluso mis charlas semanales más parecían ser grabadas para servir de ejercicio idiomático que por lo que pudiera comunicarles.

Sus conocimientos de América latina eran algo más amplios, cosa lógica puesto que los cooperantes que trabajaron en China como profesores habían sido en su mayoría latinoamericanos. Algunos chinos habían ido becados a Cuba antes de la revolución cultural y de que las relaciones con Fidel se enfriaran. Latinoamericanos eran asimismo los libros de la biblioteca y los periódicos que, con seis meses de retraso, se recibían en mi sección.

NOTAS DE MI DIARIO

Pekín, 25 de febrero de 1974

En la clase para los profesores chinos de español me encuentro con una real avidez de conocimientos de base y ni idea de Historia ni de Geografía.

- «¿Es España una República?»
- «¿Cuál es el papel de Franco?»
- «¿Le sucederá a Franco su hijo?»

Pekín, 27 de marzo de 1974

Cuando llego, los profesores de mi sección se encuentran una vez más entregados a actividades e inactividades diversas. Uno de los ausentes es Shi, el inconfundible agente de paisano. Shi llegó al instituto avanzado el año, y me explicó que le habían enviado una temporada al norte de China.

económica fue eliminada, pero hay una explotación mental, de la calidad de la vida, indudable.

VISION DE ESPAÑA

España, ¿qué significaba en realidad para los alumnos, para los profesores de mi sección? En mi horario estaba prevista en el instituto una conferencia semanal en la que hablaba de mi país y de Latinoamérica.

De España, como del mundo en general, sabían poco, y de una curiosa manera. Geográficamente, apenas nada (aunque quizá más que los españoles de China). En el plano humano y social, la información política había a veces enfocado un punto y éste les era pues familiar, pero tan desconectado de todo contexto que perdía significación real e histórica para reducirse a una consigna.

Me era posible «ver» con perfecta claridad su mapa interno del mundo: en el centro del mapa universal y bien coloreado en rojo, Chung Kuo, el Imperio del Medio, China. El mundo exterior a ella eran dos grandes monstruos imperialistas: Estados Unidos y U.R.S.S. (este último más monstruo y más cercano), como dos venenosas manchas de ácido. Entre ambos monstruos, una Europa gastada, capitalista, ex colonialista y corrompida, pero no imperialista, atenazada por ambos lados. A través de ella y de los Estados Unidos deambulaban sombrías muchedumbres de parados, los ricos reinaban despóticamente y los niños, obligados a trabajar en las fábricas, desfallecían junto a sus máquinas. Era un dibujo en tiza y con muy pocos colores, y una Europa decimonónica, de Dickens y de Marx, mezclados y simplificados.

Al citar yo los comentarios a que había dado lugar en ciertos medios el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la República Popular China y el Gobierno de Franco, Chung se apresuró a señalar:

—«Nosotros sabemos lo de la guerra civil española y sus patriotas y revolucionarios, no crea.»

En efecto, algún texto de los alumnos versaba incluso sobre

la victoria de un grupo de guerrilleros contra la Guardia Civil. Pero objetiva y modernamente, a más de desconocer, me daban la impresión muy concreta de no querer en realidad conocer, de encontrar que lo que hubiera que saber de política y situación de otros países ya les sería dado por el Partido. Incluso mis charlas semanales más parecían ser grabadas para servir de ejercicio idiomático que por lo que pudiera comunicarles.

Sus conocimientos de América latina eran algo más amplios, cosa lógica puesto que los cooperantes que trabajaron en China como profesores habían sido en su mayoría latinoamericanos. Algunos chinos habían ido becados a Cuba antes de la revolución cultural y de que las relaciones con Fidel se enfriaran. Latinoamericanos eran asimismo los libros de la biblioteca y los periódicos que, con seis meses de retraso, se recibían en mi sección.

NOTAS DE MI DIARIO

Pekín, 25 de febrero de 1974

En la clase para los profesores chinos de español me encuentro con una real avidez de conocimientos de base y ni idea de Historia ni de Geografía.

—«¿Es España una República?»

—«¿Cuál es el papel de Franco?»

—«¿Le sucederá a Franco su hijo?»

Pekín, 27 de marzo de 1974

Cuando llego, los profesores de mi sección se encuentran una vez más entregados a actividades e inactividades diversas. Uno de los ausentes es Shi, el inconfundible agente de paisano. Shi llegó al instituto avanzado el año, y me explicó que le habían enviado una temporada al norte de China.

Interrogo a los demás por su paradero, y Chai, que es un ser gordito e inocente, me responde:

—Está en reunión con unos compañeros de trabajo que volvieron de África, porque también Shi estuvo en Guinea Ecuatorial, de intérprete, con los que fueron a montar una fábrica de papel.

Una profesora entrada en años intenta maquillar el desliz:

—Sí. Estuvo en África y en el norte de China.

—Ya. Le pillaba de paso —asiento.

Es santo y bueno ayudar a los africanos a poner en pie una industria en Guinea, pero es evidente que ni Shi ni el Gobierno tienen la menor intención de que se sepan los caminos que toma la influencia china en África.

La visión de los chinos del mundo exterior se caracteriza por un centralismo etnocéntrico —tomando «etnia» básicamente en el sentido de cultura y hábitat— reforzado a fondo y con profusión de medios por el régimen. La autarquía que se persigue en lo económico y la pureza, superioridad y, por lo tanto, inevitable liderazgo ideológicos, abonan las raíces del añejo centralismo aislado de Chung Kuo¹. El mundo circundante no se observa, pues, sino de manera relativa, en la medida en que sus zonas y sus fenómenos son utilizables por el centro de referencia, que es China y sus directivas oficiales. La premisa de Mao «Que lo extranjero sirva a lo nacional» se hace extensiva a todos los terrenos, condiciona la observación, anula los principios de objetividad e interés espontáneo. Ningún chino podría decir abiertamente «Deseo viajar al extranjero» sin ser tachado de traidor. Como elemento, antes que nada de la patria, se debe a ésta, y sólo en misiones a su servicio puede trasladarse más allá de sus fronteras. De todas formas, la idea de viajar está materialmente fuera del alcance de la inmensa mayoría de los chinos. El pasaporte es un objeto exótico y eventual, otorgado a ciertos funcionarios y deportistas.

El funcionalismo político y económico, que es premisa de toda observación en China, debería anular la curiosidad gratuita. De hecho los chinos muestran una cuidadosa y visible falta de curiosidad hacia lo que ocurre en otros países, que no engaña,

1. Nombre de China en el idioma del país. Significa «Imperio del Centro».

sin embargo, a un observador más atento y más tenaz. Las campañas extremistas, maoístas, han llovido regularmente permitiendo, azuzando la condena y destrucción de discos, libros, obras occidentales, y, por supuesto, cebándose en los que hubiesen mostrado interés por ello. El ejemplo más evidente sería quizá la revolución cultural; también la campaña de 1974 contra la música clásica occidental.

Una fuerza de este tipo de sistemas reside justamente en su cerrazón. La visión, el contacto, la observación real de otros países introduce por necesidad un relativismo incompatible con la ortodoxia y la validez absoluta y superior que conllevan las premisas gubernamentales.

LOS EX-GUARDIAS ROJOS

UN INTENTO DE ENCUESTA

De los documentos que aporté en mi estancia en China, el más valioso me parece, junto con las relaciones de algunas sesiones de estudio político, las encuestas que efectué en el instituto de Sian tomando como sujetos al máximo que me fue permitido: seis alumnos y cuatro profesores de español. Los cuestionarios que redacté eran largos y completos: 56 preguntas en el de profesores y 36 en el de alumnos.

Desde el primer momento se consideró totalmente fuera de lugar que llevase a cabo las encuestas entre todos los profesores de mi sección. Respondieron cuatro, con los cuales me unía amistad y confianza, únicas condiciones que permitieron que mi intérprete, responsable de la sección y miembro del Partido, les diera permiso para someterse a ellas, y que los interesados me ayudasen de buen grado. Uno a uno vinieron después de la cena, en días sucesivos, a mi apartamento del hotel. Respondieron oralmente a los cuestionarios, que ya conocían, y fui anotando.

En realidad, se trató de largas conversaciones hasta bien entrada la noche con los que fueron, y perduran, mis mejores amigos en China. La edad, procedencia e historias diversas de estos cuatro profesores —dos mujeres y dos hombres—, la riqueza de las respuestas, la amplitud del cuestionario, hacen de estas cuatro encuestas documentos apreciables. Cualquiera que tenga una vaga idea del ambiente en China sabe lo insólito de un largo diálogo —anotado por añadidura— sobre temas personales y de opinión, a solas con un chino. Sólo el grado, imposible en Pekín, que alcanzaron mis relaciones humanas con esos amigos en Sian pudo permitir tal cosa.

Mi proyecto respecto a los alumnos era de una verdadera encuesta cumplimentada por escrito por los 25 estudiantes de español. El modelo de cuestionario y la explicación de la metodología a seguir fue sometido a los responsables, es decir, a la célula del Partido del instituto, que dio su aprobación sin poner objeción alguna a la idea ni a las preguntas. Semanas más tarde, ya todo el material listo, mi intérprete me comunica que sólo se me permite hacer una encuesta oral y con tres alumnos. Intenté explicar los fundamentos de una encuesta, la importancia del número de sujetos. Para los responsables chinos era incomprensible mi empeño en someter al cuestionario a los 25 alumnos.

—¡Pero si los veinticinco te iban a contestar lo mismo de todas formas! -me respondió la delegada con el más espontáneo convencimiento.

Cierto. Veinticinco millones de alumnos que fueran me hubieran proporcionado veinticinco millones de respuestas idénticas.

A fuerza de regatear conseguí que se me permitiera encuestar a tres chicos y tres chicas. Falta de tiempo por mi precipitada marcha a Pekín, dejé los cuestionarios para rellenar a los responsables de mi sección y sonreí escéptica ante sus promesas de enviármelos. Conociendo la repulsión de los chinos a fijar criterios por escrito, la esperanza de que su promesa se tradujera en hechos me pareció perfectamente utópica. Meses más tarde recibí las seis encuestas cumplimentadas de puño y letra por los alumnos. Sé que son un deber escolar supervisado y corregido por los profesores, empedrado de citas y de consignas oficiales, un deber en el que los seis jóvenes

han procurado sumar el máximo de puntos ideológicos.
Sin embargo, el conjunto de las diez historias lo forman
tres generaciones que han

vivido la revolución cultural, y que hablan de ella y de su existencia actual.

La generación más antigua corresponde a Hao y Mai, que tenían diez y dieciséis años en el momento de la liberación —1949— y eran profesionales maduros en tiempos de la revolución cultural.

Los otros dos profesores, Fan y Chung, eran niños de corta edad en 1949. Sus primeros recuerdos pertenecen prácticamente ya al régimen actual. La revolución cultural les ha hallado al final de sus estudios superiores.

A ellos corresponde la palabra.

RESPUESTAS DE PROFESORES

Mei, profesora, casada, de cuarenta años, un hijo de quince; miembro del Partido. Su marido ejerce como técnico en Sian. Es originaria de Nankín, hija de un empleado con buen sueldo. Ingresó muy joven en el Partido. Se hizo enfermera y después cursó ruso y luego español, con estudios pagados por el Estado.

«El Gobierno me destinó a este puesto. No me gusta mucho Sian, pero me conviene porque aquí están mi marido y el trabajo.

»En 1949 yo tenía dieciséis años. Cuando era niña, no había pioneros. A los diecisiete años entré en la Liga de la Juventud Comunista, y luego en el Partido. Ahora ingresar en él es mucho más difícil que en mi tiempo.

«Durante la gran revolución cultural proletaria yo estaba en Sian y participé, en 1956, en el ataque al dirigente revisionista de Chensí. Desconocía al principio lo que era realmente la revolución cultural. Poco a poco se vio que era contra los revisionistas. La dificultad residía en saber distinguir al enemigo. Había tadzupaos y confusión entre las masas.

»Viajé como los demás, gratuitamente, para intercambiar experiencias, más de un mes. Durante la revolución cultural los profesores y alumnos tenían derecho a ello; los obreros, no. Nos daban una tarjeta de viaje. Estuve en

Nankín, Shanghai, Pekín, Wuhan. Por aquel entonces también trabajé en una compañía de autobuses. En 1967 volvimos al instituto y emprendimos la lucha contra los revisionistas con artículos contra la tendencia derechista. 1968 fue un año de lucha, crítica y transformación del instituto. En 1969 fui a la fábrica un año con los alumnos.

»Me impresionó mucho el ver al presidente Mao en persona en Pekín en 1966.

»En otros lugares de Sian hubo durante la revolución cultural muertos y heridos, pero no en el instituto, porque no tuvimos lucha armada. Las masas atacaron a veces, sin embargo, a gente que no era reaccionaria. Era difícil distinguir, porque cada cual quería expresar más que el otro su amor al presidente Mao. Para ello cantábamos y hacíamos danzas mostrando nuestra admiración y fidelidad al pensamiento maotsetung. También decíamos nuestros buenos propósitos por la mañana ante su retrato y nuestros errores por la noche.»

(Hago un inciso. Preguntó si a nadie se le ocurría que todo eso era una exageración.)

«Tú no puedes comprender lo que nosotros hemos pasado. En ese tiempo no se podía rehusar, sin ser acusado de no seguir la línea correcta del pensamiento maotsetung.

»En 1969 estuve casi un año con los alumnos del instituto en una fábrica de postes eléctricos. En 1971, fui seis meses al campo, a la escuela del Siete de Mayo aneja al instituto, al norte de la provincia de Chensi. Era muy difícil para mí arar, la vaca no me obedecía. Me gustaba sembrar maíz. Los campesinos nos enseñaban. Al principio odiaba el estiércol, que antes de recogerlo había que partir con un pico en invierno porque estaba helado. Todo esto es una prueba eficaz para los intelectuales. Les hace meditar sobre la vida de los obreros y campesinos, acercarse a ellos.

»La revolución cultural y la revolución educativa están ligadas una a la otra. Ambas han empezado por las escuelas

y tomado más y más importancia. Los obreros deben dominar en las escuelas. Hay aún en ellas cosas no socialistas.

»Respecto al futuro, en el mío imagino que mi vida seguirá como ahora. En cuanto al mundo, creo que será China mucho más próspera económicamente. Habrá más relaciones diplomáticas y juego internacional.

«Quisiera conocer Europa, pero no sé qué país. También la Unión Soviética para ver cómo marcha.»

Hao, profesor, treinta y cuatro años, casado, dos niños pequeños. Vive con su mujer en las cercanías de Sian. Miembro del Partido. Es hijo de campesinos.

«Vivíamos mal, pero no tan mal como muchos porque, aunque poca, teníamos tierra propia. Éramos siete personas. Cuando digo que no vivíamos mal quiero decir que teníamos algo que comer. A partir de 1949 recibimos tierra, que trabajábamos solos. Todavía no había comunas. Se elevó el nivel de vida. Teníamos la comida segura, algo de dinero, e incluso comíamos a veces carne y huevos. Antes teníamos gallinas pero no probábamos los huevos. Había que venderlos para comprar aceite, vinagre, sal, queroseno, etc. En los años que siguieron a 1958 se vivía mejor, pero no muchísimo mejor porque hubo calamidades naturales. La Unión Soviética contribuyó enormemente a empeorar las dificultades. En tiempos en los que el país atravesaba épocas muy difíciles insistió en que saldáramos todas nuestras deudas con ella rápidamente. Debíamos reembolsar las deudas en carne, huevos, etc. Por ejemplo, durante un año no pudimos comer carne. Cerdos, gallinas, corderos, iban a la Unión Soviética. ¡Se portaron de una forma tan mezquina! Medían los huevos que mandábamos para ver si daban un diámetro, y rechazaban los que eran algo más chicos.»

(Hao forma un círculo con el pulgar y el índice, con un gesto de indignación y desprecio.)

«Fui a la escuela primaria. Había otra en una ciudad

pequeña, no muy lejos, dirigida por curas cristianos que enseñaban la Biblia. Cuando terminé la escuela primaria, quería ir a ésta para continuar mis estudios. Mis padres se oponían, pero acabaron cediendo ante mis lloros y ruegos porque deseaba aprender. Me enviaron a ella, pagándola con grandes esfuerzos. Acudí durante tres años. Vivía en la escuela y volvía a casa los fines de semana. Había una canción que decía: «El que quiera ir a esta escuela debe pagar 80 kilogramos de trigo al año.» Los niños de los ricos tomaban la comida del colegio, que era cara. A mí mi madre me daba los lunes, al salir, un saquito de panecillos de maíz. Cada día tomaba dos y un vaso de agua caliente. Eso era todo. Siempre tenía hambre. En verano, los panecillos se estropeaban con el calor. Nunca me quejé a mis padres. Quería continuar yendo a la escuela a cualquier precio. Los niños de los ricos, que pagaban pensión, se reían de nosotros, los hijos de los campesinos pobres, y nos llamaban patanes.»

—¿Cuáles son tus peores y tus mejores recuerdos de cuando eras niño? —le pregunto.

«No tengo ningún recuerdo bueno. Todos son malos. A los quince años fui a Yenán. Ingresé en el Ejército. Era más chico que mi fusil. Tenían que ayudarme a montar a caballo... Allí me dieron la primera manzana que he probado nunca. ¡Qué sabor tenía...! Nunca he comido otra cosa con aquel sabor... Fui soldado raso durante más de dos años y guerreé en el Sinkiang, que en 1952 y 1953 estaba infectado en el Norte por bandas de malhechores apoyados por Chiang Kai-shek y los antiguos señores de la guerra. Durante dos años, a caballo y fusil siempre en mano, combatí con los demás a los bandidos.»

(Hao se casó a los veintiún años. Fue secretario de una unidad. Estudió ruso, luego español.)

«Durante la revolución cultural estuve enfermo, en el hospital, con una neumonía grave. Los estudiantes del instituto colocaron carteles en mi habitación, junto a la cama, pidiendo que me fuera porque era miembro del Partido.

»Ahora la revolución educativa plantea problemas complicados. Los métodos pedagógicos, los exámenes... En el futuro me gustaría seguir trabajando en español. Supongo que continuaré siendo profesor como hasta ahora. Imagino el futuro de China y del mundo entero brillante. Quisiera conocer España y algunos países más.»

Chung, profesor, veintinueve años, soltero. Su familia vive en Pekín, de donde son originarios. Su padre y su madre son profesores. Vivían bien. Chung siempre ha sido un estudiante brillante y tiene una inteligencia fuera de lo común. Estudió en un instituto y en Peita, la Universidad de Pekín, y su nivel es, con mucho, el más elevado de los del grupo.

«Mi mejor recuerdo es que vi personalmente al presidente Mao en 1955, durante el desfile nacional.»

Dejo de escribir y le miro.

«¡Te lo digo de verdad! No es por decir. Cada año, en la fiesta nacional, eran elegidos los mejores pioneros para ir al desfile. En 1955 mis compañeros me eligieron a mí. Mi madre me hizo un traje nuevo. Llevábamos flores de papel hechas por nosotros y, cuando terminaba el desfile, todo el mundo avanzaba gritando hacia la tribuna sobre la que estaba el Presidente. Corrimos hacia ella agitando las flores de papel, y vi muy claramente al presidente Mao. Me quedé ronco de gritar. Tenía diez años...

»En 1958, durante el Gran Salto Adelante, siguiendo las directivas del presidente Mao: 'La enseñanza debe estar al servicio de la política proletaria y combinarse con el trabajo productivo...' fui al campo. Me causó una impresión profunda. Por entonces había aún cooperativas agrarias y no comunas como ahora. Entonces tomé conciencia del trabajo campesino, que nos da a todos de comer. Antes creía, incluso, que los campesinos no trabajaban en vacaciones. Sólo entonces advertí la dureza de su vida y comprendí por qué hay que servir al pueblo que nos nutre.»

«...yo había pedido estudiar español a causa del triunfo de la revolución cubana en 1959» ... «Cuando me gradué, la

Universidad me envió a este puesto sin que yo lo escogiera. Mi trabajo me gusta. Debo estar donde sea más útil. Quiero mucho a mi país. Naturalmente preferiría vivir en Pekín. Es bonito... Mi familia está toda allí... Voy dos veces al año, en vacaciones, una pagada por el instituto y otra por mí... De pequeño fui pionero y después guardia rojo. Formo parte de la Liga Comunista de la Juventud. Espero llegar a ser miembro del Partido Comunista. La revolución cultural empezó cuando yo estaba en Pekín. El 25 de mayo siete camaradas escribieron un tadzupao en la Universidad de Pekín criticando al rector. El presidente Mao les apoyó e hizo publicar el tadzupao por todo el país, junto con un comentario sobre la necesidad de llevar a cabo la gran revolución cultural proletaria. Anteriormente, en las primaveras de 1966, ya había habido una crítica masiva de los artículos del historiador Wu Han, perteneciente a la camarilla de Liu Shao-shi y que atacaba la línea correcta del Partido. Al principio esa lucha sólo fue sobre el papel. Luego se encarnó en los movimientos de jóvenes. Escribí tadzupaos. Viajé con los alumnos. En el invierno de 1966 fui a la provincia de Sinkiang. Entonces aún no se sabía quién era el responsable que seguía una línea errónea. Solamente después nos enteramos de que era Liu Shao-shi. Los guardias rojos revisaron documentos. Hubo delaciones contra él.

»En enero de 1967 los obreros de Shanghai llevaron a cabo la que fue llamada «revolución de enero». Su finalidad era quitar del poder a la administración o comité municipal, liquidando así a los que seguían la vía capitalista. El presidente Mao apoyó esta iniciativa. Mientras todas estas cosas se sucedían, el movimiento estudiantil influía en los obreros y campesinos.

»Estos sucesos me hicieron comprender que había surgido una capa de funcionarios e intelectuales privilegiados, apartados de las masas.

»Trabajé dos años en una granja del E. P. L. *

»Tras la revolución cultural, la enseñanza, que antes era

1. E.P.L. (Ejército Popular de Liberación).

aislada de la producción y de la práctica, ha cambiado. La revolución educativa plantea, por ejemplo, el problema de los exámenes. No son necesarios, pueden sustituirse por un control periódico. El antiguo sistema de enseñanza formaba intelectuales y tecnócratas alejados de la vida de todos los días.

»Ahora el criterio es que, ante todo, deben servir a las amplias masas.

»En el futuro, me gustaría trabajar en Pekín, enseñando o traduciendo.

»Pienso casarme dentro de unos tres años. Quisiera tener un hijo solamente.

»Respecto al futuro del mundo y de China, el problema principal es llegar al comunismo y liberar a toda la humanidad.

»Quisiera conocer América latina y España.»

Fan, profesora, veintiocho años, casada hace cuatro meses. Vive separada de su marido, ya que a él le han dado trabajo en otra provincia. Su familia es de Pekín. El padre era obrero en una fábrica. Vivían bien.

«Mis mejores recuerdos son de 1958. Eran los tiempos del Gran Salto Adelante, y mayo se llamaba "el Mayo Rojo". Con los otros niños, pioneros como yo, fui a recoger hierros inútiles, para hacer con ellos acero. También plantamos girasoles, e hicimos campeonatos de canto entre los pioneros...

«Escogí el español porque hacían falta traductores para América latina...

»Cuando me licencié, aquí necesitaban gente que supiera español y me mandaron a mí.

»De niña fui pionera. Luego pequeña guardia roja. Durante la gran revolución cultural proletaria fui guardia roja, al principio. Desde que dejé el instituto, no.

»No soy miembro del Partido. Naturalmente me gustaría, pero mi nivel ideológico es todavía insuficiente.

«Durante la revolución cultural yo estaba en Shanghai. Nosotros, los guardias rojos, nos levantamos contra el poder

de los intelectuales burgueses, escribimos tadzupaos y criticamos a los responsables de la escuela. En septiembre de 1966 fuimos a Pekín y allí vimos con nuestros propios ojos al presidente Mao, que recibió ocho veces a los guardias rojos. Después hicimos una marcha —y la llamamos "Gran Marcha" en recuerdo de la otra— de Pekín a Yenán a pie. Tardamos dos meses en llegar. En la ruta fuimos encontrando a soldados del Ejército rojo, que eran ahora campesinos, y a responsables de brigadas de producción. Ellos nos contaban cómo fue la Gran Marcha de 1935 con el presidente Mao.

»Me impresionó mucho la formación del Comité Revolucionario de Shanghai, que fue el primero del país, en enero de 1967. En él participaron los representantes de los estudiantes.

(Sobre su estancia en el campo, tras la revolución cultural, Fan me hizo una redacción que se incluye a continuación de la encuesta.)

»La revolución educativa es muy necesaria, pero difícil de llevar a cabo porque la influencia de la línea revisionista en la educación es fuerte y los profesores nuevos no tienen bastante experiencia.

»Me es igual dónde trabajar en el futuro y en qué.

»No quiero tener ningún hijo. Mi futuro lo imagino como ahora.

»China prosperará. Continuará la lucha entre las dos líneas.

»Me gustaría conocer América latina.»

REDACCIÓN DE FAN

Si doy importancia a estas encuestas y a la redacción de Fan no es por enfatizar los materiales de este estudio, sino porque conozco la rareza de tales testimonios en un país tan infinitamente canalizado y estereotipado como es China, en especial en lo que a contactos con extranjeros respecta.

Cuando pedí en Sian a los profesores de mi sección que hicieran redacciones sobre su vida para mejorar su uso del

español y ayudarme a mí al tiempo a conocer el país se me respondió con las corteses afirmaciones de costumbre. Pero, a fin de cuentas, no me fueron entregadas las redacciones. Los chinos son hostiles a cualquier testimonio escrito, reflejo muy comprensible en un sistema en el que el día menos pensado puede incorporarse la frase pronunciada años ha al acta de acusación contra cualquiera.

Por mi parte no les oculté en ningún momento que lo que me iban enseñando era para mí un material destinado a hacer conocer mejor al pueblo chino en Occidente. Fan me entregó, sin embargo, una larga composición en la que narraba su experiencia personal durante y después de la revolución cultural. La recogí. Pocos días después vino, inquieta, a pedirme que se la devolviera, lo que hice al momento. Temía evidentemente que me la quedase. Comenté con Hao la tristeza que me producía esa desconfianza en mi palabra. Yo había prometido que no enviaría una sola línea de sus trabajos al extranjero, sin su consentimiento. No transcurrió largo tiempo sin que Fan viniera a verme. Le había llegado mi comentario, no deseaba en modo alguno que yo guardara esa impresión. Me entregó de nuevo su redacción de cuyo texto me permitía disponer, con la única condición de que no figurase en él su nombre si lo enviaba al extranjero.

Fan era una muchacha extremadamente tímida. Fue una de mis profesoras de chino. Sólo mi repentina marcha me permitió darme cuenta realmente de la calidad y hondura de los lazos que se habían establecido entre nosotras, cuando me repitió que, aunque iba a encontrar gente más interesante en Pekín, no debía olvidar que en Sian dejaba unos modestos amigos. Y al decir esto me tendió la foto de su marido, al que había conocido cuando trabajaban en una granja del Ejército un grupo de jóvenes que fueron al campo tras la revolución cultural. Al preguntarle si le gustaba la vida en la granja, me respondió que mucho, más que en el instituto. Sobre si no prefería enseñar, se encogió de hombros contestando que le parecía que ahora cualquier cosa que hiciera le daba igual. Y, en efecto, creo que, tras el recuerdo

de la gran aventura exaltante que representó para toda una juventud como la suya los desplazamientos de 1966-67, Mao en Tien An-Men, el licor inusitado, de la iniciativa, de la movilidad, de la libertad, la marcha al campo en un grupo animado por un ideal, tras aquello, la repetición programada de su existencia actual y futura se fundía en el mismo gris informe. Era sorprendente su afirmación tajante de que no quería tener ningún hijo. La planificación establece uno o dos por matrimonio. De hecho, el tiempo se encargó de contradecirla. En el único delgado lazo que me prueba hoy la existencia de ese grupo de amigos: las tarjetas de felicitación por Año Nuevo, que son la única respuesta a mi correspondencia y envíos durante el año, la de Fan de 1976 me felicitaba en nombre de ella, su marido y su hijito.

Sian, noviembre de 1973

UNA ÉPOCA DE MÍ VIDA

Llegué a Shanghai, la ciudad industrial costera al este de China, el verano de 1963 para estudiar en el Instituto de Lenguas Extranjeras. Me dediqué al español. En los primeros años de la década de los 60, en América latina, ocurrían sucesos muy importantes: las tempestades de las Caribes. Nos parecía poder oír los gritos de los pueblos latinoamericanos clamando en español: "¡Abajo el imperialismo yanqui!" "¡Viva la revolución!". Así la lengua, de objeto literario, pasaba a ser instrumento de lucha. Sentí entonces por vez primera la importancia del español.

En el Instituto de Lenguas Extranjeras de Shanghai estudiábamos en buenas condiciones. Los profesores chinos y extranjeros tenían mucha paciencia. La esperanza de servir, estudiando, al pueblo y a la revolución mundial nos animaba a estudiar.

En este espacio de tiempo, aunque corto, maduramos políticamente aprendiendo la importancia de la reeducación

ideológica. Pero el agente enemigo, traidor y vendido, Liu Shao-shi, y su camarilla pusieron en práctica una línea revisionista en la educación y, con ella, intentaron hacer de nosotros una clase aristocrática, espiritual, alejada de la línea del presidente Mao. Al fin sonó la hora de la gran revolución cultural proletaria, comenzada por el presidente Mao. Nuestro gran dirigente, el presidente Mao, y la gran revolución cultural proletaria pusieron nuevo ardor en nuestras vidas.

El glorioso año de 1968, los cuadros y soldados de las unidades del Ejército Popular de Liberación nos acogieron calurosamente para trabajar con ellos en la granja.

Fueron años de grandes éxitos en el estudio, la lucha y la formación; construimos casas, trabajamos la tierra, reforzamos los diques en verano como en invierno con los soldados del E. P. L.

La lucha de clases y la lucha por la producción nos reeducaron y nos hicieron ir en el sentido de ser simples trabajadores con una cultura bastante buena. Estuve más de dos años en la granja y avancé mucho en la combinación de la teoría con la práctica. Esa vida me causó una profunda impresión y me ha dejado bellísimos recuerdos.

El 21 de septiembre de 1968, más de una centena de mis camaradas y yo dijimos adiós a nuestro instituto, en Shanghai, donde habíamos vivido, estudiado y luchado cinco años; respondíamos a la llamada del presidente Mao de que los intelectuales deben ser reeducados por la clase obrera y campesina. Marchamos, pues, hacia una granja del E. P. L. en el sur. Antes esta granja era un gran lago de más de 50 kilómetros cuadrados. Siguiendo la "Instrucción del Siete de Mayo» del presidente Mao, el E. P. L. transformó este lago en tierra cultivable.

De septiembre de 1968 hasta diciembre de 1970 estuvimos allá. Fueron más de dos años, tres otoños y dos veranos. Vivíamos allí y trabajábamos en el lago. Puede decirse que esta granja fue una gran escuela revolucionaria que nos educó en el pensamiento maotsetung. La vida era muy dis

tinta de la del instituto, donde reinaba la línea revisionista de Liu Shao-shi. La atmósfera allí era siempre de "unión, dinamismo y tenacidad". Trabajamos duramente, pero gozábamos de alegría moral. Los cuadros y soldados del E. P. L. nos enseñaban con paciencia lo que no sabíamos hacer y nos transmitían las tradiciones revolucionarias de "trabajo duro y luchar con energía", nos indicaban que debíamos transformar lo que es subjetivo transformando lo que es objetivo. Por esta época todos decíamos: "El sudor puede lavar el egoísmo. El trabajo manual puede prevenir el revisionismo. Fortalecerse duramente puede templar a los jóvenes". Y es cierto.

A nuestra llegada a donde debíamos vivir, no había más que hierbas silvestres. Construimos los alojamientos con nuestras propias manos, según las palabras del presidente Mao: "Conseguir la abundancia de alimentos y de ropas con nuestras propias fuerzas", bajo la dirección y con la ayuda de los soldados del E. P. L.

Por entonces no estábamos acostumbrados a trabajar con los hombros, a andar descalzos. Éramos todavía estudiantes que acababan de salir del instituto dominado por la burguesía. Transportábamos bambú, ladrillos, paja, sobre los hombros, con nuestras propias manos. El trabajo no era fácil, pero sí necesario. Vencimos las dificultades y tuvimos éxito. Dos meses después contábamos con una barraca allá donde antes había sólo hierbas salvajes. Era muy simple, pero estábamos cómodos y felices. Alrededor habíamos plantado arbolitos. Poco a poco nuestros hombros se fortalecían, y nos habíamos acostumbrado a andar descalzos. Cuando llegó el momento de la despedida, en 1970, los arbolitos que habíamos plantado habían crecido, ya daban sombra. ¿Y nosotros? Nosotros también habíamos progresado en la transformación del concepto del mundo. El jefe de la compañía y el instructor nos animaban, y deseaban que supiéramos asumir las pesadas responsabilidades de la revolución sobre nuestras espaldas, robustecidas por el duro trabajo, que camináramos siempre por la senda que conduce a mezclarnos con las masas, obreros, campesinos y soldados.

MI BALANCÍN²

Tengo un balancín de bambú. Es un buen balancín y un buen camarada y amigo. Me ha acompañado durante dos años en la granja, me acompañó cuando estaba en el campo, y me sigue acompañando ahora. He transportado agua con mi balancín, la comida para mis compañeros, el trigo y las legumbres. Esto quiere decir que me ha ayudado mucho para transformar mis ideas burguesas.

En 1968, cuando celebramos' el Año Nuevo, el cabo del E. P. L. me regaló por la fiesta ese balancín y me dijo con toda sinceridad:

—Te deseo que heredes las tradiciones revolucionarias y continúes firmemente por el camino indicado por el presidente Mao.

Le di las gracias. Sus sencillas palabras me conmovieron profundamente y decidí hacer todos los esfuerzos para transformar mi concepto del mundo.

Han pasado dos años. El balancín de bambú verde se ha vuelto un balancín de bambú amarillo. Puedo llevar con él cargas de más de cien yins (50 kg.). Al despedirme del cabo llevaba conmigo el balancín, y él me dijo con voz conmovida:

—¡No pierdas el balancín!

Yo le respondí:

—No se preocupe, cabo.

A principios de 1971 yo caminaba a grandes pasos por la avenida Chang-An, de Pekín, llevando mi equipaje sobre los hombros con mi balancín. La gente me miraba con asombro. Yo no sentía vergüenza alguna, sino orgullo. Ahora el balancín me acompaña en esta ciudad. He escrito sobre él estas palabras: "Trabajar duro y llevar una vida sencilla".

La Instrucción del 7 de mayo, del presidente Mao, dice así: «El E.P.L. debe de ser una gran escuela. En ella los miembros del E.P.L. deben aprender política, cuestiones militares

2. «Balancín». Se refiere a la pértiga con la que se llevan fardos, colgados a ambos extremos, apoyando el palo sobre el hombro.

y cultura. También pueden dedicarse a la producción agrícola y a ocupaciones auxiliares, trabajar en algunas fábricas medianas o pequeñas y producir cierta cantidad de artículos para satisfacer sus propias necesidades o para vendérselos al Estado por su valor... El E.P.L. puede, al mismo tiempo, estudiar, dedicarse a la agricultura, dirigir fábricas y trabajar entre las masas.»

RESPUESTAS DE ALUMNOS

Los alumnos que responden por escrito a mis preguntas son tres chicas y tres chicos. Tienen entre veinte y veintidós años, es decir, han crecido plenamente en el régimen actual. De los seis, los padres de cuatro son cuadros³; los de los otros dos, obreros. Los seis alumnos proceden de ciudades (la expresión «alumnos obreros, campesinos y soldados», que se usa continuamente en China, no quiere decir que los estudiantes lo sean, sino que han trabajado en el campo o en la industria durante cierto tiempo). Todos responden al unísono que «antes de 1949 vivían en la miseria, y que llevan una vida más feliz cada día que pasa». La descripción de sus hogares es una acuarela en bellos tonos rosa que reitera la felicidad de la situación actual y las idílicas condiciones de vida de los obreros: «...al pie del valle se observa la presencia de minas modernas. A sus lados se levantan los barrios residenciales de los obreros, que tienen grandes almacenes, hospitales, oficina de correos y escuelas primaria y secundaria. Los mineros trabajan con gran empeño. El Gobierno les ofrece buenas condiciones de vida. A todas horas, en todo el valle reina un ambiente de alegría y energía.»

«Después de la liberación, bajo la dirección del Partido y del presidente Mao, tenemos todo lo necesario y no nos falta de nada.»

3. «Cuadro» es el responsable dentro de una organización, ya se trate del Partido, del Ejército o de la Administración.

En el perfeccionismo draconiano que les ha imbuido el régimen, estos jóvenes sustituyen «no tenemos» por «no necesitamos»: «En mi casa hay radio, bicicleta, reloj y máquina de coser. No necesitamos aparato fotográfico».

Omito, excepto las frases citadas, el principio de la encuesta, que versaba sobre aspectos de alimentación, alojamiento, asistencia sanitaria, etc., que resultarían pesados para el lector, y ofrezco aquí lo que concierne a la revolución cultural.

El factor más significativo de estas encuestas —que no lo son; les falta un mínimo de condiciones para ser llamadas tal, y, de todas formas, el principio de encuesta en sí mismo es muy discutible— es precisamente la similitud, calcada, de las respuestas. Hay en esta generación un predominio del estereotipo claramente mayor que en las anteriores, un acriticismo fiel, entusiasta. El maoísmo hace grandes progresos en la confección de ciudadanos en serie y la extirpación de ideas propias.

Estos son los jóvenes que fueron guardias rojos durante la revolución cultural.

—*Vida antes de venir al instituto.*

«Estuve en el campo, reeducándome con el ejemplo de los campesinos pobres y campesinos medios de la capa inferior.»

«Trabajé en el distrito de Inchün, al norte de Chensí. Ganaba 32 yuanes al mes. Era suficiente.»

«Era una joven instruida. Me forjé en el ejemplo de los campesinos pobres y campesinos medios de la capa inferior.»

«Desde que cumplí siete años empecé a estudiar en las escuelas primarias y secundarias. En 1966 tomé parte activa en la gran revolución cultural proletaria. Un día otoñal de 1968 vi con mis propios ojos al gran líder, al presidente Mao. Al año siguiente, respondiendo a su llamamiento, vine al norte de la provincia de Chensí para establecerme, y allí trabajé más de tres años y cinco meses.»

«Serví en el Ejército Popular de Liberación.»

«En 1958 ingresé en la escuela primaria. En 1967, en la secundaria. En 1969 volví a mi pueblo natal para ser reeducado por los campesinos pobres y los campesinos medios de la capa inferior. En 1970 trabajé en una comuna. En 1972 ingresé en el Instituto de Lenguas Extranjeras de Sian.»

—*¿Cuáles son sus peores y sus mejores recuerdos de cuando era niño?*

«Eso me ha hecho recordar que a los seis años tenía ganas de aprender cosas e ir a la escuela, pues un día, al recibir el aviso de entrar en ella, no pude conciliar el sueño en toda la noche.»

«Cuando cumplí siete años mis padres me llevaron a la escuela primaria. Aquel día me emocioné mucho. Todavía puedo recordar claramente lo que sucedió. Me parece que éste es el mejor recuerdo de cuando era niña.»

«Cuando tenía nueve años entré en la organización de pioneros.»

«En la Fiesta Internacional de la Infancia nosotros, los pioneros, con el vestido de fiesta y el pañuelo rojo, celebrábamos una velada, o invitábamos a los héroes para que nos contaran sus hazañas y relatos revolucionarios. Por entonces yo pensaba a menudo que sería de provecho para la patria cuando me hiciera mozo.»

«Perdóneme. No recuerdo muy bien las cosas de mi niñez.»

«El 1 de junio de 1961 ingresé gloriosamente en la organización de pioneros. Ese es mi mejor recuerdo de cuando era niño.»

—*Hable de su escuela. ¿Cuántos años fue a ella? ¿Qué estudió? ¿Era mixta?*

«Cambié varias veces de escuela. Eran grandes y bonitas, mixtas. Pasé unos siete años en ellas. Estudié chino, matemáticas, física, ciencias naturales, deporte, música, etc.»

(Los seis coinciden: escuelas más bien grandes, bonitas, mixtas. Asignaturas estudiadas: historia de China y mundial, geografía, matemáticas, ruso, inglés, chino, física, química, gimnasia, política, ciencias naturales, etc.)

—¿Ha visto alguna vez extranjeros antes? ¿Ha tenido algún contacto con ellos?

«He visto muchas veces a extranjeros en la pantalla y en la calle. Cuando me encuentro con ellos quiero hablar, pero ¿cómo puedo hacerlo? Yo no entiendo su idioma y ellos tampoco el mío. Si son españoles, claro que puedo tener mucho contacto con ellos.»

«En Pekín muchos extranjeros van y vienen. Vi a muchos, pero no conozco a ninguno.»

«He visto muchas veces a extranjeros, pero nunca hablé con ellos, pues no podía comprender su idioma.»

«No.»

«Los he visto muchas veces, pero no he tenido contacto alguno con ellos.»

«He visto muchas veces extranjeros en Pekín. No he tenido contacto con ellos.»

—¿A qué años empezó a trabajar? ¿Dónde? Tipo de trabajo, horario y sueldo. ¿Cuánto tiempo trabajó en el mismo sitio? ¿Por qué hizo ese trabajo?

«A partir de 1969 empecé a trabajar en una unidad de producción cerca de mi pueblo hasta el 6 de julio de 1972. Normalmente trabajábamos ocho horas, pero en la época de siega diez u once horas.

«Nosotros consideramos que trabajar es un medida importante para combatir y prevenir el revisionismo. Los intelectuales deben tomar el camino de la integración con los obre-

ros y campesinos para transformar el concepto del mundo. Por eso, respondiendo al llamamiento del presidente Mao, fui muy contenta al campo a trabajar.»

«Trabajé tres años, a partir de 1969, en el distrito de Inchün por 32 yuanes al mes. Como me gusta escribir artículos, el Partido me eligió. Desde entonces empecé a trabajar en el Comité de la Liga de la Juventud.»

«Desde 1969 estuve en el campo. Trabajábamos ocho horas, pero en la época de siega un poco más. Eso es muy necesario para que nosotros transformemos nuestro concepto del mundo.»

«En 1969 empecé a trabajar en el norte de Chensí, un año y pico, para convertir el campo en un nuevo agro socialista. Por supuesto que lo escogí voluntariamente. El método de paga es: cada mes se cobra lo necesario para el coste de la vida, que ocupa el 30 ó 40 por 100 del total, y a fines de año se cobra el resto.»

«Me alisté en el Ejército en 1969. Estaba en la provincia de Liaonin. El Estado nos da todo lo que necesitamos. Estuve allá tres años. Sirvo en el Ejército para defender la patria y por la revolución y la construcción socialista. Sí, escogí voluntariamente ese oficio.»

«En el año 1970 empecé a trabajar en nuestra comuna. Era cuadro. Trabajaba ocho horas cada día. Allá estuve tres años. Hacer este trabajo es necesario para la revolución.»

—¿Ha formado parte de los pequeños guardias rojos, pioneros, guardias rojos, juventudes comunistas, etc.? ¿Qué formación política ha tenido? ¿Le gustaría ser miembro del Partido Comunista de China?

«Yo era guardia roja. Soy miembro de la Liga de la Juventud Comunista. Me gustaría muchísimo ingresar en el Partido Comunista de China y ahora me estoy esforzando por hacerlo pronto, cuanto antes.»

«A los nueve años me hice pionera. Estudiaba en la escuela secundaria cuando ingresé en la Liga de la Juventud Comunista. Durante la gran revolución cultural proletaria fui guardia roja. Hace tres años que presenté mi solicitud para ingresar en el Partido Comunista.»

«Fui miembro de la organización de pequeños guardias rojos. Ahora soy miembro de la Liga de la Juventud Comunista de China, pero eso no es suficiente. Tengo que luchar con energía para ser miembro del Partido Comunista de China. Ese es mi único deseo.»

«Yo ingresé en la organización de la guardia roja y también era pionero de niño. Ahora soy miembro de la Liga de la Juventud Comunista de China. Mi mayor deseo es ser un glorioso miembro del Partido.»

«He formado parte de los pequeños guardias rojos, de los pioneros, de los guardias rojos, de las juventudes comunistas. Me gustaría muchísimo ser miembro del Partido Comunista de China.»

«Fui guardia rojo. Cuando tenía nueve años ingresé en los pioneros. Después fui miembro de la Liga de la Juventud. Ahora soy miembro del Partido Comunista.»

—*¿Qué hizo en los años 1966, 1967 y 1968? ¿Qué cambios y sucesos importantes vio?*

«Por entonces estaba en casa. En 1966 sólo tenía trece años. Como soy la mayor tenía que hacer algunos quehaceres domésticos. Durante la gran revolución cultural proletaria hemos aplastado dos camarillas antipartido de Lin Piao y Liu Shao-shi. Los equipos de la propaganda obrera y del Ejército del pensamiento maotsetung ocupan el escenario de la superestructura. Los primeros estudiantes obreros, campesinos y soldados entraron en las universidades. (Se) derribaron (durante la revolución cultural) muchas estatuas de Budas y no pocos templos de monjes, etc.. Muchísimos.»

«En esa época estaba en la escuela secundaria. Comencé a desplazarme. Fui a muchas escuelas y universidades del país para estudiar las ricas experiencias de los demás. Estuve un año viajando por Shanghai, Tientsin, Cantón, Whan, Shuan, Yenan, cuna de la revolución china, Shaoshan, el pueblo natal del presidente Mao. En este viaje supe muchas cosas que desconocía.

»La camarilla antipartido de Liu Shao-shi fue derribada por todo el pueblo chino. Miles y miles de jóvenes instruidos van al campo a establecerse para recibir la reeducación de los campesinos y campesinos medios de la capa inferior, respondiendo al llamamiento del presidente Mao. Los cuadros importantes también iban al campo a trabajar. El 18 de septiembre de 1967 fui recibida por nuestro gran líder el presidente Mao. Eso me impresionó mucho.»

«En esos años tomé parte en la gran revolución cultural proletaria. Hemos aplastado dos camarillas antipartido: la de Lin Piao y la de Liu Shao-shi.

«Vimos al presidente Mao en Pekín, y esto nos hizo muy felices.»

«En esa época era un guardia rojo del presidente Mao, y, como tal, tomaba parte activa en la gran revolución cultural proletaria.

»Los cambios y sucesos importantes que puedo expresar en español, usted los conoce con más claridad que yo. Perdóneme.»

«En 1966, 1967 y 1968 tomé parte activa en el gran movimiento de la revolución cultural proletaria, iniciado y dirigido personalmente por el presidente Mao. La gran revolución cultural proletaria es una gran revolución política, realizada por el proletariado bajo las condiciones del socialismo, contra la burguesía y todas las demás clases explotadoras, y es también una profunda campaña por la consolidación del Partido. En la gran revolución cultural proletaria el Presidente ha conducido a todo el Partido, el Ejército y el pueblo a aplastar a los dos cuarteles generales burgueses

acaudillados por Liu Shao-shi y Lin Piao, respectivamente, lo que constituye un duro golpe para todas las fuerzas reaccionarias internacionales y nacionales. Ha consolidado en mayor medida la dictadura del proletariado.

»Todo el pueblo chino está decidido a unirse estrechamente alrededor del Comité Central del Partido, encabezado por el gran líder, el presidente Mao, y bajo la guía de la línea del X Congreso Nacional del Partido. ¡Unámonos para conquistar mayores victorias!»

«En los años 1966, 1967 y 1968 tomé parte activa en la gran revolución cultural proletaria iniciada y dirigida personalmente por el presidente Mao. En la gran revolución cultural proletaria el presidente Mao ha conducido a todo el Partido, el Ejército y el pueblo a aplastar los dos cuarteles generales burgueses acaudillados por Liu Shao-shi y Lin Piao, respectivamente, lo que constituye un duro golpe para todas las fuerzas reaccionarias internacionales y nacionales.»

—¿Cómo vino al Instituto de Lenguas Extranjeras de Sian? ¿Quién le envió?

(Los seis dicen haber ingresado por voluntad propia expresada en solicitud escrita. Esta fue recomendada y aprobada por las masas, los dirigentes y cuadros de la célula del Partido del lugar en que trabajaban, y la dirección del instituto. Tres jóvenes dicen que les «enviaron los campesinos pobres y medios de la capa inferior». Otro que le enviaron los cuadros de su distrito. El procedimiento de admisión ha sido: «Según mi petición, la oficina de enseñanza de mi distrito, el instituto y mi brigada examinaron mi historial, la historia de mi familia, mi nivel cultural y mi estado de salud. Como alcanzaba el nivel exigido, vine al instituto a estudiar.»

—¿Por qué estudia español y no otra cosa? ¿Lo escogió usted?

«Estudio español, o cualquier idioma, para apoyar y ayudar a la revolución mundial, para aprender de todos los

pueblos revolucionarios y consolidar la amistad de distintos países del mundo.»

«El Partido necesita que yo estudie español. Ante los intereses del pueblo y la causa revolucionaria, nunca discuto el precio.»

«Puesto que el Partido me mandó a estudiar la lengua española, la estudio. La necesidad del Partido es mi voluntad, por eso me gusta este idioma.»

«El idioma extranjero es un arma de lucha de la humanidad. Para divulgar el marxismo-leninismo-pensamiento mao-tsetung y aprender de los pueblos revolucionarios del mundo. Por eso yo estudio el español. Me gusta mucho. Lo escogí según mi gusto y la necesidad del Estado.»

«Estudio ahora español para divulgar el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, y apoyar la revolución mundial. Me gusta mucho esta lengua. La escogí voluntariamente, según las necesidades del Estado y del Partido.»

«Marx señaló: "El idioma extranjero es un arma de lucha de la humanidad". Estudiamos español para divulgar el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung, trabajar por los intereses de la gran mayoría de la población de China y del mundo, y aprender de los pueblos revolucionarios del mundo. Me gusta estudiarlo.»

—*¿Qué hace en sus horas y días libres? ¿Cuál es su pasatiempo favorito?*

«En las horas libres estudio las obras de marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung. También leo novelas sobre historia de China y de otros países. Los días de fiesta siempre voy a la ciudad, al parque, a exposiciones, museos, etc., con mis amigas. Algunas veces voy a casa de mis amigas. Me gusta mucho cantar o tocar el violín.»

«Aprovecho el tiempo libre para estudiar las obras de marxismo-leninismo y del presidente Mao, también para lavar

y ayudar a mis padres y compañeros. Charlo con mis compañeros sobre la situación del mundo.»

«Dedico una hora y pico a estudiar las obras de Marx, Lenin y del presidente Mao. Aprovechamos las demás horas libres para jugar, leer, ver películas, teatro, etc., y para descansar. Los días de fiesta visito parques y monumentos. Asisto a veladas, etc. Mi diversión favorita es leer novelas.»

«En mis horas libres estudio las obras de Marx, Lenin y del presidente Mao, hago deporte y descanso. Los días de fiesta voy al cine, al teatro, al parque, a visitar lugares interesantes, juego, asisto a veladas, etc. Mi diversión favorita es jugar al ping-pong.»

«En las horas libres me gusta jugar al baloncesto, leer o escuchar la radio y ver la televisión. Los días de fiesta podemos ir al cine, al teatro y al parque. Mi diversión favorita es escribir.»

—*Al terminar sus estudios, ¿en qué le gustaría trabajar y dónde?*

«Iré a trabajar adonde me necesiten el Partido y el pueblo.»

«Ahora estudio para la revolución. En el futuro trabajaré también para la revolución. Entonces al terminar mis estudios iré adonde me necesite el Partido y el pueblo.»

«Voy adonde se me necesite, y me gustará el trabajo que me dé el Partido, pues yo quiero ser útil a la patria y al Partido.»

«Iré adonde se me necesite, donde haya dificultades, malas condiciones de trabajo, donde la vida sea más difícil.»

«Donde se me necesite. Donde haya dificultades, malas condiciones de vida y trabajo duro.»

«Las necesidades del Partido son mi voluntad. Me gustaría trabajar y luchar allá donde las dificultades sean mayores.»

—¿Cómo y quién le dará su puesto de trabajo?

«El Partido Comunista.»

«Las masas revolucionarias.»

«Según las necesidades del Estado y nuestros deseos, el Gobierno del pueblo nos dará el puesto de trabajo.»

«El Partido y el Gobierno me enviarán, según mi voluntad y las necesidades del Estado.»

«Según mi voluntad y las necesidades del Estado y del Partido, nos dará el Estado el puesto de trabajo.»

«El Partido y el pueblo nos darán, según nuestra voluntad y las necesidades de la revolución, puestos de trabajo.»

—¿Le gustaría vivir solo, con amigos, con su familia?
¿Piensa casarse? ¿Cuándo? ¿Cuántos hijos quisiera tener?

«Prefiero vivir con los míos y con amigas. Haré lo que me preguntó de acuerdo con las enseñanzas del presidente Mao y las directivas de nuestro Partido.»

«Me gustaría vivir con mi familia. Haré lo que me preguntó de acuerdo con las necesidades del trabajo futuro y las directivas de nuestro Partido.»

«Ahora soy una estudiante, por eso tengo que estudiar con mucha aplicación para cumplir la tarea del estudio que me ha dado el Partido. De esta forma podré servir a los pueblos del mundo con mis conocimientos. Ese es mi único deseo; por ello no tengo mucho tiempo ni quiero pensar en otra cosa. Así pues, no puedo contestar a su pregunta.»

«Estoy muy contento de vivir en esta gran familia revolucionaria, llena de cariño, junto con los hermanos de clase.

»Ahora no pienso en esas cosas. Sólo pienso en hacer mayores esfuerzos para cumplir bien las tareas de estudio que nos ha dado el Partido, y servir de todo corazón al pueblo chino y a los pueblos del mundo.»

«Me gusta mucho vivir en el instituto, que es una gran familia revolucionaria, junto con los hermanos de clase.»

«Siento alegría de vivir junto con los camaradas, pues nos cuidamos entre sí, nos tenemos afecto y nos ayudamos mutuamente como si fuera una gran familia cariñosa. Ahora no es el momento de pensar en casarse. Debemos aprovechar toda oportunidad para estudiar y trabajar.»

—*¿Cómo imagina usted el futuro de China dentro de diez, treinta, ochenta años? ¿Y el futuro de Asia, África, América latina, Europa, la Unión Soviética, España, Estados Unidos? ¿Qué país le gustaría más visitar?*

«Llegará pronto el último día del imperialismo, su agresión cruel a estos países no persistirá mucho tiempo. Los pueblos tomarán el fusil y triunfará el marxismo-leninismo. Se realizará el gran ideal comunista en todo el globo terrestre y el sistema de explotación del hombre por el hombre será derribado.»

«Estoy convencida de que ha de llegar el día en que se realice el comunismo en todo el mundo.»

«No puedo imaginar el futuro, pero afirmo que llegará el día en que se realice el comunismo en todo el mundo. El imperialismo fracasará. Los pueblos del mundo vencerán.»

«Nuestro gran país socialista, que avanza por el camino marcado por el presidente Mao, tiene un futuro brillante y luminoso. Dentro de unos diez años se convertirá en un país poderoso y próspero, con industria, agricultura y ciencia modernas.

»El presidente Mao nos enseña: el sistema socialista terminará por reemplazar al sistema capitalista. Esta es una ley objetiva independiente de la voluntad del hombre. Yo creo con toda seguridad que el comunismo triunfará en Asia, América latina, África, en todo el mundo.»

«Ahora, económicamente, China es todavía un país pobre, un país en desarrollo. Pero estamos convencidos de que, bajo la dirección del Partido Comunista de China y del presidente Mao, construiremos el país adhiriéndonos a los principios de independencia, autodecisión, autosostenimiento, trabajo arduo, y no tardará mucho en ser uno de los países industrialmente más avanzados.

»La actual situación internacional se caracteriza por un gran desorden bajo los cielos. Este gran desorden es una buena cosa y no una mala cosa para los pueblos. Trastorna a los enemigos y provoca su división, despierta y templa a los pueblos e impulsa el subsiguiente desarrollo de la situación internacional en un sentido favorable a los pueblos y desfavorable al imperialismo, al revisionismo contemporáneo y a la reacción mundial. Se desarrollan con mayor profundidad y amplitud las luchas de los pueblos de Asia, África y América latina por ganar y salvaguardar la independencia nacional y defender la soberanía estatal y los recursos nacionales. Los países quieren la independencia, las naciones quieren la emancipación y los pueblos quieren la revolución. Esto ha llegado a ser una corriente histórica irreversible.»

«Dirigido por el presidente Mao y el Partido, nuestro gran país no tardará mucho en ser un país próspero y poderoso con industria, agricultura, ciencia y defensa nacional modernas. Estamos convencidos de que el comunismo triunfará en el mundo. El imperialismo, el socialimperialismo y los reaccionarios fracasarán.»

—*Diga su opinión sobre la revolución educativa.*

(Dos no responden. Otro evade la cuestión diciéndome: «Como estudio poco, no puedo expresarlo en español».)

«Según las enseñanzas del presidente Mao "nuestra política educativa debe permitir a todos aquellos que reciben educación desarrollarse moral, intelectual y físicamente, y con-

vertirse en trabajadores cultos con conciencia socialista". Así llegaremos a ser continuadores de la causa revolucionaria del proletariado.»

«Nuestra revolución educativa todavía se encuentra en la etapa experimental. Acaba de empezar. No tengo todavía una opinión suficientemente madura como para decírsela.»

«El presidente Mao nos enseña: "Nuestra política educativa debe permitir a todos aquellos que reciben educación desarrollarse moral, intelectual y físicamente, y convertirse en trabajadores cultos y con conciencia socialista". Debemos aprender bien el idioma extranjero y otros conocimientos. Lo importante es aprender el marxismo-leninismo-pensamiento maotsetung para transformar la concepción burguesa del mundo. Tenemos que tomar parte activa en los tres grandes movimientos revolucionarios: la lucha de clases, la lucha por la producción y la experimentación científica, aprender modestamente de los obreros y campesinos pobres y campesinos medios de la capa inferior.»

La estricta fidelidad con que estos jóvenes responden, según las consignas oficiales, a las preguntas «¿piensa casarse?», «¿cuántos hijos quisiera tener?», es perfectamente representativa de una realidad: la enorme represión sexual existente en China. No es ésta exclusiva de los jóvenes que todavía no han alcanzado la edad *terminantemente* aconsejada por el Partido para casarse. Su manifestación más brutal se halla en la separación por largos años de matrimonios. Me atengo a ejemplos muy concretos: de las seis profesoras de español que, junto con cuatro profesores, formaban la sección de castellano del Instituto de Lenguas Extranjeras de Sian, sólo una habitaba con su marido: Mei, miembro del Partido, la veterana, con cuarenta años de edad. Su esposo era técnico, tenían un hijo de quince años. Sólo iba, sin embargo, a su casa de Sian los fines de semana, permaneciendo el resto del tiempo en su habitación del instituto. De las otras profe-

soras, Yan, con veintiocho años, se había casado hacía tres meses. Su marido era maestro en otra ciudad, a más de mil kilómetros, y se veían en los quince días de vacaciones anuales que el Gobierno da a las personas separadas de su familia —normalmente en China los trabajadores no tienen otras vacaciones que los domingos y los muy escasos días de fiesta—. Otra profesora, L., de treinta años, con dos hijos pequeños, residía con los niños y su madre en el instituto, mientras que su marido trabajaba en Pekín. Otra profesora que se incorporó tardíamente a la plantilla, W., vivía también separada de su esposo. Una profesora más joven, y a la que, de hecho, apenas llegué a conocer, había estado en el campo durante una temporada de trabajo manual. No llegué a saber con claridad si su esposo vivía o no en Sian.

El caso más patético era el de una pequeña profesora, Hu, una muchacha aquejada de asma y con una seria lesión cardíaca. Tenía un niño, y mi llegada al instituto de Sian coincidió con la vuelta de ella a su puesto, tras las vacaciones de maternidad, en las que dio a luz a una niña. Había estado en una población cercana de Shanghai, en la que residían su marido, su madre y sus hijos, y había vuelto al instituto, a miles de kilómetros, tras dejar con su madre y su esposo al nuevo bebé. Estaba separada de esta forma de su marido desde hacía ocho años.

Los ejemplos son múltiples y se resumen a una completa supeditación del individuo al Estado. Me permito, pues, un inciso dedicado a esa faz oculta de la luna china: la condición sexual.

SEXUALIDAD, MUJER Y PRODUCCIÓN

*«Las mujeres chinas son una importante
reserva de fuerza de trabajo y deben ser
empleadas para la construcción socialista.»*
MAOTSE-TUNG

La cita del Presidente que precede resume con perfecta claridad múltiples páginas posibles, y fue recordada por Chou En-lai como broche final del discurso del 8 de marzo de 1973, ante los cooperantes⁴ extranjeros invitados con motivo de la Fiesta de la Mujer.

De mis observaciones saqué la conclusión de que la mujer no debe jamás esperar su liberación total del triunfo de un sistema, sea éste socialista, comunista, u otro: el camino, sin embargo, de esa humanidad secundaria, la humanidad femenina, hacia su emancipación, pasa necesariamente por la lucha, por la revolución, la exigencia y la defensa del sistema juzgado como económica y socialmente superior, y en el que ellas obtendrán, en paridad con los demás individuos, equidad, consideración y bienestar. Pero su camino no termina ahí, porque muchos de sus problemas son específicos a su condición femenina, y ningún sistema socio-político se los resolverá, sino ellas mismas.

En China Popular, las mujeres, sobre todo las mujeres jóvenes, trabajan, y ni el matrimonio ni la maternidad representan, como ocurre con frecuencia en Occidente, ceses prolongados o definitivos en su actividad laboral. A trabajo igual, el salario es igual en ambos sexos, pero los puestos superiores están ocupados mayoritariamente por hombres. La enseñanza es mixta. La propaganda remacha diariamente el papel activo de la mujer en la construcción del socialismo, es decir, anima de formas diversas a su incorporación en todos los campos del trabajo, pone como ejemplos a las «muchachas de hierro» soldadoras, picadoras, peones, de tal y tal distrito, e insiste en que cuanto hace

4. «Cooperante» o «experto» designa al extranjero que trabaja en el país.

un hombre puede ser hecho por una mujer, y viceversa, puesto que los hombres han aprendido en la escuela, juntamente con sus compañeras, a coser y demás labores del hogar. Existen, pues, al parecer, sólidas bases para una igualdad futura social y económica. Hoy no es el caso, tanto por el muy débil porcentaje de mujeres en puestos de responsabilidad como por los sentimientos despectivos que aún se perciben hacia ellas de bastantes hombres y la timidez de muchísimas mujeres.

La liberación de la mujer por parte del régimen ha sido y es llevada a cabo en función del uso y el aprovechamiento de la fuerza de trabajo que representa ese 50 por ciento de la población. Ello dentro de la línea general, según la cual el individuo *es en función de algo*; ese algo fundamental es la patria, respecto a la cual se realiza por medio de la producción y la disciplina a las consignas venidas del centro. En un sistema que ha logrado un control tal y tan finamente ramificado, el dispositivo de captación y encauzamiento de energía hacia la producción es tanto más absoluto y eficaz. Así, en China se ha inhibido al máximo la vida sexual de sus individuos.

La liberación sexual concierne a hombres y mujeres, pero la mujer arrastra en este terreno, como en los otros, una opresión infinitamente mayor, cuyas causas nos llevaría muy lejos analizar. La usura que el sistema ejerce en China sobre la energía personal en beneficio del trabajo y de la disponibilidad total y devoción a directivas y directores raspa hasta el hueso, encauzando exclusivamente placer y sexo en una unión monogámica, por vida, en la que los encuentros de la pareja se verán en gran número de casos espaciados de once en once meses, pues los puestos de trabajo que se les han asignado están en lugares distintos. Aquí le cabría a la mujer china la muy discutible satisfacción de gozar de igualdad con el hombre, pues la represión se ejerce por lo visto respecto a ambos sexos. El régimen ha borrado de las artes y las letras, e incluso del vocabulario usual, cuanto evoca o representa lo amoroso, erótico, sentimental; ha empleado con notable aprovecha-

miento una herencia moralista considerable de la antigua sociedad, magnificándola y revocando la fachada. En este sentido no ha liberado a la persona. No vale invocar sin descanso a la condición de la mujer en la antigua sociedad. No por ello se deduce que haya sido liberada en terreno de importancia tan impresionante como es la relación sexual. Cierto es que este tipo de liberación no vendrá de los sistemas. Cuanto más autoritario es un sistema, mayor es su aversión a la libertad sexual y al principio mismo del placer. No hay sistema totalitario que no haya defendido con ardor los principios de la sexualidad fijada en una célula social oficial, con fines generativos y anulación del placer por sí mismo. En nombre del Orden se anula o, al menos, se tiene tendencia a anular cuanto es posible, las ocasiones en las que la persona encuentra una plenitud propia exterior al sistema, y el acto sexual, con cuanto le acompaña, es la ocasión por excelencia en la que dos personas escapan al entorno, se bastan, descubren su poder y su potencia, se liberan en la sacudida violenta del placer. Ningún individuo reaccionario (el clásico y pululante individuo «de orden»), ningún estado totalitario, pueden ver con buenos ojos este acto autosuficiente y libre que impulsa hacia otras liberaciones; la actitud hacia la relación sexual, el placer físico —casi siempre tan psicossomático— es una auténtica piedra de toque al respecto. Hasta la fecha, el cristianismo, la Iglesia, se han llevado la palma en animosidad sádica y morbosa hacia los principios del sexo y del placer. Y tampoco China soporta que la atención de los fieles se desvíe.

No deja de ser curiosa, cuando se medita sobre ella por fuera de las normas y del sistema de prejuicios, esa animosidad cristiana, puritana, contra el sexo y el placer. La lista de explicaciones es larga. Explicación economicista: captación de energía y de atención psíquica. Explicación política: aspiración al control máximo de los individuos, a la máxima restricción de actos libres y de proyecciones autónomas, de manera que se obtengan obediencia, disponibilidad, dedicación y, sobre todo, que el individuo no escape (o lo haga de forma «tolerada» aunque ilícita) en momento alguno

a la vigilancia del sistema. Explicaciones religiosas: negación, abominación, menosprecio o severo encauzamiento del placer, de la libido sexual. En todos los casos, alienaciones de la sexualidad en sí, de esta dimensión importante del ser humano; las economicistas, en nombre de la productividad; las políticas, de la patria y el bien común; la religión y los sistemas morales, en pro de la familia, la dignidad humana, la generación. Con ser todas estas explicaciones explicativas, ninguna es suficiente, sin olvidar la importantísima cuestión del sistema patriarcal, que hace de la mujer el más remoto proletariado y es también causa sustancial de su represión.

En China Popular, hoy, por lo que puede observarse, se han unido la omnipotencia de un sistema totalitario, en el cual se existe exclusivamente en función de la productividad y de la aquiescencia aportada a las consignas, y la inmensa carga de una tradición moralista férrea, apretadamente tejida y secular, que continúa irradiando, con apariencias y palabras diferentes, sobre los comportamientos.

El racionamiento sexual es bastante más escaso que el de cereales, algodón y aceite: quince días anuales de vacaciones pagadas por el Estado, en las cuales pueden reunirse los numerosos matrimonios que viven separados por trabajar en lugares distantes.

El código matrimonial, promulgado por el nuevo Gobierno al año siguiente a la liberación, en 1950, reza:

Los esposos tienen por deber amarse, respetarse, auxiliarse y ayudarse, edificar una unión armónica, dedicarse al trabajo y ser productivos, criar hijos y luchar por la felicidad de la familia y por la edificación de la nueva sociedad.

Se diría desde 1950 hasta ahora que algunas de las frases de este párrafo han ido engrosándose, nutriéndose de la sustancia de las demás. Me refiero a ...«*dedicarse al trabajo y ser productivos... para la edificación de la nueva sociedad*»; porque a cientos o miles de kilómetros de distancia los esposos pueden respetarse, pero difícilmente amarse y auxiliarse. Los sinólogos actuales consideran esta extendida práctica

1

gubernamental de la separación de matrimonios como un método más —ciertamente drástico— de control de natalidad, lo cual puede ser probablemente cierto, pero es fácilmente reemplazable por los anticonceptivos, que no faltan y son bien aceptados.

Hasta que llega la edad fijada como indicada por la política del Partido para contraer matrimonio (veinticuatro o veinticinco en las mujeres; veintiocho en los hombres más o menos), se supone que ni ellos ni ellas tienen experiencia sexual alguna. Las declaraciones oficiales y las mismas entrevistas con los interesados los presentan como seres para los que el sexo es sencillamente inexistente y el matrimonio una etapa social necesaria fijada para un momento determinado. Toda discusión con chinos sobre sexualidad se encuentra, incluso si la conversación transcurre entre psiquiatras chinos y occidentales, con un muro de silencio, molestia y desazón. Idéntico desconcierto si se habla de madres solteras. En China Popular -es la respuesta- no hay madres solteras, ni prostitutas, ni homosexuales, ¿qué es eso?, ni complejos freudianos, ni, si apuramos, quizá sexo; o estos seres aberrantes existen en proporciones mínimas, indetectables.

La vida comunitaria, la práctica de la autocrítica y de la educación, la incansable vigilancia social, son otros tantos factores para explicar inhibición semejante. Se une a ello la continua presión hacia la transferencia y sublimación de la libido en el amor a los dirigentes, amor al Partido, al presidente Mao, etc. Todos los conocidos ingredientes del fenómeno religioso.

Pero -se preguntan los occidentales- el instinto es el instinto, la naturaleza reclama sus derechos. Y les cabe, pues, deducir que la constitución física de los chinos es diferente; que, así como la potencia y los órganos sexuales tienen reputación de estar más desarrollados en la raza negra que en la blanca, lo contrario ocurre con los chinos; también se opina que el tipo de alimentación favorece esta parquedad, disminuye las pulsiones de la libido.

No. No es este universo tan frío ni tan lejano. El 20 de

diciembre de 1924 un chino, un hombre de la talla humana y literaria del escritor Lu Sin, dice en su colección de ensayos, divagaciones oníricas y recuerdos:

«Este calor de la sangre impulsa a los humanos a seducirse el uno al otro, a excitarse, a atraerse mutuamente, a buscar apasionadamente las caricias, los besos, los abrazos, para sumergirse con embriaguez en el éxtasis de la vida.»⁵

Y Hao, durante nuestras largas conversaciones nocturnas, no dudó en hablarme de la terrible vigilancia de la presión social: «...sí, algunos lo hacen, pero van de noche, en la oscuridad, como ladrones. Las paredes tienen ojos, oídos. La presión social es terrible»; y me contó, con voz de gran escándalo, cómo, hacía tres años, un alumno y una alumna del instituto de Sian habían sido sorprendidos haciendo cosas «muy malas» —¡Qué muy malas! —le respondí— No. Buenísimas.

—Muy malas —insistió Hao, moralista. Y luego me explicó que el chico y la chica habían sido enviados a lugares distintos.

Otro ejemplo del que soy testigo es Chung, profesor de Sian, veintiocho años, que jamás había besado a una mujer (no digamos el resto).

Una cooperante francesa me relata su conversación con una responsable china durante la Fiesta de la Mujer, el 8 de marzo de 1973.

«Le pedí que me explicara qué actitud se sigue respecto a los jóvenes reacios a las directivas sobre matrimonios tardíos.

—En principio —me respondió— les mostramos a fondo la línea política al respecto. Subrayamos las ventajas del matrimonio tardío, les hacemos ver que es mejor que concentren su dinamismo intelectual y físico en los problemas de interés social y general.

Naturalmente, si hay jóvenes que quieren casarse rápidamente, pueden hacerlo, a partir de los veinte años los hombres y de los dieciocho las mujeres. Pero nosotros,

5. Lu sin. *La mala hierba: Revancha*.

sin embargo, continuamos discutiendo con ellos para que comprendan mejor la relación entre la vida colectiva y la vida individual, entre el trabajo y la vida privada.»

Si traducimos esta satinada explicación oficial en su aplicación concreta se encontrará con que difícil, difícilísimamente llegarían dos jóvenes a casarse fuera de la época prescrita. La presión social, el sistema, son lo suficientemente compactos como para no dejar resquicio alguno a parecida reacción, que, por otra parte, no llegaría a darse, sería rechazada por los individuos, todavía en estado embrionario, por incompatible con la estructura y los valores en los cuales deben necesariamente vivir.

Tras la liberación y la equiparación de derechos civiles de la mujer, hubo numerosos divorcios. La política del Partido a continuación fue que los divorcios estaban justificados en aquellos casos en que los cónyuges habían sido elegidos por los padres, en el sistema de la antigua sociedad, pero que ya no tenían razón de ser en la actual y constituían un factor de desorden caprichoso, por lo que divorciarse se coloca también hoy en la lista negra.

Para gran decepción de las izquierdas místicas occidentales, forzoso es reconocer que los chinos no son esos monstruos de virtud. En China hay ladrones, hay adulterios, los chinos mienten, se masturban, hurtan, se emborrachan, etc., afortunadamente para ellos, porque, como decía George Orwell, sin duda el alcohol y el tabaco son cosas que un santo debe evitar, pero la santidad es también una cosa que conviene que los hombres eviten⁶. En un futuro más libre y más democrático es muy posible que los chinos no sepan agradecer en su justo valor el mito que les han endosado tranquilamente durante decenios los inefables maoístas occidentales.

Se constata en China que la entidad, el grupo social, laboral, provisto de las directivas superiores, ha reemplazado en autoridad moral a la familia de otrora. La situación de igualdad de la mujer es así infinitamente superior a su

6. George Orwell, *Reflexiones sobre Gandhi*.

status indigno de la vieja sociedad. Mujer y hombre se hallan por otra parte en apretada sujeción sexual, libidinosa. La opresión en todo lo que se refiere al sexo y al placer es extrema y se ejerce sobre ellos y ellas con mecanismos de conocido corte religioso, que operan tan temprano y tan profundo que impiden la formulación misma de un rechazo consciente, la toma de conciencia de la represión como tal.

REVOLUCIÓN Y POSREVOLUCION CULTURAL

Los dos tadzupaos más célebres de la revolución cultural son, sin duda, el que fue colocado en la Universidad de Pekín el 25 de mayo de 1966, redactado por estudiantes y profesores de la misma, y el tadzupao compuesto por Mao Tse-tung mismo con el título: ¡«Fuego sobre el cuartel general!», redactado por el Presidente durante la IX sesión plenaria del Comité Central del Partido Comunista chino, que tuvo lugar del 1 al 12 de agosto de 1966.

El tadzupao de la Universidad de Pekín estaba firmado por siete personas, entre ellas una joven profesora de filosofía que pronto se hizo célebre y formó parte posteriormente del Comité Revolucionario de Pekín, Nie Yuan-Tsi. Se criticaba en este texto al rector de la Universidad y a los dos, responsables de los asuntos universitarios en la Municipalidad de Pekín. Inmediata, casi simultáneamente, teniendo en cuenta la prudente lentitud habitual de las tomas de posición y decisión en China, Mao Tse-tung ordena la difusión por radio y prensa de este tadzupao por todo el país. El 1 de junio de 1966 los «mass media» hacen célebre el llamado «primer tadzupao marxista-leninista nacional», que cuenta con el formidable respaldo del «placet» de Mao, el cual anima así al tiempo a la crítica directa contra los responsables del Partido. Se trata de la «gran revolución cultural proletaria»¹, comenzada y dirigida por cierto por el Presi-

1. «Gran Revolución Cultural Proletaria» es la traducción, bastante inexacta, como en tantos términos chinos ocurre, de *Wuchan Shieshi*.

dente mucho antes del 25 de mayo de 1966. Durante las dos reuniones del Buró Político que tuvieron lugar en septiembre y octubre de 1965, con asistencia de los miembros del Buró del Partido y de los responsables de los departamentos regionales del PCC, el Presidente habló de la revolución cultural que estaba en puertas. Mao criticó la obra del historiador Wu Han. Este especialista de la dinastía Ming, profesor de la Universidad de Pekín, intelectual y combatiente patriota desde los tiempos de la invasión japonesa, alcalde adjunto, pero no miembro del Partido, había publicado en 1961 una obra de teatro de base histórica, *La destitución de Jai Rui*, sobre la destitución de un funcionario honesto del siglo XVI. Cuatro años después Mao, que veía en la obra una crítica velada (velada por necesidad: es inconcebible en China una crítica o discusión expresa, por modesta que sea, de alguna disposición de Mao Tse-tung) de la destitución de Peng Te-Juai en 1959, desencadenó la ofensiva contra Wu Han, que fue prestamente amplificadas con la eficacia sin discusión y sin rival, sin duda, que caracteriza este tipo de «luchas» en China: el brillante periodista y ascendente figura política Yao Wen-yuan publicó el 10 de noviembre de 1965² en el periódico local de Shanghai, el *Wen Jui Pao*, un ataque contra Wu Han, reproducido por la prensa pekinesa. Wu Han pasó a formar parte tempranamente de los muchos intelectuales que fueron atacados, degradados, durante la revolución cultural, bajo acusaciones de derechistas, revisionistas, burgueses, opuestos al invencible pensamiento maotsetung y al proletariado. En ellos, diana próxima y visible, cristalizó fácilmente el encono de una juventud muy joven y, por diversos factores, muy reprimida, y también contra ellos se dirigieron con rapidez las críticas de los menos jóvenes que anhelaban marcarse tantos políticos, de aquellos a los que desazonaba la existencia de un sector con cierto potencial de crítica propia y raciocinio, por humilde y mesurado que éste fuera.

2- Esta fecha es presentada en los textos oficiales del Partido Comunista Chino como el principio de la Revolución Cultural.

Respondiendo a llamamientos de Mao, se forma en la primavera de 1965 el llamado «Grupo de los Cinco», encargado de llevar a cabo la revolución cultural y presidido por el alcalde de Pekín, Peng Cheng. En mayo, el comisario político del Ejército en la región de Nankín, Hsiao Wang-tung, toma a su cargo el Ministerio de la Cultura. Asegura que «está podrido y todo su personal, de los jefes a los cocineros, está corrompido», y promete una limpieza a fondo. Todos estos cargos importantes en el Partido esperan satisfacer a Mao Tse-tung con un ataque generalizado contra los intelectuales, campañas de educación ideológica y destitución de responsables medios. No se salvarán por ello. Con una táctica que le era bien propia, el Presidente les ha inducido a ocupar los puestos de mando de un movimiento cuyos resortes deben volverse, llegado el momento, contra los mismos que los manejan como una bomba de relojería. El hecho de que ellos sean los responsables de las decisiones y medidas tomadas respecto a la revolución cultural, permite criticarles y atacarles posteriormente. Al exhortarles a encargarse de la revolución cultural, Mao les entrega la materia prima de sus propias destituciones y muerte político-social futura. En ellos lógicamente se fijarán las iras de jóvenes multitudes que degustan por vez primera el delicioso licor de poder atacar a sus superiores, a altos cargos, de alzar la voz... Ante ellos, el Presidente simboliza la pura luz de la revolución, velada por los múltiples «burócratas» y «traidores».

LA «BOMBA ESPIRITUAL»

La «bomba espiritual de potencia incontrolable», por emplear la terminología del régimen, es decir: las citas escogidas de Mao Tse-tung, el Pequeño Libro Rojo, había sido ya ensayado a gran escala antes de que, durante la revolución cultural, este catecismo hubiese sido distribuido a cientos de millones de individuos como único y exclusivo unificador ideológico y fuente de fe. Lin Piao, uno de los cinco vicepresidentes del Buró Político del Partido Comunista chino, ele-

gidos en el VIII Congreso del Partido en 1958, y uno de los diez mariscales del Ejército, había emprendido ya hacía tiempo la tarea de transformar el Ejército chino en «una vasta escuela del pensamiento maotsetung», preludio de la consigna de la revolución cultural de hacer de China una gran escuela del pensamiento maotsetung. Lin Piao inició en el seno del EPL el movimiento de masas de estudio de las citas de Mao en 1960. En 1964 el Departamento Político General del EPL recopiló y publicó las «Citas de Mao Tse-tung», que pasaron a circular entre el pueblo. El prestigio y la fuerza de Lin en el Ejército, por su calidad de miembro del Buró Político y el más maoísta de los maoístas, era enorme. Lin en persona preparó y puso en circulación para uso de todos los soldados el Pequeño Libro Rojo.

La revolución cultural estaba, pues, bien y sabiamente organizada. Dijimos que el Grupo de los Cinco se había encargado, por sugerencia de Mao, de ésta. Su dirigente, el alcalde de Pekín, Peng Cheng, hizo saber en febrero de 1966 el plan que se había trazado para llevar la revolución a cabo. Se trataba del «informe acerca del debate académico actual redactado por el Grupo de los Cinco» y, como previsto, al hacer por escrito una relación de sus ideas, dio la materia de acusación perfecta para críticas. Mao, reunido con otros cuadros, hizo saber su disgusto respecto a Peng Cheng y a Lu Ting-yi, alto responsable en el Ministerio de la Cultura y Propaganda y miembro del Grupo de los Cinco. Se multiplicaron los artículos que denunciaban la existencia de una «línea negra» y de una «cuadrilla negra» acusada del mayor crimen ideológico posible: la oposición al pensamiento maotsetung. El inmenso aparato de los «mass media» aceleró y amplió, sin dar nombres, las denuncias de líneas, actitudes, posturas, pensamientos, insinuaciones, inclinaciones, ideologías, pruebas irrefutables de la contumacia antirrevolucionaria de «ciertos responsables», los principios de cuya traición se perdían en la noche de los tiempos y se hacían remontar más o menos a la lactancia del Partido. Un ejemplo del rigor de las pruebas y de la solidez de los argumentos que acompañaban a las acusaciones y deduc-

ciones puede ser el artículo publicado por Yao Wen-yuan —cuya estrella periodística y política no cesaba de ascender— en el mes de mayo. En él, Wu Han, Teng To y Liao Mo-cha eran acusados de oponerse desde antiguo a la línea de Mao y del Partido, como ilustraba el que hubiesen defendido estos dos últimos la obra de Wu Han *La destitución de Jai Rui*, lo cual significa desaprobación de las decisiones de Mao y el Partido en la reunión de Luchan en 1959.

Lo cierto es que en el Gran Salto Adelante, en 1958, China a poco estuvo de dislocarse las dos piernas al aterrizar en la dura realidad de la situación de crisis económica de los años 59, 60, 61, producida por los ímpetus voluntaristas y autocráticos del Presidente y por las calamidades naturales y la retirada de los expertos rusos ordenada por Kruschef. Con hartazgo, sin duda, Mao debió conformarse con el papel de ideólogo supremo y único y líder indiscutible, y dejar que, en otros campos, responsables más a ras de tierra se ocuparan de los asuntos prácticos, económicos. China fue saliendo del bache, y en 1966 el Presidente podía, sin duda, permitirse la eliminación política de equipos de cuadros del Buró Político, susceptibles de ser presentados fácilmente a las masas, y sobre todo a los estudiantes, como reos de economicismo, de apoyo a la técnica y la especialización, cortos de fe en la potencia todopoderosa del pensamiento de Mao y en la eficacia arrolladora de los movimientos de masas.

El 18 de abril de 1966 el *Diario del Ejército* publica un editorial: «Exaltemos el pensamiento de Mao Tse-tung. Participemos activamente en la gran revolución cultural socialista.»

El 16 de mayo de 1966 el Comité Central del Partido da a luz una circular, difundida por entonces sólo en el seno del Partido. Se trata de un texto redactado por Mao que anula y refuta el informe hecho en febrero por Peng Cheng, e indica cuáles deben ser las orientaciones fundamentales de la revolución cultural, subrayando que el fin principal de ésta es, yendo más allá de la literatura y del arte, descubrir y criticar a los elementos burgueses, antipartido y an-

tisocialistas. Una de las acusaciones que Mao hace en este documento a Peng Cheng es haber querido dar a los representantes de la burguesía, so pretexto de libertad de expresión, la oportunidad de responder a las críticas que se" les dirigían e, incluso, de defender con argumentos sus puntos de vista. Esta actitud era calificada por el Presidente de compromiso y debilidad traidores a la situación de lucha de clases. Se incitaba en la «Circular del 16 de mayo» a extender el movimiento de crítica entre las masas, de forma que éstas denunciaran y atacaran a responsables, a los cuales, por cierto, el inmenso aparato de propaganda y difusión iba enfocando lentamente, afinando la mira, supliendo con inagotables cantidades de adjetivos denigratorios la ausencia de pruebas concretas de traiciones o errores reales.

EL «PRIMER TADZUPAO NACIONAL»

El 25 de mayo aparece en la Universidad de Pekín el «primer tadzupao nacional marxista-leninista», conteniendo una virulenta crítica de tres colaboradores de Peng Cheng y altos cuadros del Partido.

Los años 1966 y 1967 verán el cierre de todas las escuelas y universidades. Esto lanza al exterior una masa de millones de jóvenes (se citan las cifras de 9 millones para 1966 y 15 millones para toda la revolución cultural³), fermentada por las exaltantes llamadas del Presidente al desenmascaramiento de los contrarrevolucionarios, embriagada por un estado de movilidad y acción que le son completamente nuevos. Sobre ellos aplica Lin Piao su consigna de «hacer del país una gran escuela del pensamiento maotsetung». El Gobierno anuncia para los jóvenes revolucionarios, la Guardia Roja, la gratuidad de los transportes. Libro Rojo en mano, los jóvenes recorren el país, cosa que nunca hubieran podido

3. Un 50 por 100 de la población china tiene menos de dieciocho años, un 40 menos de dieciséis. El número de jóvenes se estima entre 200 y 300 millones. La frecuentación escolar es de un 80 por 100. Hay 50 millones de pioneros y 30* millones de miembros de la Liga de la Juventud Comunista.

soñar en las circunstancias de su vida cotidiana por falta de permiso de desplazamiento, tiempo y medios para ello. Van a las fábricas, explican con ardor a los obreros las vilezas del economicismo, que osa anteponer las motivaciones, los estímulos materiales como primas, etc. a los estímulos justos y correctos: los políticos y morales. Les incitan a deponer a los podridos directores que confían más en la preparación científica y técnica que en la fuerza sin igual del pensamiento maotsetung inyectado en el corazón de las amplias masas. Forman peregrinaciones a dos lugares sagrados: Yenán, sede histórica del soviét chino, y Shaoshan, patria chica de Mao Tse-tung. Corean, con indignación sin límites ante los extremos de revisionismo de que es capaz la naturaleza humana, las acusaciones hechas contra altos miembros del Partido, en las que, por ejemplo, se les atribuye nada menos que el haber insinuado la posibilidad de que China entablase conversaciones con la gran potencia imperialista: los Estados Unidos de América. Con tan absurda suposición los renegados han demostrado, según los guardias rojos, no sólo su naturaleza contrarrevolucionaria profunda, sino también su estúpida ceguera. ¿Cómo se concibe que la República Popular China, única depositaria de la pura y sagrada llama revolucionaria, tras la degeneración de la URSS, llama que, enriquecida con el oxígeno inigualable del pensamiento maotsetung, debe extenderse por todos los pueblos del planeta, entre en relaciones diplomáticas con tales elementos? El 18 de agosto de 1966, un millón de guardias rojos se concentran en la plaza de T'ien An-Men. Mao Tse-tung, que se presenta en la tribuna vestido de uniforme militar y junto a su «compañero más cercano», «el mejor alumno del pensamiento maotsetung», Lin Piao, recibe el testimonio apasionado de fidelidad absoluta de los jóvenes, todos los cuales agitan en las manos el pequeño Libro Rojo, lucen en las solapas la insignia con la efigie del Presidente, en las bocamangas brazaletes rojos* con citas de Mao, y portan retratos suyos.

4. Los brazaletes rojos se inspiraban en los que llevaban las milicias campesinas chinas en los primeros soviets de Kiangsi y Yenán.

Cada mañana aparecen los muros tapizados de tadzupaos, en los que se ataca todo y a todos, exceptuando al presidente Mao y a su alumno favorito, Lin Piao⁵.

Los muchachos y muchachas se dividen en grupos, cada cuál preciándose de ser más rojo que el otro y más maoísta. Se condena y ataca todo lo que puede ser burgués, extranjero o tradicional; se destruyen obras de arte y monumentos, templos y esculturas, discos de música clásica y obras literarias; es incendiada la cancillería británica en Pekín. Van cayendo cuadros altos y medios. La purga culmina con Liu Shao-shi, durante largo tiempo designado con perífrasis. Liu era presidente de la República, vicepresidente del Partido Comunista chino y miembro del Buró Político.

Primero para reemplazar a los grupos directivos de las entidades, luego para codirigir con ellos, se van formando los llamados comités revolucionarios, con nuevos responsables del Partido y representantes de las masas y soldados. Estos comités revolucionarios se definían como los nuevos órganos de poder creados durante la revolución cultural, que funcionaban según el sistema de triple unión, es decir, con una repartición del poder y la responsabilidad en tercios iguales entre militares, cuadros del Partido y representantes de las masas.

En cuanto al término de «revolucionario», que se usa con profusión en China Popular, significa él o lo que sigue la línea del presidente Mao.

EL CULTO A MAO

No se podría decir con seguridad si Lin Piao logró su objetivo de hacer de China una vasta escuela del pensamiento maotsetung, pero, en todo caso, ha conseguido hacer de ella un enorme museo del Presidente. Y lo más grave no es el hecho de que Mao sea proyectado en ojos y mentes

5. El uso de carteles murales ha sido costumbre en China desde tiempos anteriores al actual sistema.

con regularidad, sino que nadie, sólo él, ocupa un lugar permanente en la pantalla: estatuas de yeso, retratos gigantes, retratos medianos, retratos portátiles, hagiografías en colores pastel, estatuas iluminadas por dentro para mejor aureolar al gran hombre, el martilleo incesante de sus citas gritado por los altavoces callejeros desde las seis de la mañana en adelante. «El presidente Mao tiene una experiencia práctica mucho mayor que la de Marx, Engels y Lenin, que no han dirigido personalmente y durante largo tiempo una revolución proletaria... El camarada Mao es el más grande marxista-leninista de nuestra época», dice Lin en el discurso del 18 de mayo de 1966 durante una reunión ampliada del Buró Político. Y durante meses y años estos temas y este tono serán repetidos *ad infinitum* por los «mass media». En el prefacio a la segunda edición de «Citas del presidente Mao Tse-tung» (el pequeño Libro Rojo), Lin tampoco se muerde la lengua: ...«la tarea más fundamental en el trabajo político-ideológico de nuestro Partido es mantener siempre en alto la gran bandera roja del pensamiento de Mao Tse-tung, armar a todo el pueblo con el pensamiento de Mao Tse-tung y, en todo tipo de trabajo, colocar resueltamente el pensamiento de Mao Tse-tung en el puesto de mando... Es preciso que todos estudien las obras del presidente Mao, sigan sus enseñanzas, actúen de acuerdo con sus instrucciones y sean buenos combatientes del presidente Mao...; es necesario estudiar una y otra vez los muchos conceptos fundamentales del presidente Mao. Conviene aprender de memoria sus frases clave, estudiarlas y aplicarlas reiteradamente. En la prensa deben insertarse constantemente citas del presidente Mao, de acuerdo con la realidad, para que la gente las estudie y aplique... Una vez dominado por las vastas masas, el pensamiento de Mao Tse-tung se convierte en una fuerza inagotable, en una bomba atómica espiritual de infinita potencia.»

En agosto de 1966, durante la II sesión plenaria del Comité Central del PCC, se había condenado a los grupos de trabajo de Liu Shao-shi y Teng Siao-ping, con la consiguiente degradación de ambos. El 8 de agosto se adoptó

y publicó la «Declaración en dieciséis puntos». En ella, en las decisiones sobre la revolución cultural, el Partido exhortaba a una vasta campaña de estudio del pensamiento maotsetung. Consecuentemente, el Comité Central intervino en el Ministerio de la Cultura para acelerar la publicación de treinta y cinco millones de las obras escogidas de Mao Tse-tung y reeditar otras.

Lógicamente fue el Ejército Popular de Liberación quien se encargó de la edición de bolsillo de las citas del Presidente, y distribuyó el pequeño Libro Rojo por todo el país. Este fue traducido a varias lenguas y prologado por Lin Piao. En 1971 el vicepresidente único, del fin, brazo derecho y alumno entre los alumnos del presidente Mao, Lin Piao, desaparece de un plumazo; su caída es aderezada con una deliciosa historia de política-ficción y ocasiona, sin duda, serios cólicos mentales entre los chinos y los extranjeros maoístas, sometidos ambos a la ruda gimnasia de explicarse los avatares del serrallo político chino. La desaparición de Lin conlleva asimismo el trabajo abrumador de expurgar millones de pequeños Libros Rojos de sus prefacios, escritos y firmados por el puño y letra del abominable traidor de doble faz. Se arrancan uno por uno, de cada ejemplar, las cuatro hojitas fatídicas. Se recortan febrilmente kilómetros de celuloideos y de negativos en los que, junto a Mao, aparece Lin, el dolicocéfalo triste y clerical.

Pero, continuando con la revolución cultural, decíamos que en 1967, junto con los gritos más vehementes de los guardias rojos, comienzan a escucharse las llamadas gubernamentales de vuelta al orden. Tal vez algunos estudiantes son capaces de darse cuenta, en el maremágnum general, de que lo que hacía unos meses era acogido con las mejores muestras de aprobación por el Presidente y los suyos y alabado como fruto del dinamismo creador de las amplias masas, de la pureza y fuerza de la llama revolucionaria que arde en los pechos juveniles, eso mismo ahora comienza a ser calificado con adjetivos nuevos: «espontaneísmo», «ultra izquierdismo», «divisionismo». Contra tales males el remedio está presto: el EPL entra en fábricas, universidades y

escuelas superiores, implanta los comités revolucionarios e impone el orden. Desde finales de 1967, el Centro había ordenado al Ejército intervenir en los casos en que fuera necesario. A mediados de julio de 1968 el primer equipo obrero entra en la Universidad de Tsingjua (la universidad técnica de Pekín) para dirigirla. Se acaban los viajes gratuitos por la vasta China para intercambiar experiencias revolucionarias y propagar el pensamiento maotsetung. El 1 de marzo de 1967 las escuelas e institutos abren de nuevo sus puertas. Se intensifica el proceso destinado a que la revolución cultural sea controlada por el Estado y por el Comité Central del Partido. Estos, y Lin a través del EPL, difunden ahora la necesidad de vuelta al orden, de meditación, autocrítica y estudio del pensamiento maotsetung. A la muchedumbre adolescente y juvenil se le indican nuevos horizontes: deben ir a construir el socialismo a los campos, al interior, educarse ideológicamente por el trabajo manual y el estudio en las granjas del Ejército o similares. Profesores e intelectuales se lavarán durante años de sus ideas burguesas trabajando en comunas, fábricas, en los centros de reeducación del Ejército llamados «Escuelas del 7 de Mayo». Unos ocho millones de jóvenes se fueron al campo durante la revolución cultural.

Que para la juventud la revolución cultural fue una gran catarsis, de eso no cabe la menor duda. Estrechamente encuadrada en sus estudios por el entramado de la burocracia del Partido, y con el invariable telón de fondo político de la gerontocracia en el poder desde el 49, el lazo pasional que Mao supo establecer entre ella y su persona, lazo apoyado en el inmenso carisma totalitario del Presidente, galvanizó a la juventud china. Se gritó y se lloró hasta la saciedad, y se atacó por todo lo que jamás se había atacado en los diecisiete años de régimen. Mao fue ante ellos el Padre, el Dios, el Gran Hermano, el Bondadoso Rey semisequestrado en su palacio por las intrigas de cortesanos pervertidos. Fue —y quiso ser, como bien lo demuestra la imaginería oficial— el Sol resplandeciente, el Gran Ideal de la Gran Cruzada llevada al grito de «¡Mao lo quiere!», el joven anciano de

geniales y justos ideales rodeado de maduros jefes altivos que ni le comprendían ni le secundaban.

«—¿No desea sentir una pasión, un gran amor?

—Mi gran amor es imposible.

—Pero usted me dijo, hace un momento, que no lo había encontrado todavía.

—Mi gran amor es espiritual, ¿comprende usted?...

¡Mao!

De repente pareció como una muchachita tímida y vergonzosa. Había dejado de ser aquella criatura de piernas largas, orgullosa y segura de sí misma, que no creía en otra cosa que en el poder de las masas.

—¿Quiere usted a Mao? —le pregunté.

—¿Y usted? —me respondió— ¿No lo quiere? ¡Yo lo amo verdaderamente. »⁶

«—¿Está permitido, también, criticar a Mao?

Wang estaba ya bastante excitado a causa de las opiniones que ahora podía permitirse, lo cual habría resultado totalmente imposible, inconcebible, antes del comienzo de la revolución cultural. Sin embargo, mi pregunta pareció sacarlo de quicio por un momento. Respiró una gran bocanada de aire.

—Eso es algo que no se le ocurrirá a nadie —opinó en voz mucho más baja y sin la pasión que había puesto anteriormente.

Le contradije, diciéndole que precisamente a mí se me había ocurrido.

—Bien, bien —consintió Wang, vacilante y reflexivo—, a un extranjero quizá pudiera ocurrírsele. ¡Ciertamente! Otro cerebro, otras reacciones. ¿Quiere saber usted —su rostro se distendió— lo que es Mao para nosotros? Piense en un Dios todopoderoso y omnisciente, pero un ser que vive en la Tierra y sabe hacer suyos e interpretar los sentimientos, preocupaciones, ambiciones, esperanzas, trabajos, deseos y todas las posibilidades del más orgulloso de los pueblos del

6. Entrevista de Louis Barcata con una muchachita guardia roja durante su visita a China de 1967. Del libro de Barcata *China, ¡a revolución cultural!*

mundo... No se trata de discutir una cuestión de mando político, como en el caso de Liu o de Chou, sino que es algo mucho más intenso y profundo: una cuestión de la más absoluta e irracional confianza.»⁷

«—Mao —explicó el Dr. M— es el Absoluto, es Dios en este mundo; Dios como hombre, sin contar con ninguno de esos atributos sobrehumanos incomprensibles y extraterrestres de los demás dioses...

—Entonces, ¿no cree usted lo que se dice en el extranjero, o sea que la Guardia Roja se creó por sí sola, y únicamente después de haberse convertido en un movimiento político de importancia fue unificada y puesta bajo control de Mao?

El médico me dirigió una mirada viva, con sus ojos claros e inteligentes, que sólo por un momento tomaron una marcada expresión burlona.

—No le creía tan inocente —replicó—. En este país, amenazado por tantos enemigos, y que, por ese motivo, hasta en la más pequeña aldea la policía política está magníficamente organizada, hasta el punto de que ni siquiera se puede crear un coro de aficionados sin un enorme papeleo y la larga espera de un permiso estatal, ¿cree usted posible que se pueda organizar un movimiento político tan amplio que comprende a tantos millones de hombres?... ¡No, señor mío! Mao creó la Guardia Roja de modo premeditado y con ayuda de gente que le era fiel en el seno del Partido y del Ejército.»⁸

«Vine. Aclamé. Condené. Volví» podrán decir los muchachos y muchachas que cubrieron cada centímetro de T'ien An-Men, armados de un ideario de bolsillo, de un bagaje cultural extremadamente reducido y filtrado, nutridos diariamente por entusiasmantos y revulsivos destinados a crear, como en los perros de Paulov, poderosos reflejos teledirigidos de amor y odio, regados a diario por los «mass media» con abundantes chorros de algo que no tiene otro parentesco con el marxismo, con el materialismo dialéctico, que la nomenclatura

7. De la misma obra. Charla de Barcata con su intérprete, el señor Wang.

8. Charla de Louis Barcata, del libro citado, con un médico chino, el doctor M.

empleada, que pertenece al tiempo a esos fenómenos multitudinarios religiosos que ya han descolorido los siglos en otras latitudes, y que es simultáneamente una inmensa premonición materializada de lo que podrá conseguir en sus súbditos un sistema de control total en todos los terrenos.

—Tú estabas en Pekín durante la revolución cultural. ¿Qué pasaba? ¿Había mucho jaleo? —le pregunto a la mujer de un cooperante latinoamericano, que había trabajado en China durante el año 1966.

—¿Qué pasaba? Pues nada. Las escuelas estaban cerradas, pero todo lo demás funcionaba como de costumbre. Las tiendas estaban abiertas, la calle, si no había un desfile, normal.

Durante esta revolución, China siguió produciendo y funcionaron los servicios. Además, el sistema se ocupó de alojar y alimentar a millones de jóvenes.

EL PECADO DE ECONOMICISMO

Durante la visita a una comuna, la información que se nos dio de sus actividades fue extensa y la jornada, apretada. Todos anotábamos apresuradamente. Sólo al releer mis notas advertí la importancia de estas frases del responsable:

«Antes, según la línea de Lin Piao, había igualdad de salario para todos, sin contar con la capacidad ni la producción. Luego se criticó ese principio.»

En toda visita a fábrica o comuna, el responsable dedica unas frases a criticar la línea economicista del traidor Liu Shao-shi. Durante la revolución cultural, Mao Tse-tung y su reflejo y brazo ejecutor, Lin Piao, lanzaron a la juventud del país en masa contra Liu y otros dirigentes principales, acusados de practicar una política económica revisionista y prosoviética al colocar el interés material y las ventajas laborales por encima de la dedicación revolucionaria y el ardor idealista proletario. Se les tachó de corruptores del proletariado por introducir y fomentar las primas en la producción y las diferencias de retribución según la formación

profesional y el rendimiento, por proponer en fin aumentos de salario. Desaparece, con la revolución cultural, un equipo que se había ocupado de la economía china durante ocho años. En diciembre de 1958, Mao, tras las claras señales de fracaso del «Gran Salto Adelante», esa aceleración voluntarista de millones de personas, esa «Cruzada del Acero», debe ceder la presidencia de la República a Liu Shao-shi, aun siendo en todo momento líder indiscutible e indiscutido ante el pueblo y el Ejército. De hecho, hubo de hacer sitio a un grupo de dirigentes posibilistas que recompusieran la economía china. Estos emparejaron discretamente motivaciones materiales e individuales con las consignas «revolucionarias» que emanaban de la figura intocable del Presidente del Partido, al que continuaron siempre perteneciendo sin disputa los planos ideológico y militar.

Si juzgamos por las obras, y mientras no se demuestre lo contrario, Mao no fue persona, que admitiera compartir en manera alguna su poder. Ni siquiera ha permitido manifestarse nada que no se inspire en su doctrina. Suyas son las librerías, la prensa, las revistas, las reproducciones plásticas, las consignas, y, si no la música, en él se inspiran las canciones. Mal puede imaginársele admitiendo la competencia de otros como superior a la propia en alguna materia.

En diciembre de 1966, en Shanghai, los guardias rojos llegados de Pekín protestan, indignados por la corrupción revisionista. Ocurre que los obreros, aprovechando las turbulencias del momento y la inseguridad en que se sienten los dirigentes de las fábricas y del Partido, han formulado por primera vez claras reivindicaciones materiales, tan dispares al equipaje mental de estudiantes y colegiales, que arden en el celo de mensajeros del pensamiento supremo y salvador de Mao Tse-tung, jóvenes olvidados de familia y raíces, que peregrinan con alegre fervor por Yen-an y Ching-kanshan, que han visto a Mao en persona sobre la tribuna de T'ien An-Men, que comulgaron por millones simultáneamente con su esencia y le han jurado a gritos y con lágrimas en los ojos que ellos son los depositarios de su doctrina.

Los anatemas contra el «revisionismo kruschevita», «la línea negra economicista de Liu Shao-shi», etc., de los guardias rojos llegados a las fábricas, no siempre fueron bien apreciados por los obreros chinos. Los estudiantes les mostraban la vileza de las primas, ventajas salariales y laborales, que nublaban la vista del rojo horizonte revolucionario y empañaban la nitidez del ideal anti-ego.

Cierto que Liu Shao-shi y otros dirigentes habían emprendido, cuando se trató de ascender la pendiente en la que se encontraba la China de 1959 tras el «Gran Salto Adelante», una política económica de prudencia, objetivos concretos, escalonados, y estímulos materiales. Se implantó un sistema de primas a la productividad, se reforzó el poder de los directores de empresa, y en 1963 se aumentaron los salarios de cerca de un 40 por 100 de los obreros.

Mal que pesara a los jóvenes apóstoles de Mao, es cierto que el proletariado, la clase revolucionaria por excelencia, el pueblo escogido del siglo XX, aprovechaba la revolución cultural para pedir una vida terrena mejor. De hecho, se produjeron auténticos enfrentamientos obreros-guardias rojos, con defensa activa por parte de la clase trabajadora de su status económico.

Las reivindicaciones que presentan los obreros de Shanghai, la ciudad más industrial de China y en la que se dieron más conflictos netamente laborales durante la revolución cultural, en especial el agitado mes de diciembre de 1967, son similares a las de sus camaradas de clase de otros países: reducción de la jornada de trabajo, acortamiento de la semana laboral, reducción de las cadencias, supresión de las diferencias de zona, disminución del período de aprendizaje, modificación de los estatutos del personal temporero (muy abundante en Shanghai), aumento de salarios, etc. Hay huelgas el verano de 1967 en Shanghai y en Wuhan. Hay luchas, hay guardias rojos, guardias muy rojos, guardias escarlata. Hay la proclamación de la «Comuna de Shanghai», reemplazada en febrero de 1967 por un «Comité revolucionario» constituido por obreros y miembros del Partido y del Ejército.

El año 1968 verá la normalización, la intervención del Ejército, la disolución de los sindicatos y de las organizaciones obreras, que se habían mostrado activas y deseosas de organizarse al margen del aparato estatal.

Vuelto el orden, el Centro hablará de «maniobras de sabotaje» por parte del primer secretario y del secretario adjunto del Partido en Shanghai, influidos por el viceprimer ministro y traidor Tao Chu, eliminado de la escena política. Se dirá que, guiados por Tao, esos dos dirigentes de Shanghai, en vez de apoyar a los buenos guardias rojos, apoyaron a los guardias escarlatas, que eran unos extremistas peligrosos, y, sin atender a las razones e indicaciones enviadas desde el poder central, se lanzaron por la pendiente del economicismo, apoyando reivindicaciones salariales y huelgas. Afortunadamente el Centro enderezó tan degenerada situación llevando al poder a los auténticos revolucionarios, primero en la formación del conjunto directivo de la comuna de Shanghai, y luego en la sustitución de dicha comuna por el comité revolucionario de Shanghai. Esta será la explicación oficial, como de costumbre cosida a grandes puntadas, sin dejar cabos sueltos, con hilos blancos y negros.

No sólo desaparecerán, pues, las primas, sino también la sombra de lo que podía parecerse a un sindicato (los así llamados en China no lo son sino de nombre). Los intentos de constituir asociaciones de clase, es decir, sindicatos reales, han mostrado empero las afinidades entre los obreros chinos y sus camaradas de todos los países.

Quedó a los trabajadores, eso sí, el premio de consolación de poder abrumar de críticas y tadzupaos al personal superior de sus fábricas, llegando hasta lograr su destitución.

Desde entonces, y hasta ahora, los cuadros, en las visitas a fábricas y comunas, se dan golpes de pecho lamentándose por haberse dejado tentar por la carne y la materia. Del grupo dirigente gubernamental emanan consignas de austeridad, trabajo duro, trabajar por la revolución china y la revolución mundial. Lo mismo que el profesor que vigila a los alumnos durante el estudio, así Lin Piao y el

Ejército velaban por la reeducación de un país que debía ser una «gran escuela del pensamiento maotsetung». Guerra al ego.

«Antes, según la línea de Lin Piao, había igualdad de salarios para todos, sin contar con la capacidad...»

En suma, durante la revolución cultural se acusó a Liu Shao-shi de dirigirse más hacia el postulado socialista «De cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo», que hacia el comunista «De cada uno según su trabajo, a cada uno según sus necesidades». Ahora se condena, haciendo de Lin Piao y de algunos dirigentes sus representantes, el «ultraizquierdismo» (hoy tachado de esta manera, mientras que, durante la revolución cultural, fue la recta línea de Mao), los excesos igualitarios de la línea de Lin «sin contar con la capacidad ni la producción» (es decir, ahora impera «a cada cual según su trabajo»). En Liu y en Lin se han concentrado sucesivamente el mal y la negrura. Sólo Mao permanece inmaculado e infalible.

LA «GRAN DESTRUCCIÓN CULTURAL»

La traducción de «Wuchan Zhiezhi Wenjua Ta Renmin» como «revolución cultural» no deja de estar preñada de ironía. Uno de los efectos más marcados y perdurables de esta revolución ha sido el cierre de museos, bibliotecas, monumentos. En 1973 los inmensos Museo de Historia y Museo de la Revolución, que se alzan frente a T'ien An-Men, continuaban cerrados, e igual suerte corren diversos lugares, símbolos o depósitos de cultura, por toda China. Durante el Gran Exorcismo, sus neófitos, inflamados de celo y ansiosos por demostrarlo a ojos de los demás, han destruido total o parcialmente cultura y arte, y, lo que es peor, han marcado con un reflejo de temor y repulsa la pecadora inclinación hacia la belleza que no trabaja bajo contrato gubernamental.

Me pregunto si la Historia ha visto jamás un desierto cultural más grande, más esterilizado y raso que los efectos culturales de la «gran revolución cultural proletaria», en la que el proletariado participó tan poco.

3

En 1967, cuando el movimiento estaba en toda su gloria, la única actividad cultural y recreativa que se ofrecía a los chinos era la lectura de los tazupaos, con sus críticas, caricaturas y chistes políticos sobre tal o cual responsable, y la lectura, meditación, memorización, declamación, canto, danza y mimo de las citas de Mao Tse-tung. Para facilitarles el trabajo, altavoces incansables y omnipresentes las gritaban al máximo de volumen. Ni cine, ni teatro, ni ópera, ni reuniones, ni deportes. Por supuesto el baile moderno, al que la juventud china comenzaba a tomar gusto, fue fulminado como perversión occidental.

La desculturización se ha llevado a cabo simultánea e intensivamente en dos dimensiones: la exterior, material, y la interior, mental. Sobre los cascotes de la cultura se colocó luego una tarta de yeso de estatuas de Mao y guindas de libros de citas. Sobre las neuronas se instaló un circuito de aspiradoras que engullían los brotes de espíritu crítico. Se ha sometido a esas mentes a una gimnasia sueco-prusiana, a un régimen de antirreflexivos tan severo, se les mantiene —eso sí, con las mejores palabras e ideales explícitos del mundo— en una estructura ortopédica tan angosta, que los resultados a la vista están: un país de ochocientos millones de seres que lleva seis años viendo y oyendo en cine, radio, televisión, teatro, las «seis óperas revolucionarias modelo», los seis modelos caricaturizados, a base de «malos» maquillados en gris y verde oliva, feos y retorcidos, y «buenos» rosas y arrogantes, óperas cocinadas por Chiang Ching, la mujer de Mao, que hizo una carrera política fulminante durante la revolución cultural. Estas seis óperas se conocen de memoria, como es natural, con todos los tonos y notas, y el público continúa valientemente acudiendo a verlas porque no tiene donde elegir. Que un puñado de museos y de monumentos, coreando la política china de apertura internacional a partir de 1970, hayan abierto sus puertas de nuevo, no significa que estén a disposición del pueblo. Generalmente sólo se permite a ciertos huéspedes extranjeros visitarlos previa cita.

En un capítulo de su trabajo sobre la situación de la

vida cultural en China, escrito durante su visita de seis meses en 1972, el sinólogo Simón Leys, tras reproducir una cita del *Renmin Ripao* (*Diario del Pueblo*) del 16 de julio de 1972, que reza: «Reforzar la dirección que el Partido ejerce sobre las artes es la garantía fundamental de una creación socialista artística floreciente», describe su impresión sobre la literatura actual china, de la que es buen conocedor: «Las librerías han modificado por entero su disposición interior; ahora están arregladas como farmacias, es decir, la anchura de un mostrador separa por todos sitios al visitante de las estanterías en las que están colocados los libros. Sobre estas estanterías, a las que sólo llegan los vendedores, se exponen unas docenas de libros. Como se trata de llenar todo el espacio de la tienda con tan escaso surtido, los ejemplares de la misma obra están puestos de plano y multiplicados de la forma idéntica y monótona con que se ponen las latas de sardinas y de guisantes en un supermercado. La mayor parte del surtido se compone, por supuesto, de las obras de Mao, después de los padres de la doctrina marxista, así como las obras completas de Stalin, Kim Il Sung y Enver Hodja. Los tebeos para niños y las obras técnicas ocupan también una parte considerable de las estanterías. Aparte de esto, la casi totalidad de la literatura china desde sus orígenes a nuestros días —esa literatura que era una de las más antiguas, de las más diversificadas y más ricas del mundo— simplemente ha sido borrada de la existencia. Cuando se piensa que es imposible encontrar hoy en la capital de China, aunque sólo fuera un simple modesto ejemplar de una obra tan fundamental y popular como los *Trescientos poemas Tang*, uno se siente lleno de vértigo y de rabia. Esta rabia, por otra parte, se vuelve terror cuando se visita la Biblioteca Nacional (la Biblioteca de Pekín) y se advierte, hojeando los ficheros de la sala de catálogos, que *toda huella de la existencia de obras literarias e históricas chinas del siglo XX no conformes a la ortodoxia maoísta, ¡simple y llanamente ha desaparecido!*⁹.

9. Simón Leys, *Ombres chinoises*.

En música, exceptuando las innumerables canciones en honor y amor de Mao, hay *una* creación sinfónica, *El Río Amarillo*, concierto para piano y orquesta de fuerte inspiración en la música romántica occidental y compuesto durante los años de la guerra de resistencia antijaponesa por Hsieh Hsing-jai, que lo estrenó a los treinta y cuatro años, en Yenán, en 1939. Este único concierto cubre a fuerza de repeticiones todo el panorama musical sinfónico.

En fin, sería demasiado morboso, demasiado fácil, triste y exhaustivo ir desgranando más muestras de la gran castración cultural, de este nuevo gran salto en el que se ha aterrizado con los dos pies en el cerebro. Cualesquiera que sean las disquisiciones políticas sobre este movimiento, los grandes ecos pasionales que sus bellas y puras máximas habrán levantado en las tierras allende las fronteras de China, entre hermanos espirituales de los guardias rojos; cualesquiera que sean los doctos estudios sobre la justicia y oportunidad del movimiento, reclinados sobre las páginas y las frases de Mao Tse-tung, siempre quedará lo esencial, la realidad desarmante de un gran culto montado a escala infinita, en el que se han llevado a sus últimas consecuencias métodos terriblemente empobrecedores de las facultades humanas, la realidad flagrante de una megalomanía sin medida, que llevó a Mao, quizá plenamente convencido de la legitimidad de su propósito, a borrar cuanto no era él y sus obras, a autoencarnarse como la Verdad y a obligar a la vista y al oído a que, para ir a cualquier parte, hubieran previamente de atravesarle y teñirse de su persona.

En el mes de abril de 1969 tiene lugar el IX Congreso del Partido Comunista Chino. El ricino de la revolución cultural ha sido eficaz e hizo el efecto esperado por el Presidente: han sido eliminados 112 de los 172 miembros del Comité Central, 17 de los 26 del Buró Político, 11 de los 16 del secretariado del Partido, 23 de los 28 secretarios provinciales y 54 de los 67 secretarios titulares y suplentes de las oficinas regionales del Partido. La proporción numérica de la purga no necesita comentarios. Los principales desaparecidos son Liu Shao-shi, vicepresidente, y Teng

Hsiao-ping, secretario general. En Liu se ha hecho encarnar el antimaoísmo más feroz, su nombre será en adelante inseparable de «el Krushev chino» (el mote mejor escogido para provocar reacciones iracundas en el nacionalismo chino, al que se hizo creer durante la revolución cultural la inminencia de una guerra necesaria contra la Unión Soviética). El mal se concentra en Liu, su imagen es agitada ante las masas como un catalizador de odios. La cantidad de adjetivos peyorativos («traidor», «renegado»), de cólera y saña con que se le nombra, es inversamente proporcional al número de pruebas objetivas de su «traición». Ni siquiera hay un escueto análisis de su historia y de su personalidad reales, el cual no hubiera hecho sino subrayar aun más, si cabe, la arbitrariedad autocrática de su desaparición. Liu Shao-shi había sido uno de los camaradas de juventud más íntimos de Mao Tse-tung y un comunista de primera época, desde 1921, extremadamente patriota y eficaz. Era originario de Hunán, la misma provincia que Mao. En Yenán, su gruta y la de Mao eran contiguas. En el año 1939 Liu publicó sus conferencias sobre el Partido, conocidas en Occidente con el título *Cómo ser un buen comunista*. La obra fue elogiada y difundida. En 1964-65 se reimprimieron quince millones de ejemplares. El libro cita abundantemente a Mao, Marx, Stalin, defiende a machamartillo la autoridad del Partido y la del presidente Mao, la educación ideológica, la autocrítica, la supeditación de todo interés personal a los del comunismo y del Partido. Dos años más tarde de esta reedición los dos grandes rotativos, *Renmin Ripao* y *Bandera Roja*, comienzan su editorial con las líneas siguientes:

«El libro sobre "el perfeccionamiento individual" de los comunistas es la obra representativa del más alto de los responsables que, aunque pertenecientes al Partido, han emprendido el camino capitalista. Este libro es una gran hierba venenosa que se opone al marxismo-leninismo y al pensamiento de Mao Tse-tung»¹⁰.

Lógicamente, Liu no era ni fue a lo largo de su historia

10. *Honqi* y *Renmin Ripao*, del 8 de mayo de 1967.

un calco de Mao Tse-tung, sino un militante experimentado, una personalidad bien marcada con sus puntos de vista peculiares, que no tuvieron por qué coincidir siempre con los de Mao, pero la imagen que de él se ofrece durante la revolución cultural es la de un «capitalista», un «traidor».

De 1936 a 1942 Liu será sucesivamente secretario del Buró del Norte, del Buró de las Llanuras Centrales y, finalmente, miembro del Comité Central del Partido Comunista chino.

La República Popular China se proclama el 1 de octubre de 1949, y Liu pasa a ser vicepresidente del Gobierno central, y luego, en 1958, es nombrado presidente de la República. Las faltas que durante la revolución cultural se atribuyen a Liu, las graves acusaciones que se le hacen remontándose a los años treinta y vistiéndole de traidor inveterado que ha ocupado con argucias el poder durante decenios para satisfacer turbias maquinaciones, esas acusaciones se derrumban por sí solas por el peso de su propio absurdo. ¿Qué decir de un sistema lo suficientemente sordomudo como para mantener en el puesto de presidente de la República a un renegado de tal calaña, sin hablar ya del inefable y repentino descubrimiento de la maldad de su libro tras tantos años de recomendar su lectura? A fin de cuentas, lo más significativo quizá sea la increíble pobreza del nivel de crítica, análisis y posibilidad de expresión de la gente que esto denota.

Dentro de la pobreza de espectáculos en la China de la revolución cultural, se anuncia, sin embargo, en el recinto de la Universidad de Tsinghua uno —el 10 de abril de 1967—, al que acuden doscientos mil espectadores. Se quiere denigrar hasta el último extremo a los dirigentes culpables. Liu no forma parte del reparto, pero sí su mujer, Wang Kuang-mei, la cual ha sido colocada sobre un tablado hecho con cuatro sillas, y ofrecida a las miradas con un atuendo destinado a ridiculizar sus «tendencias burguesas»: zapatos de tacón alto, vestido de estilo antiguo, collar de pelotas de ping-pong doradas y sombrero colonial de paja. La acompañan, a derecha e izquierda, otros «culpables», como Lu Ting-yi,

todos con carteles denunciando su pertenencia a la «banda negra».

(Inútil decir que en todas estas vejaciones no ha habido, no ha podido haber, ni sombra de defensa por parte de los acusados, o de gente que tomara su partido por parecerle sus crímenes poco probados, las acusaciones faltas de convicción; como tampoco hubo búsqueda de datos y pruebas, etcétera. Nadie podrá tachar a Mao de mentiroso cuando dice que «la revolución es un drama pasional», frase tan seductora como demagógica y manipulable.)

Llegamos a 1970, 1972 y 1973, con sus gimnásticos cambios en la política china, sobre todo en la interior. Lentamente los técnicos y directores de las fábricas expulsados han ido volviendo a sus puestos. Algunos visitantes se han sentido perplejos por la constatación de que del 60 al 90 por 100 de los cuadros medios depuestos se hallaban de nuevo en sus lugares, bajo la supervisión, cierto es, del comité revolucionario, pero de comités revolucionarios que, insensiblemente, perdían peso, sobre todo en lo que respecta al poder de sus componentes obreros.

La expresión que los obreros, sin primas y sin sindicatos, habrán puesto ante el regreso de los cuadros reeducados, se asemejará, sin duda, a la de los jóvenes que marcharon al campo a construir el socialismo en 1969 con todo su bagaje de entusiasmo, y que, algo menos jóvenes, de vuelta del campo y quizá de más cosas, han sido testigos del apretón de manos con Nixon, de las inevitables servidumbres y filigranas del ballet diplomático, de cómo Lin Piao, «el mejor alumno..., el más fiel..., etc.», se ha transformado en monstruo en una noche de luna llena. Si estos jóvenes se han salvado de la esquizofrenia será por la salvadora adquisición de una serie de reflejos defensivos cerebrales, por la secreción de una espesa membrana mental aislante, o porque en algunos —no todo van a ser fracasos— se ha logrado la tan suspirada castración del espíritu crítico.

UN TESTIMONIO SINGULAR

Carta del padre de un joven instruido al presidente Mao. Respuesta de éste. Documento núm. 30 del Comité Central del Partido Comunista chino sobre la estancia de jóvenes instruidos en el campo.)

Sian, 17 de octubre de 1973

Como continuación a la primera sesión política se nos leyó un documento de real interés y frescura. Se trataba de la carta escrita por Li Chin-lin, padre de un joven instruido que se encontraba trabajando en el campo, al presidente Mao; de la respuesta del Presidente y de las directivas sobre la estancia de los jóvenes instruidos en el campo dadas por Mao al Partido, tras este asunto. La respuesta de Mao a dicha carta había tenido lugar el 25 de abril de 1973. Se hizo posteriormente entrega del texto de ambas cartas a los comités del Partido en general ya los de contacto más directo con los jóvenes instruidos, se dio orden a los comités de las regiones autónomas y de las regiones militares de dedicar, durante la celebración de su reunión ampliada, un día entero al estudio de estos documentos.

Carta de Li Chin-lin, padre del joven instruido

«Presidente, le saludo. Soy maestro rural de Chen Lien-chen (Fukien), mi origen es pobre. He trabajado en este oficio desde hace más de veinte años. Tengo un hijo graduado en bachillerato en 1968. Respondiendo a sus enseñanzas, mi hijo se inscribió para ir al campo, fue y se estableció en la brigada Suibán (Ti-Lu), en las zonas montañosas de la provincia de Putien.

«Durante los primeros once meses de su estancia el Estado le suministraba 37 yins¹¹ de cereales y 8 yuanes al mes (una media muy baja, pero pasable en ese momento).

11. Un yin o catty equivale a 500 gramos.

No se tenían en cuenta los gastos de medicinas ni de verduras, que debían de ser pagados por sus padres. Después que el Estado cesó de suministrarle cereales y de pagarle, y que él empezó a recibir cereales según su trabajo, hubo necesidades, problemas. El primero era la insuficiencia de la ración que le correspondía, dada todos los años. Debía pasar seis meses en casa de su padre comiendo cereales (pues le faltaban) comprados en el mercado negro. Con buena cosecha podía obtener 100 kilogramos de arroz no limpio ni desecado, entre 100 y 150 de patatas y 5 de trigo. Los 100 kilogramos de arroz quedaban reducidos a 50 tras el secado. Un muchacho joven no puede comer sólo eso en trabajos manuales. Mi hijo trabaja todo el año en las zonas montañosas sin ración suficiente, no tiene ni un céntimo de ingresos ni para verduras ni para ropa, ni tiene asistencia médica. Hasta ahora se apoyó en sus padres. Trabaja y no gana ni para cortarse el pelo y jamás ha tenido vivienda, alojándose en casa de un campesino pobre, cuyo hijo va a casarse, por lo que insinúa a mi hijo que debe marcharse. Ni siquiera tiene, pues, un lugar donde vivir.

«Presidente Mao, los jóvenes instruidos deben ir al campo como usted dice; pero, para trabajar allí sin inquietud, deben tener tras de sí al Partido Comunista, tener alojamiento, aceite, comida, ropas, médico, estudios, etc. Ningún departamento se ocupa ahora de estos problemas. Si yo muero, ¿quién sostendrá a mi hijo? El invierno que viene se graduará otro hijo mío, que enviaré al campo si no puede continuar estudiando, pero, dado este ejemplo, temo que vaya.

»Entre los jóvenes instruidos de esta región hay algunos que no trabajan con afán ni se reeducan, pero por influencia política de sus familiares y amigos, por recomendación, fueron admitidos como obreros, cuadros, universitarios (se hicieron con un barniz revolucionario). Así, jóvenes originarios de familias burguesas fueron unos pocos días al campo y luego se les admitió «por necesidades de la construcción socialista» en varias entidades. Pero los hijos de

maestros, sin influencia política, no son admitidos para las «necesidades de la construcción socialista del país», su único derecho es forjarse toda la vida cubiertos de barro. En la sociedad de hoy crece el enchufe, el favoritismo. No me quejo ni de los dioses ni de otros, sino de mi debilidad. Mi hijo hizo lo que debía yendo al campo, pero él no puede resolver solo muchos problemas rurales; así, el Estado debe resolverlos adecuadamente.

«Presidente Mao, sé que usted está ocupado, pero le pido ayuda. Salud.

Li Chin-lin,
20 diciembre, 1972.»

Respuesta del presidente Mao

«Camarada:

Le mando 300 yuanes para socorrerle. Tales problemas son muy frecuentes. Los resolveré teniendo en cuenta todos los aspectos.

Mao Tse-tung, 25 abril,
1973.»

NOTAS:

Mercado negro: está prohibido, pero existe. También hay, permitido, un mercado libre en el que los campesinos venden o cambian sus sobras de cereales. Puede que mi intérprete tradujera «mercado negro» por lo que era en realidad «mercado libre».

Un *yuan*: en 1973 equivalía a unas 30 ptas.; el sueldo medio de un obrero es unos 50 yuanes mensuales.

*Documento número 30 del Comité Central
del Partido Comunista de China*

El Comité Central del Partido Comunista chino transmite el informe del Consejo de Estado sobre cómo enviar a los jóvenes instruidos al campo. El presidente Mao lo ha leído.

El Comité Central está de acuerdo con el informe del Consejo de Estado. Ahora éste es transmitido y puesto en práctica. Hay una crítica a Lin Piao y la rectificación del estilo de trabajo según las directrices del presidente Mao: hacer bien el trabajo político e ideológico y corregir el estilo de trabajo, prestar atención a la solución de los problemas, resumir experiencias. Este documento debe ser transmitido a todos los lugares.

4 agosto, 1973.

*Documento del Comité Central
del Partido Comunista de China*

La respuesta del presidente Mao a esta carta se ha difundido y hay que estudiar esto. Se han examinado en el Consejo de Estado la excelente situación y los defectos:

Primera parte. Más de ocho millones de jóvenes instruidos fueron al campo según la corriente revolucionaria, flagelando los prejuicios de la vieja sociedad sobre el desprecio a lo agrícola. Este es un fenómeno nuevo sin antecedentes. Gracias al Partido, los jóvenes instruidos han hecho contribuciones activas a la lucha de clases. Jóvenes instruidos ejemplares aumentaron la producción agrícola, mejoraron el terreno, contraatacaron en la isla Jen Pao; hay así muchos ejemplos. Gran número de estos jóvenes ingresaron en el Partido, en la Liga de la Juventud, y la mayoría ha logrado buena integración política y gran capacidad profesional.

Segunda parte. Los jóvenes instruidos van al campo. Es una gran revolución, en el curso de la cual se revelan las luchas entre las dos clases, para forjar millones de continuadores de la causa del proletariado y prevenir así el revisionismo. Los campesinos pobres son la parte más segura de la clase obrera. La agricultura y el campo son importantísimos para la economía y el poder proletario. Así, esto se ve aumentado con las fuerzas de los jóvenes para la construcción y poder socialistas, saliendo al paso de la restauración del capitalismo y construyendo el socialismo.

La camarilla de Liu Shao-shi y Lin Piao impedía frenéticamente la línea de Mao, divulgando absurdos como «estudiar para ser funcionarios», «ir al campo para hacerse con un barniz revolucionario», «ir es un trabajo forzado», «evitarlo por recomendaciones», etc. Deseaban así mantener a la juventud apartada del proletariado. En esta lucha, algunos sólo tomaron superficialmente la línea de Mao, fueron influidos por las ideas burguesas y cometieron errores en su trabajo, por lo que los jóvenes vivían difícilmente, nadie les hacía caso y no podían hacer progresos. Algunos dirigentes dejan a sus hijos en la ciudad o les hacen salir por vía ilegal; otros impiden que sus hijos sean mandados al campo y usurpan la dirección de entidades de forma fascista, atacando a los que se oponen.

Tomando la campaña de crítica a Lin Piao como clave y con la respuesta del presidente Mao a la carta de Li, hay que movilizar al pueblo para que critique y liquide la influencia de Lin Piao y corrija el mal estilo de trabajo en la forma de enviar al campo.

Tercera parte. Resoluciones:

a) Los comités del Partido deben aplicar y estudiar las instrucciones del presidente Mao y el Partido Comunista, examinar la situación de los jóvenes en el campo, organizarse.

b) Hay que resolver las dificultades de los jóvenes en alojamiento, cereales, asistencia médica, etc. Hay que aumentar los fondos de instalaciones en adelante.

c) Se debe prestar mayor atención a la educación de los jóvenes en el estudio del marxismo y del maoísmo, y a que reciban al tiempo educación de los campesinos. Los departamentos y entidades deben organizar la cultura, atreverse a pensar, decir, hacer, educar y asimilar. Cuando cometan errores, deben ser reeducados con paciencia y no con actitud simplista.

d) Hay que frenar la mala tendencia a lograr algo por la vía ilegal¹² y transmitir reglamentos a este fin. Es nece-

¹² En chino suele usarse en este caso la expresión «utilizar la puerta pequeña», es decir, la recomendación, el enchufe.

saría la autocrítica revolucionaria, corregir los casos en los que se haya logrado algo por vía ilegal, castigar las ilegalidades. Los padres tienen responsabilidades en esta mala tendencia. Deben estimular a sus hijos por el buen camino.

e) Es necesario movilizar a las amplias masas para luchar contra los que sabotean el movimiento de ir al campo. Hay que castigar a los que han tratado mal a los jóvenes y fusilar a los peores criminales detenidos para demostrar al pueblo que se hace justicia. Hay que tratar con indulgencia a los que reconocen sus crímenes. Es necesario proteger los noviazgos y casamientos legítimos. Se castigará a los que tomen venganza contra los jóvenes y se fusilará sin apelación a los que fuercen muchachas. Es necesario tratar correctamente las contradicciones.

f) En adelante, cada año muchos jóvenes instruidos irán al campo; así, departamentos y regiones deben hacer planes de largo alcance según las necesidades. Los jóvenes irán al campo para:

1. Establecerse en la brigada de producción, reunirse, establecer puntos de trabajo de jóvenes. Pueden volver adonde vivían o viven sus parientes (si éstos están en el campo).

2. Establecer la brigada de jóvenes según el principio «de cada uno según su trabajo», con una triple alianza de jóvenes, cuadros y campesinos.

3. Establecimiento de granjas colectivas de jóvenes, cuadros y campesinos.

4. Ir al cuerpo de construcción y producción en granjas estatales de piscicultura, silvicultura, ganadería y servicios auxiliares.

Los comités del Partido Comunista deben tomar un tercio de cuadros capacitados para ir a entidades y lugares donde están los jóvenes instruidos. Allí se estudiará agricultura, industria, cultura y arte militar.

Actualmente en algunos sitios hay dirigentes enviados al campo, y ello es fuente de ricas experiencias. Los próximos cincuenta y cien años serán una época que estremecerá la tierra. Esto debe estimular a los jóvenes a hacer suyas

las grandiosas aspiraciones, a aprender de Tatchai¹³ y llevar a cabo la modernización y el socialismo.»

NOTA:

La obligatoriedad para los jóvenes de ir al campo data de la directiva de Mao Tse-tung del 21 de julio de 1968, durante la revolución cultural. Anteriormente iban, pero sólo algunos y no era obligatorio. La directiva de Mao («Instrucción del 21 de julio») dice que los jóvenes deben ir al campo dos años; después pueden volver, prolongar su estancia o fijarse allá, esto depende del plan de trabajo del Gobierno, como depende del plan si los jóvenes van a fábricas o al campo. El Ejército también toma del campo sus soldados. Esto ha cambiado el sistema de enseñanza y tiene dos finalidades: 1) combinar la teoría con la práctica, y 2) conocimientos que los jóvenes aportan al campo, que favorecen la construcción del campo socialista, disminuyendo las diferencias con la ciudad.

La carta de este maestro produce el efecto de una hortaliza fresca entre filas de conservas en lata. La franqueza respetuosa, escueta, digna; la fina ironía, la ausencia de servilismo, la concisión, son el polo opuesto del estilo de los escritos del Partido, estilo ditirámico, elíptico, recalentado y con abundante guarnición de clisés y alabanzas a Mao. Los extranjeros que hayan conocido este documento no habrán podido menos de admirar el impulso de honradez que hizo de él una circular para todo el país a contracorriente del perfeccionismo, del triunfalismo mal encubierto "del Partido. Este tipo de cosas introducirá también seguramente la duda en los que polarizaron la vida política china y la persona del Presidente en un fenómeno religioso de masas. Li Chin-lin no se dirige a una divinidad. Parece hablar más bien al Mao de Yenán con un vocabulario del tipo «Yenán». En el memorial de este hombre de edad hallamos la libertad y claridad de expresión del individuo que no es miembro del Partido y está, por esa razón, mucho

13. *Tatchai*, brigada agrícola puesta como modelo para toda China.

menos sujeto, psicológica y formalmente, a las reglas y prejuicios, inhibiciones y reservas, que los que participan en la estructura oficial. Su expresión también es propia del adulto: un joven hubiera reflejado ciertamente los estereotipos adoptados en la escuela desde su niñez.

Hay que haber visto la terrible fuerza del perfeccionismo en China, de un pudor exacerbado por cualquier aspecto negativo frente a lo exterior, frente al extranjero, para sorprenderse profundamente ante un testimonio de real penuria, de escasez de alimentos, de abuso, de negligencia por parte del Estado. Tanto la carta como las directivas consecuentes publicadas por el Comité Central descubren que la China de los pequeños mandarines y señores de la guerra, de los atropellos (atropellos que no se paran en barras: «castigar a los que han tratado mal a los jóvenes y violado a las jóvenes», «que fusilen a los peores criminales»), del desprecio a la mujer, de los sobornos, esta China pervive todavía en fuerte proporción, en este país inmenso, tan grande como Europa y todavía deficientemente comunicado. La repetición de slogans político-morales es nociva, pero también refleja quizá insistencia frente a la falta de cumplimiento, a la persistencia de antiguos hábitos. El Gobierno machaca normas que puedan encontrar una oposición pasiva en los lugares bien controlados, activa según las zonas.

No es cuestión tampoco de caer en el polo opuesto y edificar sobre esta carta una democracia china de color de rosa. El sistema chino es totalitario, de partido único, fuertemente jerarquizado y centralizado, sobre eso no hay duda. Los memoriales nunca fueron signo de democracia, y este memorial no lo es. Indica más bien el tipo de relación paternalista y administrativa, pero las orgullosas democracias europeas no podrían preciarse de haber siempre sabido responder de forma tan cabal a la protesta de un ciudadano y de hacer de dominio público sus críticas; sin ir más lejos, en mi país, España, europeo quizá por geografía, no por su sistema dictatorial, es aún hoy perseguido como delito el presentar reivindicaciones de upo salarial, laboral y profesional, y las peticiones de aumentos de salario y

mejora de condiciones de trabajo se encuentran con la multa, el expediente y la cárcel como respuestas por parte del Estado a escritos de ciudadanos. Le queda mucho por aprender de naciones salidas, como China Popular, hace un puñado de años del feudalismo. La forma de llevar adelante el asunto del padre del joven instruido honra tanto al remitente como al destinatario.

IV LA REVOLUCIÓN EDUCATIVA

«LA REVOLUCIÓN CONTINÚA...»

Para el mundo occidental esa «explosión controlada» de la revolución cultural china entró en cuarto menguante y se extinguió finalmente hacia 1968-69. Para los dirigentes chinos, tal y como lo explican, no hay, ni debe haber, esa extinción, la revolución cultural se prolonga y se manifiesta en la campaña actual de la revolución educativa. Siguiendo directivas del Comité Central, las células del Partido y de la Liga de la Juventud incitaban en 1973 a alumnos y profesores a tomar parte activa en el movimiento. El instituto estaba tapizado de tadzupaos. A la entrada, en carteles alargados, se leía: «Profundizar la crítica a Lin Piao y a Confucio», «Abajo Confucio. Llevar hasta el fin la revolución educativa», «Echar la ideología reaccionaria de Confucio al basurero de la Historia. La corriente histórica es irresistible». También una frase de Mao: «Para derribar a un poder hay que hacer propaganda, trabajo ideológico. La clase revolucionaria obra de este modo y la clase contrarrevolucionaria también.»

Una semana, en lugar de clases, hubo tres días de reuniones continuas, y la anterior varias sesiones de información de documentos puestos en circulación por el Partido.

—¿Sabes? —me explican— Yang Kuo-yung, profesor de Historia en la Universidad de Nankín, escribió durante la revolución cultural un artículo titulado: «La ideología de

Confucio está al servicio de los reaccionarios.» Su opinión era contraria a la de Kuo Mo-yo, presidente de la Academia de Ciencias de China, intelectual muy conocido. Pero la opinión de Yang fue apoyada por el presidente Mao: Confucio representaba los intereses de los terratenientes. Así, el Presidente dijo al Comité Central que «era necesario llevar este movimiento de crítica a todos los comités provinciales. Pero la gente sencilla considera aún a Confucio como un sabio».

Los alumnos escriben tadzupaos y, faltos ya de espacio, los pegan en el suelo del sendero asfaltado que va a las cantinas. Hacérmelos traducir es siempre tarea penosa para mis intérpretes, y para mí es violento pedirlo; lo necesito, sin embargo. Afortunadamente facilita a mis traductores la labor el hecho de que todos los tadzupaos dicen casi lo mismo. Los hay rojos, blancos y amarillos, y decoran alegremente el instituto.

NOTAS DE MI DIARIO

Sian, 15 de octubre de 1973

Sesión oficial. El menudo y risueño subdirector ha venido esta vez al hotel con Tao para informar a los especialistas extranjeros. «... solicitamos también la ayuda de los cooperantes extranjeros con el fin de alcanzar un alto nivel en este movimiento (la revolución educativa)... Después de la revolución cultural, la línea educativa revisionista fue destruida..., pero el pensamiento feudal burgués todavía se mantiene... Hay que formar a los alumnos obreros, campesinos y soldados eliminando influencias perniciosas... hay que llevar adelante aún mejor el movimiento de crítica a Confucio... La revolución educativa tiene relación con Lin Piao, porque Lin Piao aplicó la línea revisionista en la educación; con Confucio, porque éste, aunque vivió hace dos mil años, tenía un pensamiento reaccionario. En la Unión Soviética y Taiwan¹ se practica el culto a Confucio...

1. *Taiwan*, nombre chino de Formosa.

Confucio era respetado en la sociedad esclavista y feudal porque defendía el sistema feudal y esclavista... (en su pensamiento) se estudia para ser dirigente. Liu Shao-shi también educaba a los alumnos para que ocuparan puestos importantes, y se oponía a que los estudiantes fueran al campo, lo mismo que Lin Piao... Confucio estaba completamente en contra de Mao. Confucio dijo que mujeres y pueblo eran fastidiosos... El movimiento que llevamos es para todo el país. Fue iniciado y dirigido por el presidente Mao hace tres o cuatro años. Durante una entrevista con Edgar Snow, el presidente Mao dijo que había que criticar a Confucio... él (Mao) siempre estuvo en contra... Es una revolución cultural en el pensamiento, una contradicción en el seno del pueblo; no hay enemigos, sino discusión y crítica.»

Se me ha permitido anotar durante la sesión. Digo que en mi opinión el movimiento es muy interesante y que desearía escribir un artículo sobre él para un diario europeo. ¿Puedo hacerlo?

¿Por qué no? —me responde Tao (¡bendito sea!)—. También Edgar Snow escribía artículos sobre China. Muchos extranjeros lo hacen. Nosotros no témenos a la verdad ni a las críticas de nuestros errores.

Escribo. Fotografío a los alumnos leyendo los carteles. Mis notas se enhebran día a día sobre los blocs de papel de cartas del hotel, hojas muy finas, rayadas en rojo. Mojo la plumilla de metal en el tintero y la hago rasguear, con un regusto de infancia. Son apuntes con la mayor exactitud que me es posible. Son recuerdos e impresiones. Son los grandes silencios de la noche. La pluma rasguea. El papel se entibia bajo la lámpara.

Dos días después Mei me comunicó, de parte de Tao, que no me era posible mandar artículos sobre la revolución educativa fuera de China, por considerarse este asunto interno en experimentación. Tampoco podía tomar fotos de tadzupaos.

-¿Por qué me habéis dicho antes que sí?

-Tao consultó después el reglamento. Como hay pocos extranjeros en Sian, no sabemos exactamente a veces lo que hay que decir.

El artículo quedó en mi mesa. El carrete de fotos salió de todas formas velado. La conferencia sobre la renovación de la enseñanza en Europa, que yo había propuesto dar en agradecimiento y contrapartida a las informaciones que se me ofrecieron, no tuvo nunca lugar porque en realidad los del instituto, los dirigentes, no parecían interesados por lo que ocurría allende fronteras, sino por cortesía.

Viendo mi interés por la revolución cultural, la revolución educativa y, en general, por todo documento o relato, y, como yo les había hecho notar mi impaciencia a causa de la forzada lentitud de las reuniones políticas, los responsables de mi sección acordaron explicarme cuanto les fuera posible. Sólo los dos miembros del Partido de la sección de español, Hao y Mei, podían permitirse tales iniciativas, y Mei no era nada amiga de excesos en el cumplimiento del deber. Pero aquel pozo de buena voluntad que se reveló Hao, me aseguró que vendría a explicarme documentos.

Hao acudía a mi departamento del hotel después de la cena, con los documentos, en chino, que extraía de su gastada cartera y me iba leyendo y traduciendo dificultosamente, mientras yo tomaba notas. Eran textos largos, y ocurría que nos daban las doce de la noche. Yo estaba tan feliz por la presencia humana como por la información, y casi más por lo primero. Hao había ido estableciendo hacia mí una corriente positiva, mutua por cierto. Durante aquellas largas veladas servía té, mirábamos fotos, charlábamos de todo, y más que nada de él y de su vida. Era algo increíble —y que nunca en Pekín fue creído más tarde—, pero Hao me dio, simple, sencilla, totalmente, su confianza. Por supuesto entre los extranjeros de Pekín aquello pertenecía al dominio de la fábula: «¡Vamos! ¡Serás ingenua...! En todo caso estaría disimulando a ver qué te sacaba y qué postura tenías, o convenciéndote para que te quedaras en Sian. Sabes perfectamente que ni en años de trato hay con los chinos semejante confianza.»

Yo en aquel momento no sabía nada. Generalmente buena detectora de hipocresías, en Hao no veía ninguna,

ni siquiera se empeñaba en llevar a cabo concienzudamente su papel. Le gustaba venir, le gustaba hablar conmigo, y lo hacía sin reserva, cada vez con más placer; y en verdad lo acogían toda mi sed de relación individual humana, todo mi agradecimiento y mi confianza, y, pronto, una sólida amistad.

—Hao, vamos a empezar con el documento, anda.

—Dentro de un rato, Rosúa; hay tiempo, sigamos hablando.

—Que no hay tiempo, hombre. Que después nos dan las tantas.

—Hablamos un poco más y empiezo a traducir luego.

Más tarde, al fin, suspirando, se ponía a traducir. Me gustaba su forma convencida de hacerlo y sus paréntesis autobiográficos; cuando llegamos en una ocasión a la que él llamaba campaña de los intelectuales contra el Partido Comunista en 1957, diciendo «Los profesores deben llevar las riendas. Los especialistas deben dirigir en todos los aspectos y el Partido Comunista debe retirarse de las universidades», Hao, cesando de traducir, exclamó indignado:

—¡La lucha era terrible, se lo aseguro, Rosúa! Alumnos, hijos de antiguos terratenientes, pegaron tadzupaos en mi casa del instituto, a espaldas de mi cama, pidiendo que yo me fuera de la escuela porque era miembro del Partido.

A aquellas veladas debo dos largas e interesantes relaciones sobre la revolución cultural y la revolución educativa, y también debo a ellas y a Hao el gozo y el calor de aquella amistad individual, aquella amistad que hoy me llena de esperanza en los seres humanos, sean cuales fueren, y de tristeza porque, ¿para qué engañarse?, jamás volveremos a conversar como entonces ni nos volveremos a ver jamás.

EXPLICACIONES DADAS POR LOS
RESPONSABLES DEL INSTITUTO SOBRE LA
REVOLUCIÓN EDUCATIVA

(Me las facilitaron el 7 de noviembre de 1973)

La revolución cultural abarca las siguientes etapas:

1. Establecer un órgano de poder de triple integración.
2. Crítica masiva.
3. Depuración de clases.
4. Simplificar los organismos administrativos.
5. Transformar los reglamentos irracionales.
6. Reducir el personal burocrático.

1. *Establecer un órgano de poder de triple integración.*

Esto se llevó a cabo en 1967-68, y cada comité revolucionario está integrado por tres partes: representantes de las masas, cuadros del Partido y soldados, sobre todo cuadros veteranos.

Cada comité revolucionario tiene autoridad para administrar entidades, fondos.

En el Instituto de Lenguas Extranjeras de Sian se estableció en 1967 un comité revolucionario de veinte miembros. El comité revolucionario provisional de la provincia de Chensí se fundó en 1968.

El comité revolucionario debe ser de triple integración porque durante la gran revolución cultural proletaria las masas populares crearon este tipo de poder, que tiene capacidad para administrar todos los asuntos de una entidad.

Antes de la gran revolución cultural proletaria había en el instituto un comité administrativo compuesto por el secretario del comité del Partido del instituto, el vicesecretario, los decanos de cada facultad, en su mayoría pertenecientes al Partido, y algunos profesores, unos miembros del P.C. y otros no. No había en él ni alumnos ni empleados. Durante la gran revolución cultural proletaria nadie obe-

decía al comité administrativo ni al comité del Partido; ambos se hallaban paralizados. Entonces alumnos, profesores y empleados hacen su revolución, discuten, se administran, organizan brigadas, grupos, cada cual con sus puntos de vista, se combate. Nadie mandaba a nadie. Discutían según el criterio «¿cómo hacer bien la revolución, cultural?». El único objetivo era: «¡Abajo Liu Shao-shi! ¿Cómo defenderemos al presidente Mao y al Comité Central del Partido Comunista? ¿Cómo haremos para estudiar bien a Mao, Marx, Engels, Lenin, Stalin?»

Todo esto producía discordias. Había también elementos que luchaban contra el Comité Central del Partido; eran los contrarrevolucionarios, enemigos de clase. Las masas entonces escogieron nuevos representantes —la célula del Partido no desempeñaba en este momento papel alguno—, se eligió sin pensar si la gente era del Partido o no, con democracia.

2. Crítica masiva

El comité revolucionario animaba a la crítica masiva contra Liu Shao-shi y su línea, contra las autoridades reaccionarias, la línea revisionista en la educación y la ideología burguesas. Esta etapa desbrozaba el camino para poner en práctica las medidas de la revolución cultural. El período de crítica masiva atraviesa todo el proceso de la revolución.

3. Depuración de clases

Año 1969: depuración de clases o aplastamiento de contrarrevolucionarios. Se practicaba la revisión de los cuadros, de su historia, conducta, trabajo, origen de clase, ideología. Ello se llevaba a cabo bajo el control de las amplias masas -alumnos, profesores-. Se descubrieron y criticaron sobre todo a elementos con problemas en su pasado;

por ejemplo, un antiguo miembro raso del Kuomintang. Este período de crítica duró de 1969 a 1970.

4. *Simplificar los organismos administrativos*

Antes de la revolución cultural había instituciones o ramas sobrecargadas de personal. Con tres o cuatro meses de trabajo, en 1970, a principios de año, se modificaron los reglamentos inadecuados. En el instituto se trataba de modificar la educación. Los tadzupaos versaban sobre cuatro problemas:

- 1) Métodos de enseñanza.
- 2) Materiales de enseñanza.
- 3) Sistema de exámenes.
- 4) Orientación de la administración de escuelas e institutos. ¿Cómo formar un alumno de origen burgués, campesino, obrero? ¿Cómo hacerlo, siguiendo las instrucciones del presidente Mao?

Los profesores fueron, pues, criticados (Hao, por ejemplo, lo fue por teoricismo). El principio y objetivo eran las directivas del presidente Mao «Sobre la educación», aparecidas durante la revolución cultural. Era necesario hacer pensar a los alumnos, discutir, hacer referencia a cosas concretas, ir de lo sencillo a lo profundo, de lo fácil a lo difícil, de la práctica a la teoría, utilizando en la enseñanza dibujos, gestos, expresiones.

El movimiento continúa, y los que primero tienen que cambiar son los profesores, como dice el presidente Mao.

5. *Transformar los reglamentos irracionales*

Se han modificado los reglamentos. El presidente Mao propugnaba acortar el tiempo de educación —antes de la revolución cultural los estudios en el instituto duraban cuatro años, ahora tres—. También ha disminuido el número de

asignaturas, por ejemplo: se han eliminado la literatura clásica, la gramática histórica.

6. *Reducir el personal burocrático*

De las fábricas salieron funcionarios para trabajar, pero no del instituto. Los administrativos no sabían idiomas extranjeros.

REVOLUCIÓN EDUCATIVA

Año 1970: en el instituto se admitieron ya alumnos de ruso, y luego, en 1971, de otras lenguas. La revolución educativa es la transformación de la educación comenzada en la revolución cultural y que continúa hasta ahora. Entre 1970-72 hubo problemas de métodos y de materiales de enseñanza.

*Documento del Comité Central
del Partido Comunista de China*

Continuando la primera reunión Hao vino, pues, a darme nuevas explicaciones sobre la revolución educativa, basadas en un documento del Comité Central del año 1967 que relata la lucha entre las dos líneas, desde 1949 hasta 1967: se trata de la línea de Mao Tse-tung, justa y revolucionaria, y la línea revisionista, reaccionaria, burguesa, de restauración capitalista, antimaoísta. Las fechas clave de la lucha entre las dos líneas son las siguientes:

- 1.^a 1949-52.
- 2.^a 1953-57.
- 3.^a 1958-60.
- 4.^a 1961-63.
- 5.^a 1964-65.
- 6.^a 1966-67.

1.^a 1949-52: *Restauración y desarrollo
de la educación*

Mao, en septiembre de 1949, marca su orientación: «El gobierno popular debe transformar el sistema educativo, su contenido y sus métodos. La transformación de la educación debe basarse en la experiencia de las zonas liberadas, asimilando lo útil de la vieja sociedad y de su educación, así como del sistema pedagógico de la Unión Soviética.

En 1950 Mao llama la atención de nuevo sobre la importancia de la enseñanza popular. El 6 de julio señaló otra vez que los centros de educación y de cultura deben transformarse poco a poco, que había que ganar a los intelectuales patriotas para su servicio al pueblo, transformándoles y no rechazándoles ni obligándoles por la fuerza. Estos fueron los primeros ataques contra el antiguo sistema de educación y las primeras directrices para su transformación. Tras la liberación, en 1949, el Partido ocupa al año siguiente 300.000 centros de educación y liquida el sistema existente. Ciertas asignaturas son eliminadas o reducidas (ejemplo: Historia del Kuomintang) y se establece la de marxismo-leninismo, realizándose trabajo político e ideológico entre profesores y alumnos. Se completaron ramas y especialidades. Se estableció gran número de escuelas secundarias para cuadros obreros, campesinos y soldados a fin de que pudieran luego ingresar así en universidades e institutos. Por todo ello este año 1950 experimentó un rápido crecimiento del número de estudiantes.

El 15 de enero de 1951 Mao escribió al Ministerio de Educación señalando de nuevo la importancia del problema educativo: lo primero es la salud, lo segundo el estudio (salud física porque los estudiantes están en edad de crecimiento y no debe abrumárseles demasiado de tareas), pero el ministro Ma no prestó atención a la buena salud de los alumnos. El 3 de febrero de 1951, durante una reunión sobre asuntos de escuela secundaria, el ministro de Educación, Ma, dijo solamente que «la salud física de los alumnos era lo primero, pero no que lo segundo era el estudio, y

añadió que todo debería girar en torno al estudio, colocar la enseñanza en primer lugar y no prestar atención a la salud de los alumnos» [«relátum refero»; sin comprender por ello el hilo de la argumentación; puede que mi intérprete no supiera traducirlo, quizá tampoco lo comprendía, o bien no había en realidad lógica en el discurso].

Liu Shao-shi impidió el cambio de la educación, pues afirmaba que había que seguir el modelo soviético, implantándolo en China y divulgarlo por todo el país. El 3 de octubre de 1950, Liu dijo en un discurso: «Estudiar el ruso tiene una importancia decisiva.» Subrayando la ayuda de los especialistas soviéticos, dijo: «Sin su ayuda los asuntos de nuestras universidades e institutos no marcharían; sin maestros soviéticos no conquistaremos nuevos conocimientos.»

Liu Shao-shi y otros impidieron, pues, la transformación del sistema educativo.

El 1 de agosto de 1950 se publicó el plan de enseñanza de escuelas secundarias subrayando la responsabilidad del director de cada escuela (en la Unión Soviética el director debe controlar todo lo que ocurre en la escuela; en China es responsabilidad del comité del Partido). El contenido de la asignatura de política debe de ser completo y sistemático, teniendo como objetivo ofrecer conocimientos políticos a los alumnos (ahora el fin de esta asignatura es *educar* políticamente a los alumnos). El 18 de febrero de 1952 el Ministerio de Educación publicó —siguiendo el punto de vista de Liu Shao-shi— reglas de administración de escuelas primarias y secundarias, señalando que hay que practicar una política de desarrollo completo de conocimientos: cultura física, estética, comportamiento. De este modo se establecía el sistema educativo de la burguesía. Este plan tenía el sello revisionista. Por ejemplo: ¿a quién servir con la cultura física? Otro punto de vista de Liu Shao-shi era oponerse a que la educación sirviera a la política del proletariado. En 1939 ya Mao señaló que la educación política era un eslabón clave, centro de gravedad, que no se necesitan numerosas asignaturas, y se debía de hacer una educación

de clase, de Partido y de trabajo. Pero Liu Shao-shi se opuso a la política de Mao y dijo: «Por ahora en las escuelas lo más importante es estudiar cultura y técnica. En el futuro se estudiará la política, ahora no hay tiempo.» En 1951 Liu dio instrucciones al Ministerio de Educación para dedicarse, sobre todo, a la enseñanza y sólo después a la política. En febrero de 1951 el ministro de Educación, Ma, criticó públicamente la participación de los alumnos en las actividades políticas diciendo: «Actualmente existe una tendencia que impide la enseñanza o la destruye. Debemos luchar contra esto resueltamente (tendencia a participar en la política). El 1 de agosto de 1951 la revista *Educación Popular* publicó un editorial diciendo que la participación en los movimientos políticos era una actividad que origina confusionismo. Ocurría que, a partir del mes de septiembre de 1950 y hasta 1952, en todas las escuelas e institutos tuvo lugar el llamado movimiento de reeducación de los intelectuales, criticándose el individualismo burgués según la máxima del Presidente «Hay que servir al pueblo». Al mismo tiempo, la mayoría de los profesores y estudiantes quisieron participar en la reforma agraria y en movimientos políticos, como el de aplastar a los contrarrevolucionarios.

2.^a 1953-57: *Fijación de la política de educación*

En 1952 el presidente Mao planteó la línea general de transición. En 1957 se desplegó un movimiento de lucha contra los elementos derechistas y de rectificación del estilo de trabajo. Se quería llevar a cabo la revolución socialista en los frentes político e ideológico. En el frente educativo, un grupo encabezado por Liu Shao-shi propugnaba el régimen de «nueva democracia», destinado en realidad a restaurar el capitalismo, diciendo: «Hay que aprender de la Unión Soviética completa y sistemáticamente», siguiendo, pues, una línea revisionista a escala nacional para impedir la transformación radical de la enseñanza. Para luchar contra esta línea, en 1957, el presidente Mao formuló la

política educativa del proletariado, indicando la orientación de la educación en China. En 1957, el 17 de mayo, el presidente Mao dijo: «Para administrar una escuela o una universidad primero es necesario resolver el problema de los dirigentes. Si hay dirigentes fuertes, habrá buenos profesores.» Llamamos, pues, transformación educativa a la transformación de los métodos y del contenido de la enseñanza. Por consiguiente es indispensable componer o corregir materiales, crear nuevos métodos. Hay que hacer hincapié en la educación por medio del trabajo manual.

En julio de 1953 tuvo lugar la I Conferencia Nacional de la Liga de la Juventud, en la que el presidente Mao lanzó un llamamiento: deseaba a los jóvenes buena salud, que estudiaran y trabajaran bien. La nueva China debía preocuparse de la joven generación, de su desarrollo. Bien estaba que estudiaran y trabajaran, pero, en esa edad de crecimiento físico, era necesario considerar, junto con el trabajo y el estudio, el descanso, el deporte y el recreo. Liu Shao-shi se oponía a la línea del presidente Mao. En febrero de 1954 el ministro de Educación Superior, Yang, dijo: «Hemos conseguido éxitos en el frente de la educación porque estudiamos y aprendemos de la Unión Soviética.» Programas, planes y materiales de enseñanza rusos llegaron a los institutos de toda China.

A partir de 1954 todos los estudiantes debieron aprender únicamente ruso; se abandonó el inglés. En 1955 la mayoría de las universidades e institutos del país alargaron sus planes de estudios de cuatro a cinco años, y ciertas universidades hasta seis años (medicina, ocho años).

Entre 1954 y 1956 el Ministerio de Educación Superior elaboró tres documentos: 1) sobre la jornada laboral y el trabajo de los profesores de universidad; 2) sobre el título académico y el título honorífico, y 3) sobre la preparación de académicos asistentes. Esto era abogar por el estímulo material y ampliar las tres grandes diferencias: campo-ciudad, trabajo físico-intelectual, campesinos-obreros y practicar una línea prosoviética.

En julio de 1956 Liu Shao-shi dijo: «Hay que aprender

de las experiencias de la Unión Soviética, único país socialista», y permitió a los intelectuales burgueses dominar en las universidades y escuelas. En febrero de 1956, al escuchar las informaciones del Ministerio de Educación Superior, dijo: «Los profesores también pueden ser directores. Hay que elevar cierto número de autoridades al puesto de director»; pero este cierto número de autoridades se convirtieron, en 1957, en elementos derechistas. Yang afirmó: «Debemos apoyar a los profesores viejos.»

El grupo encabezado por Liu Shao-shi propugnó que lo primero es lo intelectual, que la formación intelectual está por encima de todo. En la revista *Educación Popular* se publicó un artículo cuyo tema era «El trabajo pedagógico por encima de todo y es el único centro de actividad», condenando la participación de los alumnos en las actividades sociales como fenómenos de desorden.

En julio de 1956 Liu Shao-shi señaló personalmente que, para las universidades e institutos, los expertos (chinos) son una cosa muy necesaria; también dijo que había que leer libros, incluso los libros religiosos, y también *Los métodos de dominio del mundo* (obra de antes de nuestra era, que fue uno de los clásicos chinos), libro reaccionario. Bajo esta influencia, algunas universidades y escuelas suprimieron las clases de política. En 1956 Lu Ting-yi, ministro de Propaganda del Comité Central del Partido Comunista, formuló personalmente una política de educación como forma de desarrollarse en todos los aspectos y educarse según la capacidad de cada uno.

El 27 de febrero de 1957 tuvo lugar una conferencia del Partido, en el curso de la cual el presidente Mao planteó la política educativa partiendo de la lucha de clases. Dijo: «La política educativa debe permitir a todos los que estudian educación desarrollarse moral, intelectual y físicamente, y convertirse en trabajadores cultos con conciencia socialista.» Esto marca definitivamente la orientación de la enseñanza, y puso fin a las disputas sobre esta cuestión. Además, el presidente Mao criticó a Liu Shao-shi diciendo: «No tener una justa concepción política equivale a no tener alma...»

«Todos los departamentos y organizaciones deben responsabilizarse de la labor ideológica y política. Esto es aplicable al Partido Comunista, a la Liga de la Juventud, a los departamentos gubernamentales encargados de esta labor, y, con mayor motivo, a los directores y profesores de los centros docentes.»

El 6 de mayo de 1957 el presidente Mao conversó con los jefes provinciales de departamentos de educación e indicó: «Las asignaturas son muchas y los conocimientos profundos. Hay que eliminar la mitad. Necesitamos sólo ocho asignaturas y basta. Debemos fortalecer la educación ideológica y política. Hay en cada provincia un Departamento de Propaganda o un jefe del Departamento de Educación. Ellos deben responsabilizarse de la labor ideológica y política, pero, sobre todo, deben tomar en sus manos la dirección ideológica. En las escuelas hay que fortalecer el estudio de la política, escribir libros de política, reducir las asignaturas y materiales de enseñanza y la literatura clásica. Los materiales de enseñanza deben tener carácter local; un libro de agricultura debe tener este carácter. Hay, pues, que seleccionar.»

En otra ocasión el presidente Mao criticó a Liu Shiao-shi, preguntando: «El ministro de Educación —que estaba bajo su control-, ¿pertenece a la Unión Soviética o a China?»

El 7 de febrero el presidente Mao escribió a Chou En-lai para implantar en los centros de enseñanza la educación política, ideológica, reducir el número de asignaturas, volver a las clases de política.

El 12 de febrero el presidente Mao dijo: «Los profesores están educando al pueblo, a los alumnos; ellos deben, pues, formarse previamente. Para ser buen maestro hay que ser primero buen alumno. Esto no se aprende sólo a través de los libros, sino de los trabajadores, de los alumnos mismos.»

Liu Shao-shi se oponía sobre todo a la política educativa. Dijo en cierta ocasión que los estudiantes, siendo trabajadores cultos, podían llegar a ser cuadros de provincias porque tenían cultura y los campesinos no.

El 22 de febrero de 1957 Liu Shao-shi dijo: «Intensificad

los estudios y preparaos para ingresar en universidades. Felicito a los que ingresen. Es algo muy bueno ingresar en la universidad.»

En 1957 se desplegó por todo el país un movimiento de rectificación del estilo de trabajo. Aprovechándolo, los derechistas lanzaron un ataque frenético contra el Partido Comunista, sobre todo los intelectuales, diciendo: «Los profesores deben mandar. Los especialistas deben dirigir en todos los aspectos, y el Partido Comunista debe retirarse de las universidades.»

El 8 de julio de 1957 el *Renmin Ripao* (*Diario del Pueblo*) publicó un artículo que llamaba a luchar contra los derechistas. Así se llevó a cabo la revolución socialista en el frente ideológico y político, elevando la conciencia socialista y fortaleciendo la hegemonía del Partido en universidades e instituciones. A ello siguieron los preparativos para hacer la revolución educativa.

El 17 de septiembre de 1957 Mao Tse-tung se entrevistó con unos alumnos chinos en Moscú y les dijo: «El mundo pertenece a los jóvenes y a los viejos, pero sobre todo a vosotros.»

3.^a 1958-60: *Etapa de la revolución educativa*

El presidente Mao propugna la línea de construir el socialismo con «cantidad, calidad, rapidez y economía». Primer Gran Salto Adelante. Comunas populares.

En 1959 hay en el Partido un movimiento de lucha contra el derechismo y es aplastado el ataque frenético de Peng Teng-juai (predecesor de Lin Piao en el Ministerio de la Defensa). El movimiento pasa a las masas. Las principales características son que todos los centros de enseñanza deben combinar estudio y trabajo manual, habrá fábricas y comunas rurales incorporadas a los centros, éstos estarán en relación con cooperativas, de forma que los alumnos participen en la producción y la evolución colectiva. Se montan talleres anexos a universidades y escuelas. En mayo

de ese mismo año el presidente Mao criticó a Liu Shao-shi respecto al sistema de responsabilidad absoluta del director, al de las cinco notas en los exámenes (muy mal, mal, regular, bien y muy bien), al de dirigir o publicar periódicos a semejanza de los diarios soviéticos, y renunciar a la Historia. Dijo que había, en efecto, que estudiar cosas de la Unión Soviética, pero cogiendo lo bueno de ella y abandonando lo malo; criticó la adopción a ultranza de lo ruso sin análisis previo, porque los cantaradas pierden su capacidad de pensar independientemente; criticó, asimismo, la importación en gran escala de la estructura superior de la Unión Soviética y propugnó un socialismo educativo propio de China.

En consecuencia, se imponía un estilo de trabajo y estudios por partes iguales. En agosto de 1958 Mao dijo: «Cada universidad debe tener sus propias fábricas, y cada fábrica sus propias escuelas. Los profesores deben participar en el trabajo productivo y no limitarse a hablar.» Las directrices eran:

- 1) El Partido Comunista debe dirigir la escuela.
- 2) Hay que seguir la línea de masas.
- 3) Combinar la educación con la producción.

El 15 de mayo Liu Shao-shi, en el curso de una reunión del Buró Político del Comité Central, planteó su política educativa, según la cual habría dos tipos de sistemas educativos y dos tipos de trabajo manual. Por ejemplo, terminada la escuela, se va a la universidad o se trabaja. Esto se opone a la política de Mao.

El 21 de mayo de 1958 el Ministerio de Educación Nacional dijo que el tipo de educación soviética de Kerof era socialista; que si el nivel no se elevaba, en el futuro no habría en China científicos; por ello había que elevar de nivel la calidad de la enseñanza en las escuelas y universidades, y no se debía aplicar el sistema de trabajo físico e intelectual al mismo tiempo.

El 8 de junio del mismo año Liu Shao-shi dijo que «No hay en educación política educativa. No se ha formulado una línea educativa marxista».

[Liu, se me señala que era orgulloso y despreciaba mucho a Mao.]

En agosto el Ministerio de Educación patrocinó aún la transmisión de conocimientos teniendo como finalidad la polivalencia. En septiembre se establece que todas las escuelas deben ser sólo de estudio y no de trabajo. Se observa una corriente de elementos oportunistas.

En 1959 los derechistas aprovecharon ciertos defectos del Gran Salto Adelante para atacar su línea general: las comunas y la construcción socialista. También se atacó a la revolución educativa. Se decía: «La Unión Soviética pone en primer lugar la técnica y la especialización-, es justo.» «La educación no necesita transformación alguna, sino reforma, mejora de la enseñanza.» Así pasó 1960.

4.^a 1961-63: *Restauración de la educación burguesa*

Calamidades naturales (inundaciones, sequías), dificultades con la Unión Soviética. Aprovechándose de la difícil situación, un puñado de revisionistas atacaron la revolución educativa. El presidente Mao lanzó un llamamiento: «No olvidar nunca la lucha de clases.» Liu había ya atacado la revolución educativa en 1958 calificándola de desorden, perjudicial y desviacionista, y el 25 de mayo se había opuesto a la política educativa de Mao, criticando, sobre todo, las frases: «Educarse para ser trabajadores cultos.» Decía que en todas las universidades y centros había demasiadas actividades políticas que frenaban la elevación del nivel de la enseñanza y que era necesario controlarlas para que los alumnos estudiaran bien y sacaran buenas notas. Insistía en que los comités que dirigían los centros debían estar compuestos por el Comité del Partido, los profesores numerarios y los profesores auxiliares. Este comité dirigiría la escuela.

Su pretensión, en realidad, era liquidar la hegemonía del Partido. El presidente Mao había señalado con frecuencia que en todos los centros docentes dominaban los intelec-

tuales burgueses; de ahí la necesidad de la dirección del Partido.

Los revisionistas negaron los éxitos de la revolución educativa de 1958, la hegemonía del Partido Comunista; quisieron abolir la lucha de clases; propagaron desviaciones revisionistas, tales como la de colocar lo intelectual en primer lugar, de forma que se estudiara todo el tiempo, quedando al margen del trabajo manual. Liu quería que se suprimiera ese trabajo porque reducía el nivel de la enseñanza. Facilitaba así el predominio de los intelectuales burgueses en las escuelas. Practicaban, además, el sistema de estímulos pecuniarios con los profesores, elevando sus sueldos hasta 177 y 261 yuanes. Esta restauración se manifestó en la forma de admitir alumnos, según sus calificaciones altas o bajas, sin prestar atención a la línea de clase del Partido.

En 1962 se desplegó, sobre todo en el campo, un movimiento de educación socialista para aplastar el ataque frenético de la burguesía, consolidar la base económica socialista y la dictadura del proletariado en el campo. El presidente Mao dijo: «En muchas instituciones de enseñanza hay pocos éxitos en la transformación socialista. Los muertos están dominando en muchos centros docentes. Las bases económicas socialistas ya han cambiado, pero las instituciones culturales y educativas no han cambiado hasta hoy. Este problema es grande» (los «muertos» son la vieja China, las óperas históricas y los libros antiguos).

5.^a 1964-1965: *Lucha entre dos líneas y dos cuarteles en el frente educativo*

El 13 de febrero de 1964 Mao dijo: «Hay que corregir el sistema de educación, las asignaturas, los métodos de enseñanza y los exámenes; todo esto perjudica a los alumnos. Los métodos de hoy perjudican. Estoy en contra, ¿para qué leer tantos libros? Los métodos de examen son incorrectos, hay que cambiarlos.»

El 10 de mayo dijo: «Hay demasiadas asignaturas y los métodos no son convenientes. Los profesores tratan a los alumnos como a enemigos, atacándolos por sorpresa. Todo esto impide el desarrollo completo de los alumnos.»

Liu Shao-shi se oponía. El 14 de marzo de 1964 dijo: «Quitando asignaturas no podemos administrar universidades.»

En 1965, para llevar a cabo su política de educación, Liu mandó que se organizaran en el Ministerio de Educación Nacional varios departamentos para poner en práctica su línea en materia de enseñanza, pero esto no se realizó.

El día 3 de junio de 1965 Mao dio otra instrucción: «La carga para los alumnos es muy pesada, perjudica a la salud, es inútil aprender si uno no tiene buena salud. Hay que quitar un tercio de las asignaturas. Hay que permitir a los alumnos rebelarse contra los directores.» A esto se oponían Liu Shao-shi y su camarilla.

6.^a 1966-19.. hasta hoy

En 1965 el presidente Mao afirmó que en el mes de mayo se puso en evidencia el bloque contrarrevolucionario. Mao hizo estas afirmaciones durante su crítica a la obra *La destitución de Jai Rui*, ministro de la Guerra durante la dinastía Ching (s. : el emperador Chin Shih-huang, al que Mao admiró perdidamente en su juventud, soñó con imitar, y presentó a la devoción popular como su lejano alter ego. Shih-huang, duque de Tsin en la provincia de Chensí antes de fundar la dinastía Chin, reinó al parecer del 221 al 210 antes de Cristo. Hizo edificar la Gran Muralla, alzó un palacio cerca de Sian. Gran gobernante, férreo dictador, eficaz, imperialista, aglutinó en un reino gigantesco los principados, ordenó unificar los sistemas de monedas, pesas y medidas; hizo quemar libros y enterrar vivos, habiéndoles amputado los pies y las manos, a los letrados, eliminando así toda influencia que no fuera la suya propia. La palabra «China» viene de Chin (de la dinastía Chin) y del sufijo -a, en sánscrito «tierra»). Por su actitud —osó reprender al emperador Chia Ching— fue perseguido y condenado, pero el nuevo Emperador le rehabilitó.

[En mis notas originales figura: «Jai Yuei, ministro de la Guerra durante la dinastía Ching», según me fue traducido. Después he visto que se trata de «La reprimenda de Jai Rui al Emperador», estadista y director del Departamento del censo durante la dinastía Ming, en el siglo XVI. El artículo de este nombre apareció en el *Diario del Pueblo* el 19 de junio de 1959, y su autor, Wu Jan, utilizó el seudónimo de Liu Mien-chin. Wu Jan había publicado, tras la destitución del mariscal Peng Te-Juai, varias obras sobre Jai Rui, entre ellas el drama histórico *La destitución de Jai Rui*. Se vio un paralelismo entre Jai-Rui y Peng Te-Juai.]

El 1 de junio Mao apoyó un tadzupao escrito por los estudiantes de Pei-ta, Universidad de Pekín. El 7 de mayo de 1966 Mao dio otras instrucciones sobre la educación: «Para los alumnos lo principal es estudiar cultura, técnica, agricultura, asuntos militares y criticar a la burguesía. El sistema de enseñanza debe ser reducido. La educación precisa una revolución. La dominación de intelectuales burgueses sobre nuestras escuelas no debe ni puede continuar».

El 8 de agosto de 1966 comienza la gran revolución cultural proletaria, pues así se formula en un documento del Comité Central del Partido, explicando la gran revolución cultural.

El 12 de agosto de 1966 el presidente Mao hizo un llamamiento a las masas diciendo que «deben preocuparse de los asuntos de Estado y llevar hasta el fin la gran revolución cultural proletaria».

[Se pasa a explicarme la revolución cultural en el instituto, y es Hao, como miembro del Partido en mi sección de español —el otro miembro del Partido es Mei—, quien se encarga de ello. Hao ataca el tema con su español pintoresco, cortés y lento, y con ese aspecto de veracidad que le distingue de todos los demás cuando, sin complejos ni reservas, expresa algo.]

Antes ya, en junio, se había criticado a autoridades como Wu Jan (profesor de Pei-ta) y al jefe de Propaganda del Comité Municipal de Pekín. Habían escrito erróneamente artículos ensalzando la ópera *La destitución del ministro de la Guerra Jai-Rui* (durante la dinastía Chin). En ella, Jai-Rui propone al Emperador transformar el régimen del país (reforma agrícola, mejorar la vida de los campesinos), pero el Emperador se negó y le destituyó. Se escribió una ópera sobre esto, y esa camarilla publicó artículos apoyando esta ópera que refleja un hecho histórico, que tiene, en realidad, por objeto atacar la decisión del Comité Central del Partido Comunista sobre la destitución de Peng Te-Juai.

[Indudablemente, en estos datos algo ensamblaba mal: o había problemas de traducción o mis interlocutores jamás habían leído directamente las obras de Wu Jan.]

En el Instituto se colocaron tadzupaos, y los alumnos atacaron al Comité del Partido del instituto, diciendo que seguía la línea revisionista y que yo mismo (Hao), que defendía al Comité del Partido del instituto, era por lo tanto un reaccionario. Hubo discusiones, pero no violencias. Las clases se interrumpen en agosto de 1966. Se discute el significado de la línea revisionista y por qué la aplicaba el Comité del Partido del instituto. Desde octubre de 1966 ya algunos alumnos atacaron a dirigentes del instituto como revisionistas; así pasó con el director —hoy subdirector—, Phi, y se hicieron múltiples reuniones para criticar a dirigentes.

En cuanto a los profesores extranjeros del instituto, en los meses de junio y julio de 1966 se fueron nueve, quedando sólo un australiano, que escribía tadzupaos y que se marchó en octubre de 1967.

A fines de 1966 profesores y alumnos salieron para atacar al Comité Provisional de Chensí. Entonces Liu Shao-shi continuaba manteniendo un puesto dirigente en el Comité del Partido.

Había gran desorden. Cada cual exhibía sus propios puntos de vista, incluso dentro de las familias, de acuerdo con el principio de que el proletariado debe elevarse a sí mismo, elevar su conciencia con la discusión.

Al mismo tiempo, algunos profesores y alumnos marcharon a recorrer el país para divulgar y propagar la decisión acerca de la revolución cultural, y volvieron a mediados del verano de 1967 al instituto. Entonces empezó la etapa de la lucha —crítica-transformación— y continuaron expresándose con tadzupaos.

En la ciudad y en la provincia había violencia, incluso muertos, pero no en el instituto, donde se organizaron muchos grupos o brigadas con similares puntos de vista.

A fines de 1967 en la mayoría de los centros se establecieron comités revolucionarios, supliendo a los comités del Partido. Estos comités revolucionarios estaban integrados por 20 miembros, de ellos 15 alumnos, dos profesores y dos obreros administrativos. El presidente del comité era

un alumno de ruso. Ya no funcionaba el comité del Partido de la provincia. Seguía, sin embargo, habiendo desorden porque cierto número de profesores y alumnos insistían en sus puntos de vista en desacuerdo con el comité revolucionario, que, a su juicio, no los representaba.

El grupo de Pekín del Comité Central del Partido, que dirigía la revolución cultural, lanzó un llamamiento: «Hay que reforzar la unidad.» El Ejército Popular de Liberación llegó al Instituto en enero de 1968. De un destacamento llegaron 20 ó 30 soldados (no alumnos como ahora) para dirigir y unificar a los alumnos y los profesores. La unidad se realizó y se hizo el orden.

Desde enero de 1968 empezó la etapa de depuración de elementos contrarrevolucionarios. Había un profesor de alemán llamado Lo, que había sido delegado del Kuomintang y había asesinado a campesinos pobres. Fue expulsado. Esa depuración duró un año, se vigilaban unos a otros, se examinaba minuciosamente la vida y la actividad de cada jefe o responsable.

A partir de 1968 comenzó la transformación prolongada del sistema educativo y de los materiales de enseñanza. Profesores y alumnos redactaron materiales de enseñanza en español, pero, aunque el nivel revolucionario era alto, la calidad de la lengua era mala. Se realizaba un trabajo de reintegración de los que habían cometido errores. Así el director Shi volvió a ser director (bueno, subdirector bajo la dirección del comité revolucionario), el secretario, otra vez secretario, etc.

En 1969 se decidió que alumnos y profesores fueran a trabajar al campo y a la fábrica tres meses por año. Antes de la revolución cultural había trabajo físico obligatorio, pero sólo durante un corto período. Los estudiantes que terminaron sus carreras en los años 1969-1970 debían ir a granjas del Ejército Popular de Liberación. Algunos pasaron del campo a fábricas.

LA LUCHA DE LINEAS

A lo largo de la historia del Buró Político del P.C.C., prácticamente cada destitución y cada purga ha sido acompañada, tarde o temprano, de acusaciones de filosovietismo. Según la versión oficial publicada en Pekín, *las diez grandes luchas en el seno del P.C.C. son:*

1. 1927. Conferencia del Partido Comunista de China. El primer secretario general, Chen Tu-hsiu, intenta escindir el Partido y «no habiendo logrado su propósito no le queda sino la fuga, la reunión con los trotskistas» (sic).
2. Chiu Chiu-pai, sucesor de Chen Tu-hsiu, se opone a la formación del Ejército rojo y, habiendo sido capturado por las tropas de Chiang Kai-shek, «se pasa a este bando» (sic).

[Los cronistas oficiales del sistema chino, infatigables hacedores, deshacedores y rehacedores de la Historia, según los acordes de la última limpieza política gubernamental, han hecho un trabajo de alto nivel creativo basándose en el protagonismo de la «segunda gran lucha», porque Chiu Chiu-pai no se pasó a las tropas enemigas de Chiang Kai-shek, sino que fue fusilado por éstas en 1935, mientras cantaba la Internacional, en ruso, ante el pelotón de ejecución. Se le enterró en el cementerio de los mártires de la revolución, en Pekín, en 1955, en presencia de Mao Tse-tung. Muchos años después, en documentos difundidos por el Partido Comunista de China por todo el país en 1972 y 1973, con motivo del asunto Lin Piao, Chiu Chiu-pai apareció maquillado *post mortem* de traidor, como se ha venido haciendo asiduamente con cuantos, desde los tiempos más remotos del Partido Comunista de China, expresaron en alguna ocasión disconformidad u opiniones distintas a las de Mao.]

3. 1928. Contra la estrategia de Mao de tomar el campo

e ir rodeando después lentamente las ciudades, Li Li-san aboga por ataques directos a las grandes ciudades. En 1930, durante el II Pleno del VI Congreso del Partido Comunista de China, Li Li-san es derrotado.

4. 1930-31. Derrota de la «facción derechista» de Lo Chang-lung.
5. 1935. Conferencia de Tsunyi, que «corrige los errores» de Wang Ming y su camarilla, y provoca su caída. Wang y los suyos, apoyados por la III Internacional, habían «usurpado» durante cuatro años la dirección del Partido.
6. Chang Kuo-tao, durante la larga marcha, se opuso a reagrupar las fuerzas en el norte de la provincia de Shensi, y huyó una vez que el Ejército rojo llegó a su destino.
7. Tentativa escisionista de Kao Kang y Yao Shu-shin, tras la fundación de la República Popular.
8. 1959. Peng Te-huai se opone a la línea del Partido diciendo que «las comunas habían sido creadas demasiado pronto» y que «los logros no compensaban las pérdidas.»

[Esto corresponde a las voces que se levantaron en el Partido en oposición a las directivas de Mao durante el Gran Salto Adelante, en 1958, y que señalaron los reveses y desórdenes económicos y sociales ocasionados por el Gran Salto.]

9. Liu Shao-shi y los suyos atacan, sin éxito, al Partido.
10. 1970. Sesión del Comité Central en Lushan. Lin Piao y Chen Po-ta «lanzan taimadamente» sus ataques a la unidad del Partido.

[Liu Shao-shi, presidente de la República Popular China, fue el principal capote presentado a las iras de los guardias rojos durante la revolución cultural, en 1966. En él se personificaron los demonios del revisionismo, economicismo, etc.]

De la misma manera que Liu Shao-shi y un numeroso cuerpo de cuadros habían sido útiles e indispensables para

una política económica y pragmática al principio de los sesenta, para bruscamente convertirse en 1966 y 1967 en el blanco de todas las baterías y la personificación del mal de derechas, así también a continuación el péndulo de la política maoísta se pone en marcha en sentido contrario para hacer de Lin Piao —cuyo papel de arcángel militar había sido indispensable durante la revolución cultural— la personificación del mal de izquierdas, el chivo expiatorio de cuanto reprochable pudiera hallarse en la revolución cultural. Se logra así dejar siempre la figura del Presidente al margen de toda sombra de error o de exceso, envuelta en un carisma sin mácula, pleno y solo poseedor de la infalibilidad y de la pureza del dogma. Esto, claro está, en el plano de una psicología de masas muy elemental y perfectamente acrática. En el campo político, la trituradora presidencial ha culminado la tarea de allanar el terreno en torno a la cumbre solitaria y única de la grandeza de Mao, cuya figura siempre se halla en la iconografía oficial aparte y en un plano superior, con un halo genial. Si examinamos desde sus orígenes al equipo dirigente del Partido Comunista de China, de los militantes de Yenán, de los luchadores contra Chiang Kai-shek y los japoneses, observaremos al correr de los años algo curioso. Es como una foto de familia numerosa o de la clase de un colegio en la que una mano —en este caso la de Mao Tse-tung— hubiera ido borrando uno a uno a los miembros. Mao ha ido haciendo desaparecer no sólo el perfil físico, sino la personalidad, la historia, los hechos de sus antiguos compañeros, otorgándoles con carácter retroactivo nuevas identidades de malvados y traidores. La goma pasó en 1971 ¿obre Lin Piao, completando la divina soledad presidencial, a la que no estorbaba el Talleyrand de terciopelo metálico: Chou En-lai.

En 1969 el IX Congreso del Partido había elegido, tras la gran purga, a Lin Piao como único vicepresidente, a Chen Po-Ta miembro del Comité Permanente del P.C.C. junto con Chou En-lai y Kang Sheng. El X Congreso del P.C.C, en agosto de 1973, ratificará la desaparición de Lin, la de Chen Po-ta y la de cuatro miembros del Buró Político: Chiu Hui-tso,

Huang Yung-sheng, Li Tso-peng, Wu Fa-hsien, además de la de un miembro suplente: Li Hsueh-fen.

NUEVAS EXPLICACIONES

Continuando la primera reunión, Hao vino a darme nuevas explicaciones sobre la revolución educativa. Noche tras noche, hasta muy tarde, línea a línea y con la mayor paciencia, me tradujo el extenso documento del Comité Central del Partido, fechado en 1967, y que abarcaba a partir de 1949 «la lucha entre la línea de Mao Tse-tung, justa y revolucionaria, y la línea anti-maoísta, burguesa, de restauración del capitalismo».

El intérprete que se asigna a un extranjero en China no es fruto del azar, sino que los responsables lo adjudican y escogen según la categoría y el interés que se ha otorgado al consumidor. Una escritora europea en visita a China, pongamos como ejemplo, que tiene cierta influencia en los medios intelectuales, será acompañada asiduamente por una china culta, con perfecto dominio del idioma de su huésped, capaz de reflexiones que mostrarán su conocimiento de la cultura occidental y la falsedad del aislamiento chino, que sabrá mostrarse liberal y aguda.

En mi caso, como en el de otros cooperantes supongo, los papeles se invertían, y casi se trataba de que mis acompañantes hicieran prácticas de traducción e interpretación conmigo con vistas a futuras tareas con huéspedes de mayor importancia.

No lamento, sin embargo, la calidad lingüística, con frecuencia mediana, de mis intérpretes. Pienso que fue un factor positivo. Más valió habérmelas con personas de un castellano trabajoso, empujado por la buena voluntad y la cordialidad de unas relaciones personales no ensayadas, no programadas, que no con una intérprete de alto nivel, experta y perfectamente engrasada en su cometido tras la centésima representación. Sacrificio con gusto los errores e imprecisiones de detalle y de comprensión en los documentos que Hao me

traducía, al esfuerzo, la ingenuidad, la autenticidad de su manera de hacer. Su forma de servirme esta información, sin vajilla ni cubiertos especiales, me es mucho más útil que una elaborada disertación.

Hao no era un recepcionista profesional de extranjeros, pero me traducía con atención tozuda y sincera un texto, para él verdad clara e indiscutible; para mí, un rehecho sin mayores miramientos ni la menor pretensión de historicidad ni rigor probativo. Tanto o más que el documento, me interesaban los ojos con que él lo veía y lo explicaba. Para Hao no existían ni la falta de lógica ni la flagrante poscomponenda histórica ni las gruesas contradicciones que se daban de golpes de una a otra página. El no aproximaba el documento sino con ingenuidad, en un grado que sólo la fe hace explicable. Aquel panfleto del Comité Central publicado en plena revolución cultural, durante el proceso de desmigajamiento de Liu Shao-shi, había picado de aquí y allá y recosido después como Dios le dio a entender, nada menos que desde 1949, supuestas pruebas de la actitud revisionista y burguesa de Liu y otros. El tono del documento, el fervor de Hao, daban mucho que pensar sobre la eficacia del sistema maoísta en llevar hasta límites insospechados no sólo la ingenuidad de sus oyentes, sino también la amnesia. Porque, en los años cincuenta, Mao había abogado como el primero, y así lo exigían los tiempos y las circunstancias, por los beneficios y la necesidad de «aprender modestamente de la gran nación, hermana mayor en el socialismo», la U.R.S.S. En el conjunto de facetas inseparables, dialécticamente necesarias, de la realidad temporal, a través de los diecinueve años, de 1949 a 1967, de historia del régimen que comprendía el documento, Mao lleva a cabo un reparto de papeles: el Presidente se adjudica la defensa y teorización sobre la pureza revolucionaria, las grandes máximas irreprochables de alto contenido ideológico y emocional. Para los demás queda la tarea, ingrata y sobre todo vulnerable, de ir contemporizando con la realidad, la tarea de los compromisos, de las concesiones a las limitaciones materiales. Nada más fácil, pasado el tiempo y la situación que lo exigió, que hacer caer sobre los

responsables acusaciones venidas de la pureza ideológica oficial sobre las infracciones y desviaciones del dogma cometidas por estos responsables. Tanto en el caso de la cooperación con la U.R.S.S. como de la ayuda soviética, y otros que se han ido presentando en el camino material de la política china, un grupo de responsables pragmáticos han debido bregar hasta los codos en la problemática del momento, con la aquiescencia de un Mao ni polivalente ni ubicuo, interesado en quedar al margen para poder presentarse luego sin la menor mácula en el ropaje ideológico.

Que haya habido excepciones en la imitación del modelo ruso, sin duda es cierto e inevitable, sobre todo si, ya desde entonces, comenzaba a aplicarse la florida psicología de masas actualmente en vigor.

El documento reprochaba a Liu Shao-shi, a Lu Ting-yi —ministro de Propaganda del Comité Central del Partido hasta su caída en desgracia—, frases de alabanza a la ayuda de una nación que era la única socialista del momento y único apoyo de la recién nacida China Popular, frases pronunciadas en 1950, con las que comulgaba al unísono China entera. Al mismo tiempo se ponía en circulación, enhebrando tales elementos, un acta de acusación. Si no fuera dramático, podríamos calificar todo esto de pintoresco, y sólo se explica por la audiencia de un público excepcionalmente dócil y bien dispuesto, y por un sistema netamente dictatorial de control de opinión y ausencia de libertad de expresión y de derechos civiles. Los cargos de que se acusa a los «traidores» son de total vaguedad: reflexiones, palabras cogidas a lazo, supuestas oposiciones a la política del presidente Mao — que en esta cuestión es sumamente afortunado; cualquier Gobierno estaría encantado de contar con oposición tan respetuosa, tan discreta—. Son acusaciones de «crimmental» (crimen mental), que diría George Orwell.

Por todo ello el documento me hablaba con elocuencia, pero de otro tema en el que, sin duda, no pensaron sus autores del Comité Central: del nivel político auténtico del pueblo chino.

HOMBRES E IDEAS

En el caso de Liu Shao-shi, como en el de Lin, importaban en realidad poco sus personas físicas y su vida temporal. Aquella abstracción hecha con las personas las hacía aparecer como odres vacíos que podían venir a llenar los monstruos —siempre flotantes, ávidos— del Mal, de lo antipartido. Como tales, podían ser fácilmente engañados, pero también «desendemoniados» por una reeducación adecuada precedida de autocrítica profunda.

Esto resultaba clarísimo en la lucha entre las dos líneas, según el documento que me tradujo Hao. La argumentación era de una pobreza flagrante. Se acusaba severamente a Liu Shao-shi y a otros dirigentes de haber defendido la adopción de métodos pedagógicos rusos, cuando es bien sabido que —hasta la gran ruptura chino-soviética— todos los dirigentes chinos, Mao incluido, aceptaron y propagaron (si no con alegría, sí con convicción de su necesidad), y además como lema, «aprender de la U.R.S.S.», estrechar sus lazos con ella, el prestigioso y primer país socialista. En largos párrafos de la época, Mao Tse-tung incita a los chinos a «aprender de la U.R.S.S.». Me pareció extremadamente mezquino entresacar frases de Liu y otros de los años 50 para formarles un expediente de «revisionistas y prosoviéticos».

Era también ilógico el encono en presentar siempre como «un puñado» a los supuestos oponentes a la política del Partido, de Mao, en lugar de ofrecer una explicación racional de las diversas orientaciones surgidas, de sus causas y finalidades. Se acusaba a Liu de haber recomendado «incluso la lectura de libros sagrados». En los años 70 se habían hecho públicos los consejos de Mao a una sobrina suya sobre la conveniencia de estudiar y leer hasta la Biblia.

La pedagogía, los problemas de la formación me tocaban especialmente. Las ideas de Mao sobre la enseñanza que se me tradujeron me parecían ofrecer riesgos claros de simplificación, no en miras del bien y del desarrollo de los estudiantes, sino en pro de un utilitarismo a corto plazo.

Hao me tradujo: «En 1957 se desplegó por todo el país

un movimiento de rectificación del estilo de trabajo. Aprovechándose, los derechistas lanzaron un ataque frenético contra el Partido Comunista, sobre todo los intelectuales, diciendo: «Los profesores deben llevar la voz cantante. Los expertos deben dirigir en todos los aspectos y el Partido debe retirarse de las universidades.» Aquello era una forma caricaturesca de presentar las críticas que, abiertamente y confiados en la campaña "que cien flores se abran", lanzada por Mao, hicieron sobre el sistema los sectores cultos, en general; y también de la represión oficial que siguió. Lo que se llamaba "restauración de la educación burguesa en 1961-63", corresponde a un período en el que, tras los fracasos del Gran Salto Adelante, y teniendo en cuenta la muy difícil situación económica, fuerza fue adoptar en todos los órdenes esa línea pragmática, cosa que se hizo, si no contando con el entusiasmo del Presidente, sí con su aprobación.

Aún más extraña me pareció la presentación del asunto de Jai Ruei. Era, pues, evidente que toda crítica auténtica, no de detalle, sino profunda y dirigida contra la actuación del Partido en todos los órdenes de la vida, a su directividad en todas y cada una de las instituciones, era cosa proscrita, imposible, y catalogada automáticamente como actividad revisionista. Lógicamente, las pocas críticas se presentaban entonces dando un rodeo artístico-literario, bajo seudónimos, alusiones y símbolos. Naturalmente sus autores eran acusados de alevosos ataques en la sombra, cuando lo evidente es que de ninguna otra forma podían actuar.

En cuanto al transcurso de la revolución cultural en el instituto, a fin de cuentas las mismas actitudes eran alabadas o condenadas, según el momento. Así, el que durante un tiempo los grupos discutieran era positivo, pero dejaba de serlo cuando el comité revolucionario y los grupos del Ejército Popular llegaban para llevar a cabo la unidad y las subsiguientes depuraciones. Cabe dudar de que el profesor Lo fuese un agente del Kuomintang, y asesino de campesinos, cuando había permanecido veinte años en la impunidad en un medio tan controlado como las entidades de trabajo en China.

Lo realmente sorprendente de todo esto no eran los hechos en sí mismos, ni la presentación de ellos. Lo raro era la actitud de los chinos cuando se les hacía una observación sobre ciertas contradicciones históricas o lógicas del texto que contaban. No parecían comprender. Tras un leve descarrilamiento mental, repetían el argumento ya citado y continuaban como si la realidad y la lógica mismas palidieran y se eclipsaran ante la fuente que les suministraba la información y las directivas. Sin embargo, Hao y los demás forzosamente habían leído en otros tiempos declaraciones y artículos de los dirigentes criticados, que se contradecían totalmente con las versiones oficiales en boga, pero las aceptaban sin mayor esfuerzo. Quizá sencillamente tomaban la senda cuesta abajo, la menos conflictiva, eliminando de forma casi inconsciente lo incompatible con la última versión dada. La parte que había en este comportamiento de pura hipocresía necesaria y acomodaticia no la sé. Sí sé que no se trataba en todo caso de hipocresía solamente, ni siquiera principalmente. Era un proceso en el que se combinaban la inhibición temporal y ocasional de zonas de memoria, y el rechazo de la realidad, en un grado muy superior y cualitativamente —no sólo cuantitativamente— mayor que el de una vivencia religiosa.

CHINA Y LA UNIÓN SOVIÉTICA

«Aunque tú lo disimules,
cómo duele una traición.»
(CANCION POPULAR)

«LA GRAN NACIÓN HERMANA SOCIALISTA»

Es del dominio público, aun para los observadores más superficiales de la actualidad, que el mayor enemigo para los chinos es la U.R.S.S., el que llaman «socialimperialismo soviético». El gobierno y el pueblo chino, regado diariamente por una copiosa lluvia de anatemas contra la Unión Soviética, consideran que su gran vecino del norte supera por varias cabezas de ventaja al imperialismo americano. Razón: el imperialismo U.S.A. es capitalismo declarado y agresión evidente, mientras que el caso de la U.R.S.S. tiene el agravante de malignidad y alevosía por disfrazarse de socialismo.

La mejor forma hoy de congraciarse a bajo coste a interlocutores chinos es criticar a la U.R.S.S. y dejar así, explícita o tácitamente, la antorcha revolucionaria en manos exclusivas de China. La primera labor de los redactores de Sinjua, la agencia de noticias china, de *Pekín Informa*, del *Renmin Ripao* (*Diario del Pueblo*), etc., es trillar, en la información venida del exterior, cuanto pueda ser o dar pie a invectivas al respecto. En el índice anual de *Pekín Informa*, los artículos antisoviéticos van en neta mayoría. Por ejemplo:

«Es conocido de todos que el socialimperialismo revisionista soviético es, en caso de incidentes internacionales,

adicto a saquear después de los incendios. Últimamente, aprovechándose de la tensa situación de Chipre, vuelve a meter sus narices allí tratando de pescar en río revuelto, con el fin de ampliar su esfera de influencia en la región del Mediterráneo.»*

El caso ya no es la justicia o la arbitrariedad de las acusaciones chinas. Son éstas tan múltiples, tan forzadas, que caen por fuerza frecuentemente en el absurdo y la comicidad. El estilo y el tono tampoco precisan de comentarios. La insistencia china tiene, para el oyente exterior, cariz de monomanía. Sea cual sea el tema tratado en una reunión a nivel internacional, la extensión del límite de aguas territoriales, la repartición mundial de recursos alimenticios, el accidente ocurrido a un avión ruso presentado en una exposición, cualquier motivo es bueno para plantar una pica en el Flandes antisoviético. Muy modestos diarios europeos, americanos, revistas de escasísima tirada, encuentran inesperado encuadre y realce para sus artículos, reproducidos por Pekín, siempre y cuando hayan tenido el acierto de abonar la tesis china sobre el reparto del mundo entre las dos superpotencias, U.S.A.-y U.R.S.S., de las cuales la más peligrosa es la última.

Resulta, sin embargo, menos cómico y más tristemente romo —¿o simplemente propio de una política en primerísimo lugar nacionalista?— el criterio que dictamina apoyar lo que la U.R.S.S. ataque, y declararse contra lo que la U.R.S.S. defienda, sin más consideración ni análisis, ya se trate de movimientos de liberación, grupos de izquierdas o de postura tomada ante cualquier tema.

China. U.R.S.S. Dos inmensos países cosidos por ocho mil kilómetros de frontera. ¿Era geopolíticamente inevitable la situación a la que han llegado?

Entre las pilas de obras dedicadas a la querrela chino-soviética me viene la voz de Hao

«...nos llevábamos muy bien con los rusos, como hermanos. Ellos estaban contentos de trabajar aquí. Eran cordiales. Yo tenía pocos años por entonces, un muchacho, y la mujer

1. *Pekín Informa*, núm. 32 (14 de agosto de 1974), pág. 11.

de un experto ruso fue para mí como una madre, siempre me invitaban a su casa. Por aquella época muchos chinos se casaron con rusas...»

Aquella edad de oro solidaria pertenecía a los años 50. La influencia de la Revolución de octubre fue absolutamente determinante en la introducción de ideas revolucionarias en China, en el enfoque político del movimiento del Cuatro de Mayo de 1919², en la formación del Partido Comunista chino por un grupo de intelectuales en 1921. El Frente Unido de 1923, compuesto por el PCC y el Partido Nacionalista chino, el Kuomintang del patriota Sun Yat-sen, contará con la ayuda de asesores políticos y militares soviéticos. La ruptura del Frente Unido en 1927 se inaugura con la matanza de los comunistas de Shanghai el 12 de abril, ordenada por el nuevo caudillo del Kuomintang, Chiang Kai-shek. En 1931 Japón invade Manchuria. Mientras los japoneses avanzan y arrancan sucesivamente nuevas concesiones al Gobierno nacionalista, Chiang prefiere, haciendo oídos sordos a la opinión pública y a la de buena parte de su Estado Mayor, dedicar sus tropas y la ayuda imperialista a campañas de exterminio de los comunistas, que, acosados, emprenden en 1934 la Gran Marcha y, después de destruido el soviet de Kiangsi, establecen el de Shensí. Al fin, Chiang, secuestrado por sus propias fuerzas durante el incidente de Sian en diciembre de 1936, se ve obligado a formar frente unido con el PCC —que se había ajustado a la política del KOMINTERN, aceptando ahora al Kuomintang como dirigente de la resistencia ante el invasor— y a declarar la guerra al Japón, que acabará rindiéndose en 1945. Vencido el enemigo exterior común, el Kuomintang y el Ejército rojo, ahora llamado Cuarto Nuevo Ejército, vuelven a combatir entre sí. Los soviets chinos han ganado para el Partido Comunista a la masa campesina por su conducta, moral, estrategia, tenacidad, por contar con el apoyo del pueblo. El 1 de octubre de 1949³ el PCC proclama en todo el país la República

2. En protesta de las cláusulas del Tratado de Versalles sobre Shangtung hay en Pekín grandes manifestaciones.

3. Véase *La revolución cultural y la crisis china*, de P. Cavendish.

Popular China. Chiang Kai-shek, refugiado en la isla de Taiwan, establece en ella, a la sombra de los Estados Unidos, un gobierno nacionalista.

Este PCC, que se ha cubierto de prestigio en la guerra contra los japoneses y contra el Kuomintang, llega al poder presidido por Mao TSE-Tung tras veintidós años de lucha armada, un período más largo de combate que el de partido alguno, y valiéndose casi exclusivamente de sus propias fuerzas, porque la Unión Soviética no ayudó prácticamente nada en esta época al PCC, al que Stalin no otorgaba confianza ni creía prometedor, de tal forma que la URSS. con quien tuvo relaciones diplomáticas hasta el último momento fue con el Kuomintang.

Esto no impide que se lleve a cabo a partir de 1949 una política de ayuda y cooperación entre el nuevo país socialista y el ya sólidamente aureolado por Lenin y la Revolución de octubre. China está aislada, bloqueada, sus necesidades son enormes. Las potencias occidentales, que habían esperado repartirse un pastel colonialista más, afianzan su rosario de bases en torno a sus costas y claman contra la invasión de la ola roja en el continente asiático. De la Rusia de Stalin recibirá la República Popular material, fábricas, cuadros técnicos, libros. Las condiciones de estas ayudas serán, cuando llegue el momento de airear cuentas, fuente de discrepancias. Podemos sin embargo dar algunas cifras significativas sobre la importancia de la aportación soviética: Entre 1950 y 1957 se imprimieron y distribuyeron en China 190 millones de copias de 12.400 libros soviéticos. Price, en *Education in Communist China*, resalta la enorme cantidad de material soviético, sobre todo de libros científicos, existentes en China, en ruso o traducidos, y señala que entre 1952 y 1956 se tradujeron 1.400 libros de texto. La influencia rusa desplazó así, en el terreno de la lengua y la literatura, a la anglosajona. El ruso no sólo se estudió por sí mismo, sino que constituyó un importantísimo vehículo de la ciencia y de la literatura occidentales. Respecto a los estudiantes chinos formados en la Unión Soviética, su número se elevaba en 1959 a 36.000, la mayoría de los cuales habían acudido a uni-

versidades y centros de enseñanza superior. Después de 1959, y pese al enfriamiento de las relaciones, unos 25.000 estudiantes chinos estudiaron en la Unión Soviética según fuentes rusas. El número total de 61.000 estudiantes chinos pueden compararse con los 35.931 que habían cursado estudios en los Estados Unidos entre 1905 y 1952*.

Durante diez años, en las escuelas y centros de enseñanza superior se aprende, enseña y lee el ruso. Tras la ruptura, en los años 60, los profesores chinos deberán formarse en otros idiomas.

Las exhortaciones oficiales al aprendizaje de los cooperantes soviéticos con atención y modestia son continuas, fervorosas. En 1960, todavía, el director del Departamento de Ciencia y Técnica de la Academia de Ciencias China, Yan Ji-si, declaraba: «A través de nuestros estrechos contactos con los científicos soviéticos, su noble comunismo, sus hábitos de trabajo duro, vida sencilla y persistencia en el estudio, han producido en cada uno de nosotros una profunda impresión y dado una gran lección» (obra citada de Price, pp. 102 y 103).

El Acuerdo Chino-Soviético de Cooperación Técnica y Científica fue firmado en octubre de 1954. En él se preveía que la U.R.S.S. enviaría científicos y técnicos a China, y que China enviaría a la U.R.S.S. científicos para que se formaran en la teoría y en la práctica, y universitarios para completar sus estudios. El 18 de enero de 1958 se firmó entre ambos Gobiernos el Tratado de Cooperación Científica para unir sus esfuerzos en la investigación tecnológica.

1956 verá la condena de Stalin por boca de Kruschev en el XX Congreso del PCUS, en febrero; la firma en abril de dos acuerdos económicos chino-soviéticos durante la visita de Mikoyan a China, la «Primavera de Octubre» en Polonia, la intervención rusa en Hungría durante ese mismo mes, y la segunda intervención en noviembre para sostener al Gobierno de Kadar —ambas intervenciones apoyadas políticamente por China—. En mayo se lanza en China la cam-

4. R. F. Price, *Education In Communist China*, pp. 102 y 103.

paña de «las Cien Flores» animando a la libre expresión de críticas. A continuación tiene lugar, en junio, la tercera sesión anual de la Asamblea Nacional China. Se aumentan en julio los salarios. En septiembre se restablece parcialmente el mercado libre agrícola, y del 15 al 27 se celebra el VII Congreso del PCC, en Pekín. El 3 de noviembre tiene lugar el segundo pleno del Comité Central del PCC. Mientras tanto, en abril y en diciembre, el *Diario del Pueblo* publicó artículos sobre «la experiencia histórica de la dictadura del proletariado».

En 1957, Pekín y Moscú publican una declaración conjunta, fechada el 11 de enero, en la que denuncian por adelantado cualquier tentativa destinada a debilitar la solidaridad del bloque socialista. La situación económica china es de inflación. Chou En-lai viaja por la U.R.S.S. y países del Este. Mao Tse-tung escribe «Sobre la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo». En abril se da a conocer una directiva del PCC que señala el comienzo de la «campana de rectificación»; ésta alcanza su cénit en junio con la campana «anti-derechista»: purga general en los medios intelectuales y estudiantiles entre los que habían confiado en los llamamientos a la «libre expresión de críticas» durante la «campana de las Cien Flores». En otoño se reúne el tercer pleno del Comité Central del PCC. En noviembre tiene lugar en Moscú la conferencia internacional de los partidos comunistas, a la cual asiste Mao Tse-tung. En diciembre hay una purga en el PCC y se lanza el Gran Salto Adelante.

La desestalinización a partir del discurso de Krushev en el XX Congreso del PCUS en 1956 marca el principio de la gran fisura China-U.R.S.S. Desde entonces, a partir de los artículos del *Diario del Pueblo* sobre «la experiencia histórica de la dictadura del Proletariado», China sostendrá las tesis estalinistas condenando, tácita primero, luego explícita, repetitiva y totalmente, la línea y la actitud krushevistas. El *Renmin Ripao* da, en 1956, el juicio oficial maoísta sobre Stalin, que quedará hasta nuestros días: un gran dirigente, una figura fundamentalmente positiva, defensora de la línea

de Lenin, de la colectivización agrícola y de la industrialización acelerada; vencedor de trotskistas, capitalistas, revisionistas, traidores, etc.; un grande del comunismo auténtico cuyos errores subjetivos —culto de la personalidad, eliminación física excesiva de algunos oponentes, posición respecto a Yugoslavia, descuido del bienestar campesino, etc.— no son obstáculo para la valoración y encomio globales de su figura. Ni siquiera el hecho de que hasta el día de hoy el retrato gigante de Stalin siga montando guardia, junto con los de Marx, Engels y Lenin, en la plaza de Tien An-Men, llega sin embargo a convencer del apego real de un Mao, siempre reticente hacia el exterior, Unión Soviética incluida, hacia Stalin, que ignoró al Ejército rojo hasta que éste conquistó por sí mismo el poder. Pero Mao, al defender al estalinismo, defiende su propia política de colectivización agrícola e industrialización rápida, y defiende, sobre todo, la imagen del Gran Dirigente, del Guía Único, indiscutible e indiscutido, cuya autoridad total se halla ampliamente justificada por su misión de conductor del pueblo hacia la futura sociedad comunista ideal, para la cual el único camino recto es la dictadura del proletariado, es decir, la del Partido y de Mao Tse-tung. Esto lo hace Mao en el tiempo en que está en plena gestación la purga de la «campana de rectificación» y el fallido y voluntarioso Gran Salto Adelante. (Según un colega extranjero, los retratos de Stalin son mantenidos por todas partes por los chinos aún hoy quizá por el sádico placer de contrariar a los dirigentes soviéticos.) Mao no ha actuado en todo como Stalin, pero su política es estalinista, lo es su autocracia, la eliminación, si no física, sí política y social, de la más mínima oposición, el monopolio ideológico-cultural absoluto y desolado, y el inigualado culto a la personalidad. El opúsculo de Mao *Sobre la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo* da, bajo apariencia dúctil, mucha información sobre el régimen, porque el veredicto que decide si una contradicción lo es en el seno del pueblo —aceptable y discutible— o es contradicción antagónica, que clasifica automáticamente en enemigos de clase a los que la sostienen, ese veredicto viene del Partido, y es él

quien juzga supremamente, pues, sobre opiniones y actitudes. Naturalmente cualquier oposición al régimen, de una huelga a una simple opinión verbal, puede ser clasificada, y lo es, como contradicción antagónica, fuera del seno del pueblo, venida de los «enemigos de clase» —que siempre se presentan como un puñado.

Las discrepancias China-U.R.S.S. se mantuvieron, sin embargo, en incubadora, arropadas por la discreción diplomática y la reserva china. Continuó la ayuda y cooperación. La fisura va a extenderse de un extremo al otro del antiguo bloque amistoso chino-soviético. El 21 de abril de 1960 aparece en el diario del Ejército Popular de Liberación, *Bandera Roja*, un artículo con motivo del 90 aniversario de la muerte de Lenin en el que se critica la política kruschevista. Entretanto había desacuerdos, aún hoy nada claramente esclarecidos, entre los dirigentes rusos y el Gobierno chino respecto a la fabricación de la bomba atómica china con ayuda soviética y quizá la posibilidad de bases mixtas o, en el plano de la defensa, ciertos acuerdos que hubieran podido ser juzgados por los chinos como injerencia. El caso es que el 16 de julio de 1960 llega de Moscú la orden de regreso inmediato a la Unión Soviética para todos los expertos rusos que trabajaban en China en ese momento. Si anteriormente la querrela sobre la desestalinización se había llevado a cabo en las altas esferas políticas, sobre las cabezas de la población, el retiro de los expertos por parte de Krushev fue un trauma terrible para la gente de China, para el tipo .medio, y de ello puede dar fe cualquiera que haya hablado con chinos del tema. En los de edad madura que lo vivieron, la voz adquiere un tono de rabia dolida cuando se saca esto a colación:

«Nos dejaron. Tuvieron que irse aprisa y corriendo, con las fábricas y las instalaciones a medio montar, sin que supiéramos aún cómo manejarlas, sin piezas de repuesto. Ellos, los rusos, no querían marcharse así. Muchos trabajaron día y noche para dejarnos lo más importante montado y enseñarnos lo esencial. Sus mujeres lloraban al coger el tren. Yo acompañé a muchos a la estación. Se disculpaban,

nos pedían que les escribiéramos contándoles las dudas que teníamos para el manejo de las máquinas y que ellos nos explicarían»⁵.

«El pueblo ruso es bueno. Los expertos rusos no querían irse de China. Fue la mala política de Kruschev.»⁶

El número de expertos soviéticos que residían en China en 1958 se estima, según fuentes occidentales, en unos 4.000, acompañados de sus familias. El *Renmin Riapao* da, por su parte, la cifra de 7.000, también en 1958, y fuentes rusas dan en 1960 la de 10.830 especialistas en todas las ramas.⁷

UNA DECEPCIÓN DOLOROSA

¿Hasta qué punto este trauma doloroso ha sido motivado por directivas egoístas de la política de Kruschev? ¿O bien ha sido amasado y presentado al pueblo chino bajo esa forma para justificar los fracasos y los errores de la política maoísta del Gran Salto Adelante y hacer resbalar la responsabilidad de este Salto malogrado hacia la «traición soviética», y también hacia las calamidades naturales? Mao ha manejado siempre con enorme pericia los resortes de la psicología de masas, ha sabido halagar como nadie el feroz y ferozmente humillado orgullo nacional chino, y para este orgullo fue sin duda mucho más fácil y consolador creer en traiciones y abandonos que en los propios fracasos. Mao había embarcado a China en el Gran Salto Adelante, en 1958, en medio de una apoteosis de propaganda voluntarista cuasi mística que no guardaba más relación con el marxismo-leninismo que el uso verbal de algunos términos. Los chinos, embriagados de afirmaciones sobre la omnipotencia del gran pueblo chino, la gran revolución china, el gran líder Mao Tse-tung, no debían de ser ni alumnos ni aprendices fáciles

5. Conversación con Hao.

6. Conversación con Tao.

7. Leo A. Orleans, *Professional Manpower and Education in Communist China*, pp. 115-117.

para los expertos rusos, técnicos y materialistas prudentes. Esto está claro sobre todo tras haber observado el «Segundo Gran Salto Adelante»: la revolución cultural. Los expertos rusos que trabajaban en China en 1958 se quejan de la nula atención que se prestaba a sus consejos, de la convicción de los chinos de que, por el hecho de serlo, podían aprender, hacer cualquier cosa, en la mitad del tiempo científicamente indicado, sin el menor aprecio de las reglas de seguridad y de las normas técnicas, lo cual dio lugar a pérdidas enormes en material, tiempo y vidas humanas. Al cabo, en el frenesí general de «los chinos lo podemos todo, el pueblo todo lo puede con Mao», los expertos rusos se vieron arrinconados y tratados en carteles de «revisiónistas», «derechistas», etc., hombres de poca fe en Mao, vamos. La revolución cultural de 1966-69, con sus exorcismos chovinistas de masas y sus fanatismos, abona en favor de los testimonios de los expertos rusos en China durante los años 1958-60.

Según los rusos, la ruptura de 1960 era consecuencia inevitable y previsible de una situación que degeneraba por momentos, en la que los chinos se mostraban cada vez más intratables, más poseedores únicos de una verdad que, distribuida y racionada por el Partido y el presidente Mao, era una energía imparable y todopoderosa. Forzosamente la cauta y pragmática política de sus vecinos, que ya se encontraban en una etapa económica superior, no podía inspirarles sino desprecio y rechazo.

La misma actitud china oficial hacia la ayuda rusa, con sus excesivas expresiones de admiración y modestia durante la luna de miel con la U.R.S.S., no ha hecho sino abonar las raíces de un chovinismo y un orgullo tan reprimidos como violentos en la gente de China, gente que durante los años 50 repitió hasta la saciedad que «de los hermanos mayores rusos había que aprender todo humildemente, puesto que ellos —los chinos— no sabían hacer nada». Todos esos tumores psicológicos se van hinchando bajo la piel, entre sonrisas. La presión que producen es una fuerza motriz importante en la movilización de las masas en el momento juz-

gado oportuno por el régimen, en el que una brusca punzada de nacionalismo, de autenticidad china, rompe el pus. Un stock de resentimiento y de orgullo existe también seguramente hoy ante el trato dado a los extranjeros, stock que resulta altamente útil, discreto y disponible para ser usado en su debido tiempo por los directores del pueblo.

Los años 1959-60-61 son de amarga memoria en China: caída sin red tras el Gran Salto Adelante, calamidades naturales —sequía seguida de inundaciones—, calamidades políticas: la brusca partida de los expertos soviéticos y las exigencias apremiantes de Krushev para un rápido reembolso de préstamos y créditos.

«...querían que pagásemos, y pagamos hasta el último céntimo. En aquellos años a los chinos nos faltaba de todo, ¿sabes?, pero pagamos, en materias primas, en cereales, en huevos. Mira, se los mandábamos, a los rusos, los huevos que nosotros no podíamos probar, y ellos tenían fijadas unas dimensiones —la voz de Hao se ahoga en su propia indignación mientras que muestra un círculo formado por el pulgar y el índice— y los huevos que no tenían ese diámetro los rechazaban. ¡Eso hacían, en aquellos años duros para nosotros!... ¡Fueron... mezquinos... mezquinos!»...

Bajo las capas de las sucesivas consignas y campañas antisoviéticas que el Gobierno ha ido extendiendo en años posteriores sobre su población, existe en el chino que vivió estrechamente la amistad con los rusos y la ruptura un dolor, una amargura, que dan la medida de la intimidad y la admiración de otro tiempo. Y porque aquella amistad fue vivida con intensidad y con lazos reales, afectivos, materiales, a nivel de población, por eso se da en China todavía en el plano humano una pervivencia sorprendente, cuando se escarba un poco, de sentimientos cálidos hacia los expertos y la gente rusa. Esto sorprende porque, aunque el Gobierno chino haya repetido que sus ataques se dirigen a la equivocada política krushevista y no al pueblo ruso, esta consideración debería estar virtualmente aplastada bajo el peso de tantas toneladas de invectivas, de la atmósfera de preparación a una guerra inevitable con la U.R.S.S., que llegó a su paroxismo durante

la revolución cultural. Bajo los entramados de la alta política, de sus fintas, ataques y contraataques, se puede constatar sencillamente, en el plano medio, personal, la pervivencia de sentimientos humanos subterráneos positivos, nacidos del recuerdo de otros días y otra convivencia, que honran a los chinos de más de treinta años, como a los expertos rusos, y que son reconfortantes en el erizado frente de hostilidades entre Moscú y Pekín.

En 1962 aún se silenciaba la ruptura con la U.R.S.S., y todo ciudadano chino interrogado al respecto hubiera respondido prudentemente con las acostumbradas consignas de amistad, a falta de nuevas directivas de opinión de fuente oficial. El pueblo chino, como otros y más que muchos, es de los últimos en enterarse de su propia situación. El periodista americano y mediador oficioso entre su país y China, Edgar Snow, hizo un viaje a la República Popular de cuatro meses en 1960, y mantuvo una larga conversación con Chou En-lai sobre las relaciones chino-soviéticas. El primer ministro comenzó señalando la unidad teórica fundamental de ambos partidos y las normales diferencias en la forma de abordar ciertos fenómenos concretos, venidas en parte de la distinta situación de ambos países. Reivindicó a continuación la solidaridad y firmeza del bloque socialista cara el imperialismo. A la pregunta de Snow sobre el «éxodo en masa de los expertos rusos», Chou En-lai respondió que era perfectamente natural, «...no pueden quedarse aquí toda la vida, indudablemente. Trabajan en China durante períodos de tiempo definidos y han prestado buenos servicios. Quizá fue porque muchos volvieron este año por lo que llamaron la atención de los países occidentales...»⁸ Y, sin embargo, pese a toda su prudencia, las declaraciones de Chou En-lai eran de no poco peso político por ser la primera vez que China admitía de fuente oficial la existencia de desavenencias con la U.R.S.S., por leves que éstas fueran presentadas.

En 1963 va a hacerse pública la disputa, y en torno a una pieza clave de la teoría marxista-leninista: la necesidad

8. E. Snow, *Al otro lado del río*.

de la dictadura del proletariado (es decir, de su representante más avanzado y consciente: el Partido Comunista) durante la larga etapa de eliminación de tendencias burguesas y transformación de la sociedad y del individuo, que debe preceder al advenimiento de la verdadera sociedad comunista. Los primeros tiros se cruzan en 1963 entre el *Renmin Ripao* y *Bandera Roja*, por una parte, y *Pravda* y el *Kommunist*, por la otra. Como era de esperar, la conferencia de conciliación chino-rusa reunida en Moscú en julio de 1963 no logra sino atizar el fuego. El Gobierno chino da rienda suelta a la irresistible corriente de agravios contra la U.R.S.S.: la ruptura por parte de Kruschev de los acuerdos secretos para ayudar a China a fabricar su bomba atómica ante la negativa de ésta a concesiones militares proteccionistas a la U.R.S.S., los conflictos fronterizos en Sinkiang, la ocupación soviética de territorios ajenos, etc. El tono vindicativo irá desde entonces in crescendo y el justo fundamento de muchos de los reproches chinos no tardará en verse sepultado por la masa sistemática de invectivas, con base o sin ella, para no ser finalmente sino tópico de antisovietismo, molino al que hay que llevar el agua venga de donde venga.

CORRESPONDENCIA CHINO-SOVIETICA

China ha publicado hace ya tiempo una recopilación de la correspondencia cruzada entre el Comité Central del Partido Comunista de China y el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1964. Incitó a la U.R.S.S. a hacer otro tanto, es decir, a publicar en sus periódicos las cartas chinas como China publicaba las rusas. La U.R.S.S. no siguió el ejemplo. De este intercambio epistolar entre ambos partidos he extractado los puntos principales siguientes:

Carta del Comité Central del P.C.C. del 29 de febrero de 1964 al Comité Central de P.C.U.S.

1. Sobre el problema fronterizo: La Unión Soviética ha violado repetidamente la frontera avanzando sobre territorio

chino, provocando incidentes. La U.R.S.S. ha realizado además propaganda subversiva entre las minorías nacionales chinas fronterizas, incitándolas al separatismo y la discordia y a que buscaran refugio en territorio ruso.

2. Sobre la ayuda de la U.R.S.S. a China: Esta ayuda no fue ni unilateral ni gratuita, sino un intercambio de mercancías. China pagó los equipos completos recibidos con oro, mercancías y divisas extranjeras. El precio de muchos de estos equipos técnicos era superior al de los mismos en el mercado internacional. China envió por su parte importantes remesas de diversos productos a la U.R.S.S. China utilizó la *absoluta* mayoría de los préstamos soviéticos para comprar a la Unión Soviética material de guerra que usó desinteresadamente en la guerra de Corea.

3. Sobre la retirada de los expertos soviéticos: 1.390 expertos fueron retirados en un mes, pese a los ruegos chinos para que se los dejara. Se rompieron así 343 contratos, se cancelaron 257 proyectos de cooperación, los cuales eran importantes y se vieron suspendidos a medio terminar. 1959-60-61 fue también una época de serias calamidades naturales. La U.R.S.S. en 1964 volvió a plantear el envío de especialistas. El pueblo chino respondió que ya no tenía confianza en ellos, pero que, si la Unión Soviética lo necesitaba, podían enviarle especialistas chinos.

4. El comercio chino-soviético: Este decreció tras la retirada de los expertos porque, al paralizarse los proyectos, era inútil importar más equipos completos. La U.R.S.S. utilizó el comercio como instrumento de presión política, negándose a abastecer a China de lo que realmente necesitaba y proponiéndole los artículos que a ellos les convenía exportar. La U.R.S.S. fuerza a los países socialistas a no desarrollarse económicamente de forma que permanezcan siempre en estado de país agrario, fuente de materias primas para la U.R.S.S.

5. Sobre el cese de la polémica pública: La U.R.S.S. creó la polémica abierta con China, ayudando así a los imperialistas y reaccionarios. Ahora, porque la polémica pública les es desfavorable, quieren suspenderla para privar a China

del derecho de réplica. En noviembre de 1963, durante la reunión en Varsovia del Consejo Mundial de la Paz, China abogaba por un frente único cara a los americanos. Los soviéticos preferían halagar a los Estados Unidos, establecer tratados tripartitos alineándose con los Estados Unidos contra China. China propone:

- a) Conversaciones bilaterales y multilaterales para el cese de la polémica.
- b) Preparar cuidadosamente una reunión de partidos marxista-leninistas.
- c) Reanudación de las conversaciones entre el P.C.C. y el P.C.U.S. en Pekín en octubre de 1964.

Carta del Comité Central del P.C.U.S. de noviembre de 1963 al Comité Central del P.C.C.

La U.R.S.S. desea el fortalecimiento de la unidad de los partidos marxista-leninistas y el afianzamiento de los lazos mercantiles y culturales con China, por encima de las divergencias. Propone, pues, conversaciones sobre las fronteras y el cese de la polémica pública.

Carta del Comité Central del P.C.U.S. de 22 de febrero de 1964 al Comité Central del P.C.C.

Se acusa recibo de la carta china del 20 de febrero de 1964, y se muestra indignación por el tono grosero y peyorativo de ésta. Se propone: continuar las conversaciones entre representantes del P.C.U.S. y del P.C.C. en Pekín, en mayo de 1964, convocar en junio-julio de 1964 una reunión preparatoria de representantes de los 26 partidos hermanos, realizar una reunión internacional en otoño de 1964.

Carta del Comité Central del P.C.U.S. del 29 de noviembre de 1963 al Comité Central del P.C.C.

Se constatan divergencias con el consiguiente riesgo para la cohesión comunista mundial, y se propone, pues, forta-

lecer la coordinación y la cooperación, los intercambios comerciales, económicos, culturales, las consultas amistosas sobre la cuestión fronteriza. Se pide el cese de la polémica pública y la celebración, al efecto, de una conferencia internacional de partidos comunistas y obreros.

Carta del Comité Central del P.C.C. del 20 de febrero de 1964 al Comité Central del P.C.U.S.

Los chinos dicen haberse enterado de que el P.C.U.S. ha enviado a varios partidos hermanos una carta contra el P.C.C. La U.R.S.S. clama por la unidad y el cese de la polémica y, a espaldas de China, promueve campañas, dice una cosa y hace otra. La U.R.S.S. ha tomado como pretexto la no contestación por parte de China a la carta rusa de noviembre. ¿Por qué la U.R.S.S. puede atacar a China y China no a la U.R.S.S.? Hay una intriga rusa para crear una fachada de unidad falsa, tras la cual hay una escisión real. Los chinos piden una copia de la carta distribuida a los partidos.

Carta del Comité Central del P.C.U.S. del 22 de febrero de 1964 al Comité Central del P.C.C.

Acuse de recepción de la carta china del 20. Esta se juzga como insultante y falta de respuesta a las propuestas rusas de normalizar las relaciones. Se constatan ataques de la prensa china al P.C.U.S.

Carta del Comité Central del P.C.C. del 27 de febrero de 1964 al Comité Central del P.C.U.S.

Se acusa al P.C.U.S. de enviar una carta escisionista y de tomar medidas para aislar a China de los partidos comunistas del mundo. Se pide que, si tienen documentos y pruebas contra China, los saquen a la luz. Proponen los chinos que cada partido publique en su prensa documentos de crítica de unos y otros.

*Carta del Comité Central del P.C.C. del 29 de febrero al
Comité Central del P.C.U.S.*

Respuesta a la carta de noviembre de 1963.
Sobre las posiciones de la U.R.S.S. y de
China:

a) Problema fronterizo: Necesidad de negociaciones, pero la U.R.S.S. ha sido la primera en provocar incidentes y realizar actividades antichinas entre las minorías nacionales fronterizas.

b) Problema de la ayuda: La ayuda consistió en un intercambio de mercancías, vendidas a China con interés, y compensadas con importantes exportaciones chinas. Los préstamos rusos fueron empleados por China para la compra de material de guerra, que usó luego gratuitamente en la guerra de Corea.

*Carta del Comité Central del P.C.U.S. del 7 de marzo de
1964 al Comité Central del P.C.C.*

Se acusa a China de actividades de zapa, y se propone el cese de la polémica. Reprocha a China los artículos aparecidos en su prensa, en los que se trata a la U.R.S.S. de principal enemigo de China y de aliado de los Estados Unidos.

La U.R.S.S. se declara impaciente por celebrar la conferencia de los partidos comunistas, y no está dispuesta a esperar hasta octubre. También rechaza el que sólo haya en esta conferencia 17 partidos. Propuso: conversaciones entre el P.C.U.S. y el P.C.C. en Pekín en mayo de 1964; convocatoria en junio-julio de 1964 de una reunión preparatoria de representantes de los 26 partidos hermanos; y una reunión internacional en otoño de 1964.

*Carta del Comité Central del P.C.C. del 7 de mayo de
1964 al Comité Central del P.C.U.S.*

Se acusa a la U.R.S.S. de haber continuado atacando a China, llevando así a cabo un doble juego. La U.R.S.S.

usa de la polémica pública a su antojo y conveniencia y ahora pretende hacer callar a los chinos prohibiendo dicha polémica. Los rusos apremian para que se celebre la conferencia porque así, si no están de acuerdo los chinos, pueden acusarles abiertamente en la gran conferencia internacional. El P.C.C. insiste en pedir copia de la carta enviada a los otros partidos. Los chinos se declaran contra toda escisión y no quieren conferencias hasta que todo esté claro entre China y la Unión Soviética. Rechazan el número de 26 partidos asistentes porque en algunos países hay dos partidos, marxista-leninista el uno y revisionista el otro. En las circunstancias actuales se juzga que la conferencia sólo podría llevar a una escisión. Según los chinos, para celebrar una conferencia internacional se necesitarían tal vez cuatro o cinco años de preparativos. Piden también que la U.R.S.S. publique en sus periódicos las respuestas chinas a sus críticas.

ESCALADA DE HOSTILIDADES

Esta correspondencia da una idea bastante aceptable de la escalada de hostilidades chino-soviéticas. Es poco menos que conmovedor encontrarse, entre los bienintencionados visitantes de la China de los años 50, testimonios como el que sigue: «Ante todo, es evidente la importancia de la ayuda prestada a los chinos por los rusos. Aparte de algunas máquinas checas y muy escasas máquinas chinas, que me señalaron con orgullo, el equipo de las fábricas es de origen soviético. La Unión Soviética ha prestado a China considerable cantidad de ingenieros y técnicos: de 15.000 a 20.000. En 1953, Li Fu-chen declaró en su informe: «La asistencia técnica y material aportada por la Unión Soviética se extiende a la construcción total o a la reorganización de unidades industriales de gran importancia vinculadas con la metalurgia, la hidráulica, la explotación minera, la construcción de automóviles y tractores, las refinerías, etc.» En 1954, la Unión Soviética agregó otras 15 unidades industriales. Por consiguiente, el número de proyectos realizados por

la Unión Soviética se eleva a 156. «En abril de 1956, Mikoyan firmó un acuerdo con China que aumentaba en 2.500 millones de rublos el aporte ruso al plan quinquenal. La Unión Soviética proveerá ayuda para 56 nuevos proyectos industriales, y participará en la construcción de varios ferrocarriles. La solidaridad de la Unión Soviética y China es un hecho indiscutible. Algunos soñadores antisoviéticos imaginan con optimismo que China rechazará muy pronto esta tutela y será una potencia que podrá equilibrar a la Unión Soviética: es pura imaginación. La industrialización de China exige varias décadas durante las cuales dependerá de la ayuda rusa. Otra tontería es la afirmación de que debe pagar este apoyo con exportaciones masivas que la arruinarán. Una cadena ininterrumpida de trenes que corriesen durante un año no bastaría para transportar de Pekín a Moscú una cantidad de grano equivalente al valor de las inversiones realizadas por la Unión Soviética, y, por otra parte, ésta no necesita trigo chino. Afirmar que por el plato de lentejas soviéticas, Mao Tse-tung debe pagar su libra de carne, como lo dice elegantemente el padre Trivière, especialista antichino, es una afirmación desmentida por el simple buen sentido y por los hechos. No se trata aquí de un canje en el sentido capitalista de la palabra. Desde este punto de vista, la ayuda rusa es totalmente desinteresada, como lo proclaman todos los discursos e informes de los dirigentes chinos. Nadie duda de que la Unión Soviética tenga buenas razones para desear a su lado una China fuerte. Pero de todo ello resulta que sus intereses son exactamente los mismos que los de China, y que ésta extrae del acuerdo incomparables beneficios... China ha saltado una etapa: por así decirlo, nada heredó del pasado, y la Unión Soviética le suministra los equipos más perfeccionados que existen»⁹.

Según el informe Suslov, citado por R. Guillain en su libro *Dans 30 ans, la Chine*, aparecido en febrero de 1964, en la U.R.S.S., en el período comprendido entre 1951 y 1962 se formaron 10.000 ingenieros, técnicos y obreros

9. Simone de Beauvoir, *La larga marcha*, 1956.

calificados chinos, 11.000 estudiantes diplomados y 1.000 científicos. En Occidente se dan cifras más elevadas: 14.000 estudiantes y 38.000 trabajadores chinos formados en Rusia de 1949 a 1958, según un estudio aparecido en Londres en la revista *China Quartely*.

Eran los tiempos dorados en que, del niño de la escuela primaria al ciudadano corriente, a todos los chinos se les enseñaba a alabar a los hermanos rusos. El sistema chino, por el gran control que ejerce de los órganos que fabrican la opinión, por su facilidad en amasar la psique popular e introducirla en el molde circunstancialmente escogido, suele ofrecer al observador externo panoramas cronológicos fascinantes :

«Le pregunté a la tejedora, que me daba la impresión de ser una mujer muy despierta, qué era lo que más le interesaba de las noticias que leía en los periódicos murales y en los otros que consultaba a diario. Sin reflexionar mucho, me respondió:

—Saber si va a haber guerra o no. Le pregunté si lo creía posible. —Sí — me responde—, probablemente. —
¿Contra quién?

La mujer pareció reflexionar. Miró a unos y otros, y después contestó:

—Contra la Unión Soviética.»

Quizá esté más próximo el momento en que tengamos que medir las armas con la Unión Soviética —dijo Wang—. Si no, ¿por qué nuestro Gobierno fomenta al máximo nuestra investigación atómica y hace que nuestros sabios trabajen a marchas forzadas y consigan los mayores logros? Es simplemente —añadió— porque no tenemos tiempo. Los rusos aumentan día a día su presión sobre nuestras fronteras; se introducen en zonas que son para nosotros de interés militar; llevan a cabo una guerra fría de extraordinaria virulencia; prefieren compartir Siberia con el Japón burgués y capitalista, a repartirla con nosotros...

...El profesor dijo que se inclinaba totalmente al lado de Mao; reconoció que odiaba a los rusos, en los que veía adversarios y no compañeros de ideario político. Para él el conflicto de Vietnam era una guerra santa, el preámbulo de una inevitable y ya casi inaplazable guerra de razas. Para este profesor, que conoce un poco del mundo fuera de China, y que pasó una temporada en África del Sur para estudiar la política de *apartheid*, el hombre blanco es la única cosa que no marcha bien en nuestro mundo, el único fallo de toda la Creación.

...En esta lucha contra las potencias reaccionarias blancas, China tomará la dirección de los pueblos de color, hasta ahora subdesarrollados, pobres y expoliados por los blancos. El profesor incluía entre las potencias blancas reaccionarias no sólo a Sudáfrica, Portugal, Gran Bretaña o Rhodesia, sino también a los Estados Unidos y a la Unión Soviética.»¹⁰

«El acuerdo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos sobre la prevención de la guerra nuclear no puede engañar a mucha gente ni intimidar a los pueblos del mundo, sino que sólo puede provocar indignación, recelo y decepción. Está surgiendo una marea contra el hegemonismo y la política de fuerza que practican las superpotencias.

Las acciones del Gobierno soviético demuestran plenamente que es "socialismo de palabra e imperialismo de hecho", como decía Lenin.»¹¹

Tras la pleamar de la revolución cultural en lo que antisovietismo se refiere, la hostilidad hacia la U.R.S.S., sin decrecer, se ha institucionalizado. El cruce de investivas es el pan nuestro de cada día, salpimentado con furibundos adjetivos. Tras los contactos y conversaciones con los Estados Unidos —cuya sola idea parecía el colmo de lo herético durante la revolución cultural—, la U.R.S.S. es el enemigo principal indiscutible. La política exterior china levita automáticamente en sentido opuesto al de la Unión Soviética, y las posteriores justificaciones ideológicas no son sino adi-

10. Louis Barcata, *China, la revolución cultural*, 1967.
11. Discurso de Chiao Kuan-jua, jefe de la Delegación de la República Popular China, en la 28 Asamblea General de la O.N.U., 1973.

tamentos decorativos. Toda alianza es hoy buena, a ojos chinos, mientras debilite o neutralice la potencia de la U.R.S.S. Las jóvenes generaciones, no habiendo vivido la época de cooperación chino-rusa, han sido nutridas con grandes dosis de nacionalismo pasional antisoviético con sus buenos ribetes de xenofobia hacia la U.R.S.S., potencia europea de hombres blancos, es decir, ajena a Asia y al Tercer Mundo. China hace valer una y mil veces su situación de país cercado por la U.R.S.S. y los países satélites.

La India neutral parece apoyarse en lo sucesivo en la Unión Soviética, que completa así su cerco de China; ésa es, por lo menos, la impresión que tiene Chou En-lai. Un millón de soldados en la frontera norte (¿Cómo se podría hacer creer que es para defender Siberia contra nosotros?). La Mongolia vasalla está abarrotada de tropas. La India, cliente. El Vietnam, salpicado de consejeros militares soviéticos y atestado por Rusia de suministros militares. Un cerco en el que los vacíos están colmados por los Estados Unidos y sus «fantoques»: Tailandia, Saigón, Formosa¹².

Una cosa es la presencia o la influencia de la U.R.S.S. en las fronteras de China, y otra la atmósfera de eterna movilización y estado de excepción que el Gobierno chino crea tanto en el interior como en el exterior de su territorio, para lo cual precisa de manera indispensable de enemigos. En todo caso las sucesivas purgas que han eliminado política y socialmente a veteranos del P.C.C. se han apoyado en el «prosovietismo» de esos hombres: Kao Kang, Wang Ming, Chang Kuo-tao, Peng Te-juai, Huang Ke-sheng..., y así hasta cualquiera caído en desgracia, porque Mao no se mostró en absoluto avaro en otorgar a los excolmulgados de turno automáticamente la Gran Orden del prosovietismo.

Y los alumnos de ruso continúan estudiando esa lengua con afán para, como me dijeron, poder interrogar en su día a futuros prisioneros.

¹². A. Peyrefitte, *Cuando China despierte...*, 1971. Conversación con Chou En-lai.

EL PAPEL DEL ANTISOVIETISMO

Esta visión de la política exterior china vista desde el interior, y desde un plano tan olvidado por los grandes comentaristas como es el de la visión del mundo que se hace el individuo medio, el chino de la inmensa mayoría, pide una explicación de base. La lógica reclama un factor dominante, y la verdad es que, con frecuencia, además de reclamarlo, la lógica occidental lo fabrica. ¿Puede considerarse el antisovietismo como el hilo conductor de las tomas de posición chinas, de las afables relaciones con Pinochet? De la importancia de este factor no cabe la menor duda en cuanto a la estrategia geopolítica actual. ¿Se combate, al atacar al Gobierno de la U.R.S.S., a una superpotencia vecina peligrosa en el plano bélico y sirven los ataques ideológicos como complemento en la muy material rivalidad de las dos inmensas naciones, o viceversa? De que Mao, al defender a Stalin, preservaba su propia imagen de estadista autoritario y líder carismático incontestable, pueden haber pocas dudas. La rivalidad, sin embargo, es llevada a veces de forma tan torpe en el terreno internacional que China pierde bazas en el Tercer Mundo sin que por ello consiga desprestigiar a la U.R.S.S., para lo cual precisaría argumentos más sólidos y análisis más objetivos que las toneladas de confusas invectivas hacia la Unión Soviética que prodiga *Pekín Informa*. También precisaría China molestarse en explicar su propia posición en política exterior en general, y en sus lazos, cada vez más estrechos, con los Estados Unidos en particular, cosa que desdeña olímpicamente hacer ni respecto a su propia población ni hacia un Tercer Mundo sobre el que —en particular en América Latina tras el vergonzoso asunto de la Junta chilena— ha perdido irremisiblemente su imagen de tiempos idos.

El deseo de lógica lleva también a anudar con el mismo hilo conductor del antisovietismo las conmociones internas, las sucesivas purgas y la revolución cultural. Sin desconocer su importancia, sería simplista reducir a este factor la clave del movimiento lanzado por Mao, secundado por Lin

Piao, que tuvo su apogeo durante la revolución cultural. Que en esa lucha por el poder se han enfrentado grupos y personas cuya visión política, social e ideológica se acercaba o coincidía más o menos con la forma de desarrollo soviético, es cierto, pero no significa que no se hayan ido presentando multitud de factores de predominación variable. Sería además caer en el razonamiento maniqueo, tan caro por cierto al sistema chino, el aceptar la división única y exclusiva en un modelo soviético y un modelo ideal encarnado por Mao. Ni la política exterior ni mucho menos la interior china se resumen en un perpetuo combate entre el Ormuz chino y el Ahrimán soviético; esto es obvio y, sin embargo, no lo parece tanto visto el enfoque que los comentaristas occidentales, sedientos de línea maestra, puntal seguro y lógica, suelen utilizar. Tal vez la publicación en el futuro de documentos secretos chinos muestre que, en efecto, el hecho soviético fue siempre el elemento principal y determinante en las posturas oficiales chinas interiores y exteriores. Pero, mientras que esos documentos salen a la luz, lo que sí puede constatarse es la *utilización por parte del Gobierno chino del antisovietismo*, con razón o sin ella y desde luego sin grandes preocupaciones de análisis; cómodo anatema y cómoda justificación cuando de condenar a un cuadro o apoyar a un régimen reaccionario se trata. Una cosa es el peligro soviético real y otra la utilización que de él hace Pekín para crear una atmósfera de eterno estado de excepción, de movilización continua.

VI EL PLAN «5 7 1»

EL ASUNTO LIN- PIAO

NOTAS DE MI DIARIO

Pekín, 8 de enero de 1974

Las sesiones de participación política continúan desarrollándose una vez por semana. Los especialistas extranjeros tenemos derecho a conocer cuanto se comunica al pueblo chino y de forma idéntica, es decir, sesiones a puerta cerrada en las que se lee (en nuestro caso se nos traduce) circulares o documentación que emanan del Comité Central, y de las cuales está prohibido tomar notas, copiar o llevarse los documentos a casa.

Se trató esta tarde nada menos que del «Expediente Lin Piao». En ambiente de gran secreto se nos sirve lo que hace tres años la prensa mundial publicó en grandes titulares y la prensa china omitió sin comentarios.

El hundimiento del vicepresidente Liu Shao-shi durante el período 1966-69 es complementario a la exaltación y apogeo del también vicepresidente Lin Piao. Durante la revolución cultural, la inmensa habilidad de Mao Tse-tung concentró las baterías de una juventud embriagada por la euforia de una desacostumbrada libertad contra la persona de Liu. En él, en su esposa y algunos de sus compañeros se concentraron todos los males, en él vieron los guardias rojos la encarnación del Mal.

Al mismo tiempo, los medios de comunicación ponen en primer plano la figura de Lin Piao, estricto, severo, presentado continuamente como «camarada de armas elegido del presidente Mao», «mejor alumno del presidente Mao». Lin ocupa además un cargo importante: ministro de la Defensa Nacional. Representa, pues, a una institución esencial: al Ejército. Ese Ejército y su jefe serán presentados como guardianes de la pureza ideológica y de la fidelidad a Mao. El E.P.L. se encarga de la difusión y estudio masivo de las Citas escogidas de Mao Tse-tung, el pequeño Libro Rojo, que ya había sido puesto en uso entre los soldados anteriormente. Personajes de primera fila, de peso político, son derribados, denigrados y ridiculizados incansablemente. Desaparecen Liu, organizador del Partido Comunista chino durante los primeros movimientos revolucionarios de Shanghai, miembro del Comité Central desde 1927, secretario general en 1943, presidente de la República hasta 1966, unido a Mao por decenios de colaboración, autor de Acerca del Partido. Cómo ser un buen comunista; desaparece su mujer, Wang Kuang-mei, a la que su gusto por la elegancia en el vestir y la tradición de su belleza valieron las fáciles y bajas humillaciones personales y caricaturas de los guardias rojos; desaparece el alcalde de Pekín, Peng Chen; el secretario general del Partido, Teng Hsiao-ping; el jefe del Estado Mayor del Ejército, Lo Jui-chin; desaparece el ministro de la cultura, Lu Ting-yi.

Cinco años después, sin comentario alguno, Teng Hsiao-ping es desempolvado y colocado en primer plano político, y una breve reseña en las páginas interiores del Diario del Pueblo señala la muerte por enfermedad de Liu Shao-shi.

El E.P.L. aboga en las escuelas, institutos y fábricas por el orden y la vuelta a la normalidad, por que los obreros, olvidados de bajas reivindicaciones materiales, se entreguen en cuerpo y alma a la producción y al pensamiento maotsetung; por que los equipos de colegiales, estudiantes, profesores, jóvenes intelectuales, se disuelvan, evacuen los centros, salgan de las ciudades y permanezcan unos años trabajando en el campo y reeducándose en las granjas del E.P.L.

En noticiarios y prensa, el afilado rostro de Lin Piao asoma invariablemente detrás del rubicundo de Mao. El IX Congreso

del Partido Comunista chino, en abril de 1969, es la apoteosis de este estratega y líder célebre de la Gran Marcha, general afamado durante la campaña de Manchuria. Lin es elegido en el IX Congreso Vicepresidente (con mayúscula. Antes había varios, pero ahora es él el único) del Buró Político del Partido Comunista chino, delfín lógico del Presidente. Lin es, por definición, el más maoísta de los maoístas. El país entero, y Lin en cabeza, abrazan un culto a la personalidad de Mao tan abrumador, tan extenso, tan exclusivo, como no creo que se haya practicado jamás hacia ser humano alguno, emperador o no, en el pasado.

El delfinazgo es breve. Pero, entretanto, los elogios a Lin llueven sin interrupción de los medios de comunicación oficiales (que son todos porque no hay otros). Tres meses antes de la desaparición del Vicepresidente, cuadros de alto rango —no digamos ya el pueblo— proclaman con ardor a los visitantes que Lin ha hecho ondear siempre muy alto la gran bandera roja del pensamiento maotsetung, que se ha distinguido en su lealtad y firmeza defendiendo la línea proletaria del Presidente. El 1 de mayo de 1971, Lin y Mao aparecen juntos en la tribuna de Tien An-Men. Al día siguiente la fotografía de Lin en el Diario del Pueblo tenía casi el mismo tamaño que la de Mao. Junto al culto solar del Presidente, el culto lunar, reflejo, de Lin hacía progresos.

Tras el 1 de mayo, de Lin nunca más se supo. El día de la Fiesta Nacional, el 1 de octubre, por primera vez desde 1949 no hay gran desfile con presencia de Mao y del Buró Político en Tien An-Men.

—¿Pero en septiembre los periódicos no dijeron nada? — pregunté a Mei, cuando estaba en Sian.

—Nadie sabía nada, no. Nos extrañó que se suprimiera el desfile; también que el Diario del Pueblo no trajera fotos del Presidente y de Lin. Citaba, sin embargo, el nombre de Lin entre los que habían celebrado el 1 de octubre.

—¿Estaba muerto por entonces!

—No lo sabíamos...

—Y ¿no supusisteis nada?

—En el Primero de Año su nombre no fue citado y ya pensamos que algo extraño ocurría.

Sin embargo, los periódicos occidentales publicaron la rocambolesca huida y muerte de Lin en accidente de aviación, cuando en un *Trident* se dirigía con su mujer, Yeh Chun —miembro del Buró Político—, su hijo y algunos cómplices, hacia la U.R.S.S. Falto de carburante, al parecer, el avión se estrelló en Mongolia Exterior, cerca de Under Khan. China se desentendió oficialmente de la historia y los maoístas europeos respondieron con una sonrisa conmisericordiosa a los profanos que les hacían preguntas sobre Lin. Aquello, por supuesto, no era sino uno más de los absurdos rumores que inventaba sobre China Popular la prensa burguesa; no sabían pensar sino con moldes europeos y creían que en China había golpes de Estado fallidos, asesinatos, desapariciones, luchas por el poder, como en los corrompidos países revisionistas, capitalistas! No, China era otra cosa, estaba muy por encima de tales manejos.

En el otoño de 1972 comenzó por primera vez a circular en China, entre los cuadros, un documento, venido naturalmente del Comité Central, en el que se ratificaba la muerte de Lin Piao y sus compañeros en un intento de fuga, en Mongolia Exterior, el 12 de septiembre de 1971. El primer ministro chino, Chou En-lai, presentaba ante una delegación de directores de periódicos americanos de visita en China, el 7 de octubre de 1972, un informe tan repleto de acusaciones como falto de pruebas reales sobre las divergencias de Lin con Mao, su oposición a éste, los complots tramados contra la vida del Presidente y la desesperada fuga final en un avión sin suficiente carburante, sin operador de radio. Según Chou, los diplomáticos chinos en Mongolia Exterior, habiendo sido informados de la caída del avión, habrían llegado los primeros al lugar del accidente, e identificado y fotografiado los cuerpos, aún reconocibles, pero no cuando los soviéticos llegaron y los exhumaron; entonces ya no era posible identificarlos. Chou no dijo por qué.

Conviene tener en cuenta que Mongolia Exterior es considerada como aliada de la U.R.S.S.; que, los soviéticos aseguran que en el «Trident» que se estrelló en Under Khan no había, según la autopsia de los cadáveres, nadie de más

de cuarenta años, lo que descarta a Lin Piao y a su mujer; que en enero de 1972 un portavoz del Gobierno chino declaró oficialmente ante una delegación parlamentaria francesa que Lin estaba muerto política pero no físicamente; que el príncipe Norodom Sihanuk declaró en octubre de 1971 haber de labios de Chou En-lai que Lin Piao vivía; que no hay razón para que los diplomáticos chinos llegaran a los restos del «Trident» antes que sus colegas soviéticos; que se sabe que en Pekín hubo una reunión a alto nivel en septiembre de 1971.

Comenzó entonces en China la eliminación social de Lin, semejante a la de Liu, pero más violenta. El «mejor alumno del presidente Mao» fue presentado por los medios de información como el símbolo del Mal. Lin había sido traidor prácticamente desde la infancia y arrastrado sus perversos instintos durante medio siglo gracias a la magnanimidad del Presidente, siempre propicio a perdonar a la oveja arrepentida. En realidad se emplearon en la labor de denigración las mismas técnicas del culto con sentido contrario. Los excesos de la adoración cultural, las fiebres de la ultraizquierda, la adoración desmedida al Presidente, las insignias, estatuas, citas, todo se puso en la cuenta negativa del traidor Lin, que se valía de ello para mejor disimular su complot. Mientras tanto, los encargados y simpatizantes de los centros de amistad con China repartidos por Europa quedaban ante los paganos que les preguntaran en tiempos sobre el asunto Lin Piao en el mayor de los ridículos. Recuerdo la expresión y la ironía de un amigo al que yo le había respondido, cuando me citaba artículos de la prensa del otoño de 1971 sobre la desaparición de Lin, con mi mejor suficiencia de iniciada en el maoísmo, que «en China no pasaban ese tipo de cosas». Recuerdo, pues, bien su tono al comentar el asunto un año más tarde. En los centros de amistades con China se hicieron horas extras arrancando el prefacio de Lin Piao del «pequeño Libro Rojo», cortando su imagen de las películas chinas. Generalmente, los chinos juzgan el nivel crítico de la gente en Europa según el de su país, y les preocupa poco armar con versiones lógicas y hechos

convincentes a sus incondicionales de Occidente, ni tampoco se ocupan de irles teniendo al tanto de los cambios, así que los amigos de China (léase del Gobierno chino) suelen hacer periódicamente el ridículo. Por lo general, mientras ellos están aún corriendo en la dirección indicada por las últimas consignas con las orejeras puestas, ya hace tiempo que los chinos dieron una vuelta de ciento ochenta grados. Los incondicionales, sin tiempo de tomar la curva, se estrellan, rectifican como mejor pueden en ansiosa espera del documento oficial chino que les ahorrará las angustias de la duda y de la pecadora crítica, se reajustan las orejeras, y se embalan de nuevo.

Pero también los más insignes periodistas y conocedores de China, comensales de Mao y Chou En-lai, publicaron como resultado de sus visitas la víspera de la desaparición de Lin Piao su impresión de una China políticamente estabilizada, con un Buró Político armonioso y un Mao y un Lin en las mejores relaciones.

En todo caso, Mao quedaba de nuevo, y más que nunca, solo, como el astro del día, eliminados Lin y sus simpatizantes, Liu y los suyos. La táctica del juego con las facciones y la decapitación de la preponderante en exceso, es típica de los dictadores largo tiempo en el poder. Mao quedaba solo, secundado por la eminencia diplomática y gris de Chou En-lai.

Mejor es dejar a la alta política y a los doctores la disquisición sobre el significado del asunto Lin. Particularmente me atañe lo que el fenómeno representa respecto a la gente de China, a las personas que conocí. Tras repetírseles por encima de toda saciedad las virtudes de Lin, los aciertos y alabanzas a las directivas de Mao que él encarnaba mejor que nadie, etc., he aquí que, con un año de retraso respecto a los hechos, se sumerge a la población en campañas masivas de signo contrario (lo que, dicho sea de paso, no les deja tiempo de pensar en sindicatos y otras nimiedades). De tal comportamiento sólo puede deducirse algo tan alarmante como que la gente de China practica —por obligada directiva estatal— un régimen de tragar sin masticar, que

la destrucción del espíritu crítico y la anulación de la facultad de análisis y de reflexión personal no son, como siempre creímos desde Europa, burdos ataques capitalistas burgueses contra el socialismo chino, sino que hay, mal que nos pese, mucho de verdad, y de una verdad de terrible magnitud.

—Mei —pregunté en Sian—, pero ¿cómo es posible que, si Lin era tan traidor como dicen, no se haya descubierto antes?

—Es que era un hombre de doble faz —me dice Mei, repitiendo la justificación oficial, como si este tipo de afirmaciones pudiera reemplazar al más débil argumento lógico. Y Mei era una mujer lista, despejada, práctica.

Dentro de unos meses, o unos años, la próxima campaña estatal difundirá las consignas del momento, pintará de blanco lo que hoy es presentado como negro, y viceversa, y lo hará como si siempre hubiera sido así y como si la explicación no pudiese ser otra que la que en ese momento se ofrece. Habrá mítines, reuniones, carteles, muchas consignas, ningún análisis; muchos anatemas y juicios categóricos, ninguna prueba; muchos artículos de exégesis, ninguna información real. Los traidores se presentarán como traidores desde siempre. Se rectificará una vez más la Historia, se expurgarán los libros, se borrarán acontecimientos como si jamás hubiesen existido. Y, lo que es estremecedor, nadie parecerá extrañarse, nadie hablará del fresco pasado, nadie se hará preguntas; y se competirá en mostrar a cual mejor su adhesión y su comprensión de los documentos oficiales¹.

1. Estas líneas fueron escritas en 1974. La campaña «contra la banda de los cuatro de Shanghai», desencadenada por el sucesor de Mao, Hua Kuo-feng, en 1976-77 viene a confirmarlas a posteriori.

LA «PRUEBA» DE LA CONSPIRACIÓN

NOTAS DE MI DIARIO

Primavera de 1974

En una reunión política se me muestra el documento sobre el complot, se trata de una serie de fotocopias. El expediente está compuesto de un comentario descriptivo de los amagos de la conspiración tramada por Lin y los suyos antes, durante y tras la celebración del IX Congreso, y del fracaso final del golpe de Estado. Tras ello vienen tres fascículos (los tres me han sido traducidos): uno es el cuaderno fotocopiado que sirvió de borrador del plan del complot llamado 571 (la pronunciación de estas cifras en chino, «u chi i», significa «lucha armada»), está escrito en un cuaderno de anillas, con abundancia de tachones, correcciones y subrayados. Los autores se indica que fueron uno de los fieles de Lin y el hijo de éste, el joven Lin Li-kuo, reputado de genio.

El otro fascículo es un conjunto de fotocopias y fotografías de los participantes en el atentado contra la vida del presidente Mao (se me dice que querían colocar una bomba al paso del tren especial que conducía al Presidente durante su viaje por el Sur). Fallido su intento, estos conjurados de Lin tomaron un avión, pero se les conminó a aterrizar. Entonces se suicidaron todos menos uno, que sólo consiguió herirse. Su foto, culpable y con la cabeza gacha, figura en el fascículo, así como la de un avión ligero.

El tercer cuaderno es una confesión, en la que se descubre todo lo referente al complot. Está escrita por uno de los conjurados.

El expediente se ve completado por una carta dirigida por Mao a su mujer, Chiang Ching, en la cual ya le hacía saber, en 1966, sus aprensiones respecto a Lin, al culto a la personalidad y la «adoración» de su persona, aunque Mao consideraba que no era el momento adecuado para atacar a Lin, pues se precisaba la unión de la izquierda para oponerse al mal mayor

del *derechismo de Liu Shao-shi*, y no había que dividir a las masas.

Me leen el documento en cuestión, y la verdad es que no se me ocurre nada que decir. El «plan 572» más me parece de la serie 007 con mala presentación. Se supone que estas fotocopias de unas cuartillas y estas pocas fotos son pruebas irrefutables. Sin comentarios.

La única opinión razonable al respecto es que en el Olimpo dirigente se hace y se deshace a mil leguas del ciudadano medio, que, al no disponer de información propiamente dicha, sino de directivas por los medios de comunicación estatales, y por la puesta en circulación de documentos a través de ciertos organismos, a partir del Comité Central, entonces se puede lanzar prácticamente cualquier cosa para que sea asimilada por la gente, por absurda y pobre en razonamiento y base real que sea, por contradictoria que resulte respecto a las directivas anteriores. En vano sondeo un deje de análisis, de crítica, en mis colegas. Total apatía y aceptación. En verdad, ¿qué otra cosa podrían hacer?; es lo más indicado. Pero la frase, tantas veces oída, de que los chinos son «el pueblo más politizado del mundo» toma una dimensión tan irónica como entristecedora.

Miro a mis colegas chinos y les imagino sin dificultad participando en todas las danzas en honor al pensamiento maotsetung, con la insignia del Presidente, secundado por Lin, cosida a la solapa, y la imagen del «compañero escogido» como ejemplo de fidelidad. Y luego del rojo se pasa sin transición al negro como la pez. Lin, tras cincuenta años de militar en el Partido Comunista chino, pasa a ser presentado como «traidor», «superespía», y, la guinda del pastel, agente soviético. Los argumentos para demostrar la alianza secreta de Liu y Lin con la U.R.S.S. son por cierto de los más sabrosos. El argumento de peso citado por Chou En-lai respecto a Liu era el discurso de Brejnev en marzo de 1967, en el que éste lamentaba la desaparición del ex vicepresidente, junto con un artículo de Pravda de aquella época sobre el mismo tema.

«En cuanto a las relaciones ilícitas de Lin Piao con los soviéticos, por largas que se pretenda que han sido, lo menos que se puede decir es que, sin embargo, han dejado pocas huellas,

puesto que no se ha encontrado una sola que se pueda mostrar al pueblo. Señalemos finalmente, a título casi humorístico, que, según Le Monde del 5 de septiembre de 1973, el Gobierno actual tendría en sus manos una prueba de la traición de Chen Po-ta: en marzo de 1969 fue a arengar a las tropas cerca de la frontera soviética. Hay que creer que Chen Po-ta aprovechó esta ocasión para conversar con sus cómplices soviéticos por medio de un altavoz a través del río Oussuri. ¿Qué puede decirse de un expediente compuesto de tales piezas?»²

K. S. Karol expresa seguidamente su preocupación por el daño que puede causar a la imagen internacional de China tal forma de presentar los hechos y por la posibilidad de confusión que ello entraña entre los amigos extranjeros de la República Popular. Este periodista esperaba de la sabiduría y buen sentido de Mao, del que dice que «sabía más que nadie a la hora de analizar la situación de su país y las grandes corrientes revolucionarias», así como de dirigentes que conocía en persona, como Chou En-lai, una explicación auténtica. Más grave que el posible empañamiento del resplandor de China en el extranjero, infinitamente más grave que los equilibrios para presentar en la información sobre China narraciones pueriles como única explicación oficial, mucho más serio que todo eso me parece el hecho en sí de que millones de personas, no por chinas menos o más dotadas de cerebro y demás características del «homo sapiens», hayan llegado a ese nivel de acriticismo total. Puede ser que «Mao supiera más que nadie a la hora de analizar la situación en su país», pero es muy posible que también fuera experto en crear situaciones. No veo a mis colegas como personas excesivamente extrañas. Deseo comprender sus reacciones, esa increíble atmósfera de ilusionismo masivo que les sumerge, ese híbrido de religión y catarsis calculada, de fe y carisma, que están en los antípodas del materialismo dialéctico y del razonamiento lógico.

2. K. S. Karol, *La segunda revolución china*. Ed. Laffont, París, 1973.

VII

«¡PI-LIN, PI-KON!»

(CRITICAD A LIN PIAO,
CRITICAD A CONFUCIO)

DOS ENCARNACIONES DEL MAL

NOTAS DE MI DIARIO

Pekín, 5 de febrero de 1974

Actividad política en el Instituto número 2. Pedí asistir, y me encontré sentada entre dos sufridos intérpretes que, con el ardor, espíritu de trabajo y sacrificio propios de los miembros del Partido, se aprestaron a intentar traducir al español frases de Confucio que en chino los propios chinos están lejos de ver claro.

La reunión tenía lugar por la tarde, en el comedor que hace las veces de salón de actos. Profesores, alumnos y personal entraban, silla al hombro, y se sentaban, por secciones. El documento de estudio puesto en circulación por el Comité Central del Partido se trata de frases aisladas de Lin Piao y Chen Po-ta, y de otras de Confucio y Mencio en columna paralela, acompañadas cada una de una explicación e interpretación del Partido sobre el contenido reaccionario y las afinidades ideológicas indudables de los primeros con los segundos. El discurso, que vamos a escuchar durante tres horas (1) consiste, pues, en exégesis y es grabación de uno pronunciado por un profesor de

Historia china de la Universidad de Pei-te en el estadio municipal. Ante mí, espaldas ensanchadas por el abrigo enguatado azul. En cada silla, una persona sumida en una bufanda y diversas capas de prendas de vestir, lee el documento, lee otro libro, escucha, no hace nada, duerme. Buen número de cabezas soñolientas se van apoyando progresivamente, sin pudor, sobre el respaldo de la silla de delante o el hombro del compañero de al lado. Trenzas, gorros de piel, gorras de visera de los chicos y de las chicas soldados.

Durante un buen rato dudo de mis ojos, de mis oídos, de mi comprensión. No. Por muy acrílicas que sean las reuniones políticas, no pueden llegar a esto. Pero sí, ya lo creo que llegan, y pasan. Lo que tengo ante mí es una prueba irrefutable de hasta qué punto pueden dislocarse, invertirse términos, desmigajar la realidad, desdentar la masa gris. Frases, frases aisladas de todo contexto, ayuntadas alegremente con otras supuestamente pronunciadas por Lin, escritas en su correspondencia privada o pintadas en bandas de tela en su cuarto. Y la explicación oficial de cada una. Es para llorar. Aquí quisiera yo ver a los que me decían que los chinos son el pueblo más politizado del mundo.

Y en efecto, casi lloramos cuando me encuentro con Joseph y Lucie, que también han participado en su escuela en una reunión parecida. Joseph tiene la sinceridad de su juventud excitada:

—Todavía no me lo puedo creer. ¡Es demencial! En frasecitas, sin contexto, sin originales, sin análisis, sin pruebas... Todo se lo tragan —se desploma en una silla—. Estoy hecho polvo.

—Son capaces de decir cualquier cosa, de repetir cualquier cosa —añade Lucie, mohína.

Silencio.

—Me haría falta un buen vaso de vino tinto. ¿Tenemos, Lucie?

Con el índice, Joseph dibuja caracteres en el polvo de la mesa. Me dice:

—Imagínate que yo he estado trabajando todo el tiempo en Amistades Franco-Chinas. ¿Cómo vuelvo allí? ¿Cómo explico todo esto? Yo soy amigo de China, continúo siendo un amigo de China, pero... quién nos iba a decir...

—Y si nos lo hubieran dicho no lo hubiésemos creído.

Di-

riamos que era un embuste reaccionario de la burguesía
—respondo.

—Seguro. Había que verlo con nuestros propios ojos,
que vivir esta experiencia... —Lucie ordena maquinalmente
sus papeles de las clases.

La mayoría de los chinos no ha leído las obras confucianas, escritas en un lenguaje extremadamente difícil con veinticinco siglos de antigüedad. El glosario y la explicación serían, pues, necesarios y elogiosos si se dedicaran a facilitar el camino de la comprensión. No es el caso. Al contrario, el Partido ofrece, como es costumbre, no sólo el tema de crítica, sino el resultado ortodoxo de esta crítica y la posición a adoptar. No he observado en ningún momento ni creo que tenga posibilidad alguna de expresarse una conclusión opuesta a la dada por los documentos de estudio distribuidos. El movimiento actual es una vasta campaña de asimilación de los textos y directivas dadas.

Las fábricas, comunas, escuelas, etc., están tapizadas de tadzupaos o artículos compuestos en hojas de formato normal, repitiendo, en distinto orden y de distintas maneras, los editoriales, artículos, discursos y comentarios de la prensa, la radio y los documentos puestos en circulación por el Partido como base de estudio. Se critica a los que no hacen tadzupaos, a los que no participan en el movimiento con el entusiasmo e interés exigidos. En realidad todos se esfuerzan por mostrar su celo y su colaboración, mostrar que han comprendido y asimilado las tesis oficiales, que las comparten plenamente y que las apoyan con el más espectacular vigor.

Las interpretaciones y resoluciones oficiales versan con frecuencia sobre temas no conocidos directamente por las masas. En el caso de la crítica a Confucio o a Mencio, el asombro de mis colegas fue grande al saber que yo los había leído en otros tiempos. No así ellos, lo que no les impedía opinar según las directivas. El documento seguía el siguiente método:

«—Confucio decía: "De todas las cosas, la más importante es dominarse y retornar a los ritos." Confucio quería decir restauración del viejo orden de la sociedad esclavista.

—Lin Piao copió la misma frase en rollos de papel y seda. Su "retorno a los ritos" tenía por fin subvertir la dictadura del proletariado, usurpar el poder supremo del Partido y del Estado, y restaurar la dictadura de los terratenientes y de la burguesía compradora. "Retorno a los ritos" era establecer en China la dinastía fascista feudal —compradora de los Lin.

—Lin Piao también copió y colgó en la pared de su cuarto, en el invierno de 1969, un rollo que decía "Ningún gobernante de dinastía alguna puede sobrepasar al rey Wen, de los Chu". Él se veía a sí mismo como soberano, estaba ansioso de convertirse en jefe de Estado. En 1971 elaboró para ello un plan contrarrevolucionario bajo el título "Esquema de la Obra 571" y lanzó el golpe en septiembre.

—Confucio predicaba la "voluntad celestial" con el único propósito de preservar la dictadura de los esclavistas. De ahí derivó su concepto a priori de que hay quienes "nacen con conocimientos".

—Lin Piao copió en un rollo "El caballo celestial vuela por el firmamento, libre y solo", y lo colgó en el centro de la pared, sobre la cabecera de su cama, comparándose con un caballo celestial y describiéndose como superhombre y genio. Está claro que la teoría del "genio innato" de Lin Piao era una réplica del concepto confuciano de la voluntad celestial.

—Confucio y Mencio empleaban "chung yung" —el justo medio— en el sentido de que todo debía ser hecho según los "ritos", sin caer en exceso ni en defecto (*chung*) y manteniendo la normalidad y la constancia (*yung*). Era una teoría para defender a las clases esclavistas.

—Lin Piao había alegado con virulencia que la lucha de la línea revolucionaria proletaria contra la línea revisionista "se había excedido", era "enteramente izquierdista", "había sido llevada a extremos" y "había creado el desorden". Esto no oscurece en absoluto el brillo de la línea revolucionaria del presidente Mao. Sólo sirve para demostrar que la línea de Lin era ultraderechista, orientada a preservar el sistema viejo. Lin se oponía a la revolución valiéndose de la doctrina confuciana del justo medio. Intentaba así capitular ante el revisionismo soviético.

—Confucio dijo: "La falta de tolerancia en los asuntos pequeños perturba los grandes planes".

—Lin Piao copió este dicho y lo colgó en una pared. Así disimulaba, "toleraba", para dar fin a su gran empresa de usurpar el poder del Partido y del Estado.

—Confucio y Mencio pregonaban que "sólo son inmutables la capa más alta y la más baja, los inteligentes y los necios".

—Lin preconizó esta concepción idealista de la Historia, y vilipendió a los trabajadores afirmando que sólo pensaban en cosas como "aceite, sal, salsa, vinagre y leña".

—Confucio y Mencio propugnaron la "virtud", la "benevolencia y la justicia", la "lealtad y la indulgencia".

—Lin Piao clamó que "aquellos que gobiernen con virtud, prosperarán; aquellos que gobiernen con violencia, perecerán". Utilizó sentencias confucianas para atacar malignamente la violencia revolucionaria y la dictadura del proletariado.

—Confucio y Mencio pregonaron que "quienes trabajan con la mente gobiernan; quienes trabajan con las manos son gobernados".

—Lin Piao atacó el camino de las "escuelas del 7 de mayo" diciendo que era una forma de trabajo forzado y de ocultar el paro.»¹

Así se presenta como conclusión, en los documentos dados a las masas para que critiquen a Lin y a Confucio, lo que ya se daba al principio de cada texto como premisa: la estructura ideológica de Lin era idéntica a la de Confucio, y la primera como la segunda pretendían establecer de nuevo el viejo sistema; en el caso de Lin se trataba de restaurar el capitalismo. El pueblo chino es extremadamente sensible a todo lo que puede significar un retroceso, por pequeño que sea, hacia un pasado recordado por la generación

1. El método seguido en el movimiento de crítica a Confucio y Lin apareció en *Pekín Informa* del 20 de febrero de 1974. El rey Wen pertenecía a los Chu del Oeste. La frase sobre el caballo viene de un poeta antiguo. Las «Escuelas del 7 de Mayo» son centros de trabajo físico, generalmente agrícola, creados por directiva de Mao. El supuesto «ataque» de Lin a dichas escuelas viene de *Pekín Informa* del 13 de febrero de 1974.

madura y los ancianos como una pesadilla. Puesto que la finalidad de Lin Piao era hacerles volver a aquella miseria —según los documentos dados a estudiar—, la indignación se enciende como la paja.

LA TÉCNICA DE LAS CAMPAÑAS POLÍTICAS

La crítica a Confucio, Mencio y Lin Piao es un ejemplo de la forma en la que el Partido lleva a cabo una campaña. En la doctrina confuciana se plasmaron y embalsamaron para uso futuro las reglas minuciosas y conservadoras de una sociedad patriarcal. No es de extrañar, pues, que los progresistas chinos, y Mao entre ellos, hayan renegado de Confucio en algún momento de sus vidas, mientras que, en otras ocasiones, no dudan en emplear sus citas. Ya bajo el Partido Comunista, en 1963-64, un periódico difundido entre los medios académicos intelectuales, el *Kuangming (La Luz)*, desplegó una campaña de crítica al historiador Wu Han, el cual había sostenido la utilidad de ciertos elementos de la moral confuciana. Un profesor poco conocido en la Universidad de Kwangchow, Liu Chieh, fue también atacado a toda batería por *Kuangming* por la misma razón: haber enseñado que la filosofía de Confucio contenía valores aplicables a la sociedad socialista. En realidad eran tiempos de depuración de ciertos intelectuales —el más conocido de los cuales era Wu Han—, por el acostumbrado método de trillar a posteriori su obra y sus palabras para sacar de ellas algunos cabos que les permitieran lanzarse a un ataque total. *Kuangming* empleó términos como «contrarrevolución y traición», que no auguraban precisamente un brillante porvenir para Liu Chieh.

Los documentos del X Congreso insistían en la importancia de «continuar realizando con éxito la campaña de crítica a Lin Piao y de rectificación del estilo de trabajo». El comienzo del año escolar fue testigo de la campaña por la «revolución educativa» (conviene tener presente que en China se emplea cotidianamente el vocabulario militar

y militante para movimientos y actividades perfectamente dirigidos y moderados).

En octubre fueron viendo sistemáticamente la luz una serie de editoriales del *Renmin Ripao* sobre la crítica a Confucio, «ideólogo y defensor encarnizado del sistema esclavista». Se comentaba, en perspectiva histórica, los esfuerzos de Confucio por apuntalar el antiguo sistema social esclavista, que se iba desmoronando a causa de la aparición del feudalismo —progresista en relación con el esclavismo— y de la escuela legalista que agrupaba a los partidarios de una fijación de la ley. El *Renmin Ripao* atacaba, sobre todo, ciertos preceptos confucianos —y más tarde veremos por qué—: el de la «benevolencia» o amor indistinto a todos los hombres (que los marxistas chinos emparejan con el humanismo y abominan por incompatible con la lucha de clases y con el desprecio del propio Confucio hacia los trabajadores). El moralista aplicó en todo caso su frase «No hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti» de forma discutible al ordenar la ejecución del progresista Chaotcheng Mao (497 a. de C.) y al despreciar olímpicamente a mujeres y pueblo.

Por otra parte, continuaron apareciendo artículos para exhortar a la crítica de Lin Piao y su camarilla, que «trataban de poner nuevamente en pie a los terratenientes y a la burguesía». El mensaje de Año Nuevo de 1974 del *Renmin*, de *Bandera Roja* y del *Diario del Ejército de Liberación* decía: «Ante todo, es imperativo continuar profundizando y realizando con éxito la campaña de crítica a Lin Piao y de rectificación del estilo de trabajo... La crítica a Lin Piao, la crítica a la esencia ultraderechista de su línea, es una crítica al revisionismo. Debemos hacer pleno uso de Lin Piao como ejemplo negativo para impartir a los cuadros y a las masas populares una educación respecto a la lucha y a la prevención contra el revisionismo..., debemos asumir una actitud correcta hacia la gran revolución cultural proletaria..., debemos llevar hasta el fin la revolución en la educación y en la salud pública, en el arte, la literatura, y en otros terrenos. Debemos continuar la crítica a las

ideas de rendir culto a Confucio, a quien adoran reaccionarios de dentro y fuera de China y los cabecillas de las líneas oportunistas. Todo ello constituye parte esencial de la crítica a Lin Piao.»

En realidad, la contradicción entre el papel de Lin durante los años en que fue el «mejor alumno del presidente Mao», y el empleo que hoy se hace de su persona, ligada a restauraciones capitalistas, feudalistas, es una contradicción tal que resulta de lo más cómico. Todo está amasado sin una sola prueba real y concreta. Se concentran los males, se mezclan con las actuales consignas, se salpica entre caracteres rojos o blancos los nombres de Lin y de Confucio en tinta negra y la crítica está servida, servida a un público al que lo mejor que cabe desear ante este tratamiento es una piadosa amnesia. Si no hubiesen existido Lines y Lius hubiera habido que inventarlos, y, de todas maneras, es lo que se ha hecho.

Las campañas de crítica tienen su lado positivo: sirven para denunciar, con razón o sin ella, a infractores de la moral y de las directivas, dan salida al vapor permitiendo el ataque a un superior. Así se ha denunciado en escritos a los dirigentes que hacen ingresar a alumnos en universidades por recomendación, etc. Los profesores, por su parte, son acusados por los alumnos de tratar a los de origen campesino con desprecio, como si fueran incapaces de asimilar la cultura. Los periódicos publicaron una serie de cartas, como la del joven Tchong Tche-min, que se autoacusa de haber entrado en la Universidad de Nankín por enchufe de su padre. Otro muchacho, Tchang Tche-sheng, expone cómo habiendo ido al campo tras sus estudios secundarios y trabajado allí dieciocho horas diarias en un equipo de producción durante la cosecha —trabajo al que se entregaba con gusto y ardor para servir al pueblo— no tenía tiempo de repasar sus lecciones. Suspendió, pues, en los exámenes de ingreso en la facultad. Tchang acusa un fallo del sistema que parece favorecer a los empollones en detrimento de los que se ocupan del bien común. Los «dockers» de Shanghai protestaron contra la tendencia a confinarlos

3

en el trabajo y que los cuadros dirijan solos. El *Renmin Ripao* del 7 de febrero insertó en primera plana una carta de Pai Chi-sien, licenciada en la Universidad de Yopei, que se instaló después en el campo y se casó con un campesino. A causa de ello no faltó quien la criticara, y su propio padre se mostró disgustado de que su hija, universitaria, hubiera echado por la ventana su futuro. La joven responde a las críticas y ataca a los que desprecian a los campesinos, recordando las palabras de Mao: «Aun con sus manos negras y sus pies sucios de boñiga, eran más limpios que los intelectuales burgueses y pequeño-burgueses.» También tuvo gran alcance la carta de Juang Shuai, de doce años de edad, publicada en el *Renmin* del 28 de diciembre. Esta alumna de primaria criticó acerbamente el autoritarismo confuciano de su maestro, considerando su intransigencia un freno para la revolución educativa. Como en la polémica así entablada algunos la criticaran, la niña respondió con una carta pública de respuesta, que muestra una curiosa precocidad para su edad, diciendo: «¿Ha sido eliminada la perniciosa influencia de la línea revisionista? ¿Se permite que los niños participen en la revolución educativa? ¿Saben ellos cómo hacer la revolución? Debemos llevar hasta el fin la revolución proletaria en la educación...» Y esta niña tan avanzada para sus años termina la carta aplastando definitivamente los argumentos de su refutador con una cita de Lenin.

Quedamos en que Lin Piao era un conspirador y un confuciano. ¿Pruebas? Frases copiadas por Lin en seda y colgadas en su dormitorio, las cuales no son por cierto mostradas al pueblo, que para eso está la fe. Sobre esto el *Pekín Informa* del 20 de febrero de 1974 dice:

«Lin Piao copió esas basuras confucianas y efectuó actividades contrarrevolucionarias encaminadas a una restauración, proclamó enfebrecidamente que quería 'liberar políticamente a todos', es decir, a los enemigos de la dictadura del proletariado, en un intento de restaurar el capitalismo mediante la rehabilitación de los terratenientes y la burguesía derrocados por nuestro Partido, nuestro Ejército y nuestro

pueblo bajo la dirección del presidente Mao. Si ello hubiera ocurrido, habrían cabalgado nuevamente sobre las espaldas del pueblo los grandes y pequeños terratenientes despóticos, como Juang Shi-yen y el Tirano del Sur (villanos de dos ballets modernos revolucionarios muy conocidos: *La muchacha de los cabellos blancos* y *El destacamento rojo de mujeres*, respectivamente). El renegado agente enemigo y traidor Wang Ming y sus semejantes habrían retornado jactanciosamente al poder y se habrían convertido en 'huéspedes de honor' de la dinastía Lin. Miles y miles de revolucionarios habrían perecido bajo su cuchillo de verdugo contrarrevolucionario, y la miseria se habría abatido de nuevo sobre millones de campesinos y obreros. En el plano internacional, Lin Piao y su camarilla actuaban de acuerdo con el lema tomado de Mencio 'Los Estados pequeños consideran amos a los grandes', y se dedicaron a actividades capitulacionistas traidoras y contrarrevolucionarias, buscando el patrocinio del socialimperialismo revisionista soviético, la unión con el imperialismo, el revisionismo y la reacción contra China, contra el comunismo y contra la revolución. Si la conspiración de Lin Piao, el superespía, hubiera logrado éxito, la hermosa tierra china habría sido hollada por los tanques de los revisionistas soviéticos, los gangsters socialimperialistas habrían corrido a voluntad por China y el pueblo chino habría sido subyugado y esclavizado.»

Este artículo será en su día, sin duda, precioso como ejemplo de caricatura de artículo político y de hasta qué punto puede ser presentado con toda seriedad un folletín por un órgano oficial de prensa. No se necesitan comentarios; el tono es tal que lo dice todo del nivel de autores y públicos. El recurso a los archiconocidos prototipos de malvado que aparecen mil y mil veces al año y en los que se coagula el odio popular... Y ¿qué decir de la acusación de prosovietismo y política capitulacionista a un hombre que justamente representó la línea dura y pura? Precisamente fue tras la desaparición de Lin cuando se inician los abrazos con Estados Unidos y el gran cambio de la política china a escala mundial, con establecimiento de relaciones diplo-

máticas. Suponer que Lin hubiera abierto las puertas de la hermosa tierra china a los bandidos soviéticos es alto melodrama y es, por parte de los autores del artículo, doctorar en estupidez al pueblo y al Gobierno chino, los unos por embuchar sin escupir tales tesis; los otros por dejar campar a sus respetos durante años a un peligro público, a un superespía de esa clase, por mucha doble, y aun triple faz, que tuviese.

Adhesiones a la tesis oficial. Los obreros de la Fábrica de Artes Aplicadas de Pekín declaran: «Antes de la liberación, nosotros, el pueblo trabajador, éramos esclavizados y explotados. Muchos trabajadores perecían de inanición y frío en lugares desolados. Ninguna clase dominante, sin embargo, expresó su "benevolencia" o "justicia". Su "benevolencia", "justicia y virtud" sólo significa devorar a la gente. La doctrina de Confucio es de explotación y opresión. Al rendir culto a Confucio, Lin Piao tenía el propósito criminal de restaurar el sistema de explotación de la clase terrateniente y la burguesía, y hacer que el pueblo trabajador viva otra vez en la amargura. Esto es inadmisible.»

Y una campesina de cincuenta y siete años dice: «Lejos de "amar a todos los hombres" lo único que hacían Confucio y sus descendientes era devorar a los hombres. Los de la "casa de Kung" (los antiguos terratenientes) musitaban que la suya era una casa de "benevolencia, justicia y virtud", pero realmente estaban podridos por dentro... Cuando mi marido cayó enfermo por exceso de trabajo, fue despedido..., (los terratenientes) forzaron a mi suegra a dejar a su propia niña recién nacida para amamantar a la de la "casa Kung"... Cuando se le secó la leche fue despedida sólo para ver cómo su propia hija moría de inanición... Cantando la "benevolencia y el amor" de Confucio, Lin Piao quería que nos olvidásemos de la lucha de clases y dejáramos que regresaran los terratenientes y los capitalistas. Nosotros, los campesinos pobres y los campesinos medios de la capa inferior, jamás lo toleraremos.»

Las armas presentadas por el Partido como las indicadas para llevar a cabo el movimiento de crítica son «las obras

de Marx, Engels, Lenin y Stalin y las obras del presidente Mao, así como instrucciones de éste sobre la crítica a Lin Piao y Confucio y los documentos correspondientes recomendados por el Comité Central del Partido».

Verdad es que el tradicionalismo conservador de Confucio, clasista y despreciativo, no es sin embargo un cadáver, o si lo es, es un cadáver que aún continúa descomponiéndose en plena sociedad china. Fábricas, tallercitos de barrio, escuelas, restaurantes, etc., se han cubierto no sólo de tadzupaos, sino de grandes dibujos caricaturales, a veces excelentes, en los que un Confucio, un Mencio y un Lin ataviados de raídos mandarines y flacos villanos de teatro, con moños y coletas al antiguo estilo, largas uñas de letrado, rostros amarillo-gris o con el verdoso maquillaje con que los actores representan el papel de «malos» en las tablas, se ridiculizan en ambiciosas conspiraciones y en complots con los enemigos de China. El rostro de Lin, apepinado y calvo, con espesas cejas negras, se presta al dedillo para la caricatura. Pero lo más evidente es el odio que de esos dibujos se desprende hacia la sociedad del pasado y sus mandamás, aquellos letrados que tenían el monopolio de la cultura y a los que los famosos exámenes imperiales para la administración pública —basados en las obras confucianas como texto—colocaban en el mullido puesto de mando. En la caricatura, pues, hace irrupción la figura sólida del campesino, del obrero —ojos encolerizados y temibles, boca despreciativa, puños enormes—, ante los que Confucio, Mencio y Lin Piao se achican, se minimizan, se miserabilizan, hasta ser arrojados a la basura por las vigorosas paletadas de un soldado de luminosa estrella roja en la gorra, de un fornido campesino, de un musculoso obrero.

Son graciosas las caricaturas de Lin, su esposa y su hijo. Lo resultan menos cuando se piensa que este hombre ridiculizado fue uno de los militantes más antiguos del Partido Comunista de China, un combatiente de los tiempos difíciles y un estratega notable. En este país, donde el buen nombre tiene tanta importancia, hay una triste indignidad en los métodos empleados contra Lin y su memoria.

Desenraizar el espíritu confuciano, en el que, como en las demás religiones y morales, cristalizó la defensa de los privilegios de una sociedad, de las formas de opresión ejercidas por su capa privilegiada, es una tarea considerable. Y, sin embargo, el método mismo de llevar a cabo esta crítica, las reuniones a horas fijas y en ordenadas filas, las tesis correctas que encabezan los documentos de estudio antes de que el problema mismo sea expuesto, el alejamiento de lo concreto, el clima escolar, me recuerdan paradójicamente a un estilo confuciano por lo moralista y doctrinal.

Digamos que todo asegura al sistema un asentimiento popular del 100 por 100 (al menos aparente, puesto que en todo discurso figuran siempre presentes los «enemigos de clase», sin los cuales el campo de batalla ideológico-político quedaría descabalado). La declaración de Chou En-lai durante el discurso de bienvenida al presidente Kaunda, de Zambia (de visita en China a últimos de febrero de 1974), en la cual se hacía público que la campaña de crítica a Lin Piao y a Confucio había sido iniciada y dirigida por el presidente Mao mismo, suscitó apasionados comentarios dentro y fuera de China. Se recordó que el presidente Mao había advertido en 1966 que «los demonios vuelven a la superficie» cada cierto tiempo y que habría que hacer, pasados seis o siete años, una nueva revolución cultural. Como esto se dijo hacía siete años y la revolución cultural también comenzó por un movimiento de crítica desencadenado por Mao en persona, se empezó, pues, a hablar de «segunda revolución cultural», aserción muy tentadora para la prensa occidental, pero enternecedoramente ingenua por su sensacionalismo, evocando una situación que está bien lejos de ser lo que el título sugiere. De todas maneras, según la tesis china, puesto que la primera revolución cultural no ha terminado, mal podría haber comenzado una segunda.

En un artículo aparecido en la revista *Triunfo* se aventuraban una serie de posibilidades sobre el destino real de las críticas, y se especulaba con Confucio-Chou En-lai. Todo lo que se puede decir al respecto es que el primer ministro parecía encontrarse en perfecta salud política, que

se le vio y oyó en todos los actos oficiales y recepciones dadas a ilustres visitantes,»y que —aunque los precedentes dos «primeros» después de Mao corrieron la suerte que se sabe (Liu Shao-shi y Lin Piao) y el dicho popular reza que no hay dos sin tres— el historial de Chou En-lai es demasiado meritorio, su presencia junto a Mao era demasiado indispensable para eliminarle. Es evidente, sin embargo, que Chou y su línea debían tener enemigos dentro del Partido, sobre todo en lo que respecta a su forma de tratar la política exterior.

Otro asunto en el que Chou En-lai estuvo visiblemente implicado y en el que sí parecía ser seriamente atacado es en lo que respecta a la rehabilitación de cuadros y dirigentes criticados y depuestos durante la revolución cultural. La prensa extranjera habló de un conflicto entre los «moderados» (Chou En-lai) y la «izquierda» (grupo de Shanghai: Wang Jong-wen, Yao Wen-yuan, etc.). Precisamente el primer artículo de crítica a Confucio apareció el 7 de agosto de 1973, es decir, poco antes del X Congreso, y tenía como tema el peligro de la rehabilitación de los aristócratas en la sociedad confuciana.

Sin embargo, el caudal de indignación amasado pacientemente, día a día, exhaustivamente, será dirigido en su momento contra enemigos más próximos que Confucio y Lin Piao, pero esto aún tardará. Primero se irá afinando la puntería, condenando implícitamente. Los pertenecientes a la camarilla de Lin Piao y Confucio sólo serán nombrados al final, si llegan a serlo. Se trata a fin de cuentas de una depuración en el seno del Partido en un momento de lucha por el poder. La táctica de acusación china —con su práctica usual de la delación-, si bien tiene sus ventajas, produce un clima muy vivamente sentido y muy especial de prudencia, reserva, introversión y toda una serie de tácticas de salvaguardia y cautela, pero procurando combinarlas con las necesarias muestras de entusiasmo.

DIFICULTADES DE LA CRITICA

La crítica de la realidad china nace en el observador honesto de izquierdas marcada por cierta impresión de pecado, de ignorancia, de error, de atrevimiento, de precipitación. La cautela en los juicios, a fuer de remachada, no tarda en transformarse en cierto eclecticismo rosa con añoranzas de fe de carbonero o recurso a la autocensura. Además, al alcance de la mano se hallan sólidas premisas irrefutables (el «especial carácter oriental», el «China no es Europa», el «esto es otro mundo», argumentaciones del tipo «lo que importa es que antes se morían de hambre y ahora comen», etc.) que dispensan del análisis y reemplazan el estudio concreto de una realidad concreta por una aceptación de corte metafísico que no es marxista, sino en el vocabulario empleado.

Por su carga de mito, por la identificación abusiva llevada a cabo por ciertos partidos de izquierdas entre China Popular y el comunismo, el socialismo, el mundo mejor, la probeta del hombre nuevo, por desconocimiento y por prudencia, por temor a hacer el juego a las derechas, se ha mantenido en torno a China un respetuoso círculo de silencio o de rendida admiración. Ha hecho falta que algunas actuaciones maoístas en política exterior alcancen grados realmente demenciales para que se esboce un tímido y culpabilizado análisis racional de la situación concreta china, de su sistema. El perder de vista las orillas de los dogmas, de las bellas máximas, es una posición inevitablemente angustiosa.

Vivir en China es en verdad más soportable para un burgués, un hombre de derechas o un despolitizado, que para un comunista o socialista. El que llega a China viene a veces a comprobar con sus propios ojos si, realmente, en este gran trozo del planeta se está produciendo el fenómeno único de la inexistencia de la explotación del hombre por el hombre. Cada acto, cada comportamiento de los chinos, cada hecho, tendrán, pues, un significado. Largo futuro de preguntas espera al marxista en China, y son

preguntas apasionadas, porque de las respuestas depende en buena parte la suerte de todos.

Contra el fácil recurso a naturaleza y condiciones demasiado específicas para ser abordadas por un extranjero, sorprenden manifestaciones de chinos que se asemejan en su contenido a las reivindicaciones de los derechos humanos que pudiera tener un occidental. Esto se ha constatado en las raras ocasiones en que se han producido ligeros «escapes» en el muy perfecto control de noticias que lleva a cabo el sistema oficial chino de filtros: las críticas al sistema formuladas durante el movimiento de «Las Cien Flores», en 1956; la prensa clandestina que circuló durante la revolución cultural, las manifestaciones prestamente reprimidas durante las honras fúnebres de Chou En-lai el Día de los Difuntos, en abril de 1976, todo esto abona la existencia de necesidades y reivindicaciones de flagrante semejanza en el «oriental impenetrable» y en el occidental.

Sin embargo, es cierto que las aquiescencias ahogan, con sus toneladas de consignas unánimes en China, la observación de lo que en Occidente llamaríamos una oposición. Cierta también que nada más fácil que, siguiendo el uso maniqueo, clasificar cualquier oposición al régimen de Mao como un intento reaccionario de vuelta al capitalismo y de entrega al imperialismo. El automatismo del esquema ahorra preocupaciones y trabajo mental y garantiza la buena conciencia socialista.

EL OESTE TAMBIÉN ES ROJO

¿POLÍTICA O CATEQUESIS?

Las sesiones de política eran, pues, nada más que reuniones encuadradas por el Partido, a partir de documentos y directivas dadas por él. Aquello no tenía nada que ver con lo que un marxista, un socialista, cualquiera, yo misma, hubiera llamado hacer política, discutir, analizar, confrontar opiniones, etc. A lo que más se asemejaban era a los ejercicios espirituales de mi colegio, a las reuniones de catequesis (recuerdos ante los cuales toda mi cabellera espiritual se me ponía de punta). Lo eran por la infalibilidad evidente de las premisas, por su verticalidad (una especie de sindicatos verticales ideológicos), por su presentación desconectada, lista para ser consumida, por el supremo argumento de autoridad de la persona de la cual emanaban: Mao Tse-tung. Era una curiosa forma de participar en la política, todos allí sentados, escuchando. Pronto comprobé que el sistema era parejo en todo tipo de reuniones, para los chinos como para nosotros los extranjeros. Sólo faltaba ver descender las lenguas de fuego. No sé si mi reacción fue desmesuradamente violenta y angustiada a causa de mi repugnancia por todo lo que reprodujera el comportamiento religioso, mi vieja repugnancia, bien grabada por el catolicismo y la moral españoles de mi niñez. Lo que sí es objetivamente cierto es que aquello de ninguna manera era crítica ni análisis.

Si fuera de las sesiones hubiera habido charlas, reuniones entre la gente, el hecho de que el Partido Comunista, en tanto que partido único y dirigente oficial del Estado, impartiera sus directivas de tal forma, no hubiese sido excesivamente chocante. Lo admirable consistía en que cada

vez parecía más evidente que nada se llevaba a cabo fuera de aquel sistema, sistema que veía yo luego reproducido en conversaciones, comportamientos, hábitos mentales, forma de reaccionar. Inmediatamente cabía preguntarse cómo los extranjeros que conocí en Pekín o los que estaban conmigo en Sian no mostraban al menos extrañeza ante esa exégesis, bautizada arbitrariamente como crítica, y —lo que era el colmo de la ironía— como crítica dialéctica y marxista. Muchos desde luego consideraban el sistema chino algo «de ellos», como el comer con palillos, de lo que los extranjeros no valía la pena que discutiesen. Otros parecían sumisamente ganados por los placeres de la escolástica, quizá por un confortable concepto de la disciplina revolucionaria, quizás por su necesidad de creer y por la angustia de la crítica auténtica.

En una sesión de estudio político en Sian, en la que el responsable de la célula del Partido en el instituto, Tao, nos leía las actas del X Congreso del Partido Comunista chino, la observación más avanzada del señor de Sri Lanka, profesor de inglés, fue preguntar de qué documentos y de qué fecha eran las citas de Mao Tse-tung que aparecían en el texto.

Lo importante de estas sesiones me parecía también el hecho de que, en efecto, se nos leían los mismos textos que a los chinos. En el documento referente a la revolución educativa que vino a exponernos al hotel el subdirector del instituto de Sian, junto con el inseparable Tao, ya se apreciaban «huecos» de lógica, de análisis. Según el texto, en Taiwan y en la Unión Soviética se veneraba a Confucio.

—¿A Confucio? ¿En la Unión Soviética?

—Sí, claro. Confucio es siempre venerado por los reaccionarios. En un periódico de la Unión Soviética dijeron algo a favor de Confucio cuando supieron que nosotros lo criticábamos.

Por supuesto en la Rusia, cristiana ortodoxa en tiempos, no se veneraba más a Confucio que a Júpiter, pero eso no importaba. Cualquier cosa servía para probar la verdad fundamental del documento.

En las críticas a Lin Piao, a Liu Shao-shi, etc., importaban en realidad poco las personas físicas de los atacados, sus

existencias y actividades reales. Los individuos pasan a ser abstracciones, soportes nominales de epítetos e inventivas, catalizadores del gran exorcismo, piezas en torno a las cuales cristalizan, durante las sucesivas purgas, los clichés intercambiables. «Conspirador», «antipartido», «traidor», «burgués», «contrarrevolucionario», «seguidor del capitalismo», «archicriminal», «subversor de la dictadura del proletariado», «derechista», «revisionista», «hierba venenosa», «monstruo», «demonio», «ultraizquierda», «prosoviético», etc., no son sino el acompañamiento acostumbrado de los políticamente eliminados; mientras que «revolucionario» traduce el defensor y seguidor de las consignas oficiales, «manifestación» significa un desfile y recitado de slogans programado por la células del Partido, etc. Que el lector occidental no se desconcierte, pues, ante las peregrinas y contradictorias invectivas, cuyo significado en el contexto chino no tiene apenas relación con lo que evocan en el exterior. El núcleo rector de China es un puñado de personas. En el interior de este grupo se lleva a cabo una lucha personal feroz. La no eliminación física de los caídos no puede velar la violencia de la contienda. Como en casos anteriores, en las purgas por venir las personas de los traidores de turno será amplia, caricatural, desmesuradamente aprovechadas (al margen de toda lógica y de toda prueba), a base de ataques personales y «pecados de intención» y heterodoxia, como soportes materiales de campañas masivas, como diana visible de animosidades.

Caracteriza al pueblo, receptor de consignas y destinado a devolverlas como una inmensa caja de resonancia, la ausencia de poder decisorio, la falta de acceso a la información, el encuadre completo, la atonía, la pasiva indiferencia unánime y la unánime y ruidosa aquiescencia. ¿Qué importa el uso del vocabulario político? Estas reuniones de participación política son la antítesis de la crítica, la antítesis por tanto de la liberación del pensamiento del hombre, de la aprehensión lúcida de su mundo y de su historia, por la cual un socialista lucha. Se trata de exégesis en el más claro estilo del dogma revelado e incontestable, verdades sobre las que no cabe sino discusión de detalle, repetición,

machacamiento. Cualquier semejanza de lo que en Occidente se entiende por discusión política con las sesiones de estudio dirigido que tienen lugar en China es pura coincidencia.

¿Habría que deducir que los chinos son una masa amorfa de obedientes comparsas? Sería una falsa impresión fruto de la lejanía y del etnocentrismo. Recuerdo las palabras de Mei, su respuesta a mi extrañeza ante los ritos en los que también ella había participado durante la revolución cultural: «En aquel tiempo había que hacerlo para no ser criticado. Tú no puedes comprender. Tú no sabes lo que hemos pasado.»

LA ESTRUCTURA DEL PODER

Comprender China es, en buena parte, comprender la estructura del poder en China: un partido único de 28 millones² de personas, el 3,5 por 100 de la población; 195 miembros del Comité Central del Partido Comunista chino, cinco vicepresidentes y 21 miembros del Buró Político del Comité Central —incluyéndose en estos 21 también el Presidente y los cinco vicepresidentes—, cuatro miembros suplentes del Buró Político del Comité Central. (Estos datos pertenecen a las «Actas del X Congreso del PCC», en 1973. En abril de 1976 la constitución de los órganos rectores del PCC era de 18 miembros en el Buró Político: un presidente, cuatro vicepresidentes, cuatro miembros suplentes y cinco miembros del Comité Permanente. Naturalmente esto significa que los 18 miembros del Buró Político ocupaban uno o varios cargos simultáneamente.)

Las purgas de la revolución cultural y del asunto Lin Piao afilaron la punta de la pirámide e introdujeron en su base 11 millones de nuevos miembros, puesto que, antes de 1966, había 17 millones de afiliados. Sesenta mil de los nuevos militantes venían de los guardias rojos. Dada la tradicional lentitud de las promociones, puede pensarse que de los 28 millones de afiliados al PCC, once ocupan cargos de poca responsabilidad. Aunque, lejos de pertenecer a la estructura del poder,

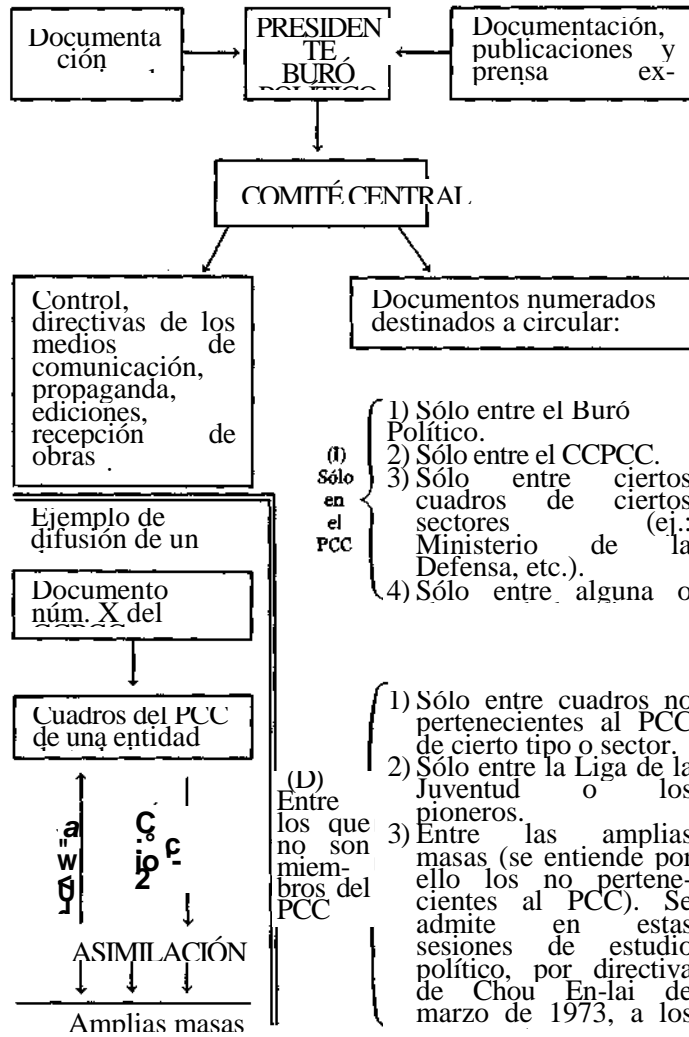
2. En la actualidad más de 30 millones, al parecer.

se limiten a actuar como entusiastas correas de transmisión de las consignas del Partido, podemos completar la información con las cifras de 50 millones de niños y niñas pertenecientes a los pioneros, y de un millón y medio a dos millones de afiliados a la Liga de la Juventud Comunista.

El PCC comprende una treintena de jerarquías. Tras el Buró Político, el Comité Central, el Presidente, vicepresidentes, suplentes, secretariado del Partido, secretarios provinciales y secretarios titulares y suplentes de los burós regionales, van escalonándose toda una serie de grados que corresponden a diversos niveles de responsabilidad. En sus últimas ramificaciones, los miembros del Partido dirigen las células del mismo en las entidades de trabajo (fábricas, brigadas agrícolas, institutos, etc.).

La historia del régimen maoísta es la de algunos estrategias brillantes y nacionalistas y un núcleo rector muy restringido, permanente y cerrado, que llega al poder en 1949 con un aparato ya fuertemente militarizado y cristalizado tras veintidós años de experiencia en la disciplina, la administración de los soviets y el mando. El líder absoluto es fruto necesario y lógico de un régimen absoluto de partido único. Independientemente de que las directivas de ese partido y ese cuerpo rector reducidísimo hayan sido o no encomiables, su naturaleza de estructura piramidal y autoritaria debía llevarle por necesidad a introducirse en los moldes del antiguo sistema burocrático-imperial. En torno al Presidente se aglutina y disputa el Buró Político, tras los muros de la Ciudad Prohibida en la que residen. De allá emanan directivas y campañas que, por un sistema de esclusas, escogidas y dosificadas, deben, a través de las células del Partido, impregnar al pueblo, bien encuadrado por la tupida red burocrático-social. Radio, prensa, publicaciones, forman un todo homogéneo en el que no existen prácticamente filtraciones del exterior ni oposición interior, sino expansión de una tesis gubernamental. El Verbo sustituye a la realidad objetiva en un universo cerrado en el que el Gobierno *crea* la objetividad. Ni la lógica ni las pruebas tienen razón de ser.

ESQUEMA DE LA INFORMACIÓN-
FORMACIÓN



El PCC se fundó en 1921. Por esos años lo constituían unos 50 miembros. La República Popular, que surge en 1949, está concebida como el resultado de una coalición entre el PCC y partidos, sectores y tendencias democráticos, liberales, progresistas, aglutinados por el nacionalismo y el deseo de un país moderno, libre y próspero. El PCC monopoliza rápida y eficazmente el poder. Aunque la constitución de 1954 había previsto que la Asamblea Nacional debía reunirse anualmente, de hecho ésta no se reunió sino diez veces en veinte años. La tercera Asamblea fue convocada una sola vez, en diciembre de 1964. Desde entonces el Gobierno no la convocó durante diez años. En enero de 1957, el Comité Central del Partido se reúne, redacta la nueva constitución revisada, dispone la organización del Estado y el nombramiento de Teng Hsiao-ping como vicepresidente. El Comité Central convoca a continuación a los diputados (¿unos cinco mil?) de la Asamblea Nacional del Pueblo para comunicarles un texto y unas disposiciones ya fuera de toda discusión y en cuya elaboración no ha participado la Asamblea. Nada tan significativo de la absoluta sumisión y mudez de los representantes del pueblo como la presentación que hace del documento a la Asamblea el viceprimer ministro y miembro del Buró Político: «Os ha sido distribuido por el Comité Central del PCC el proyecto de la constitución de la República Popular de China para que sea examinado por la presente Asamblea. Habiendo sido designado para ello por el Comité Central del PCC, voy a daros algunas explicaciones sobre este proyecto.» La falta de intervención de la base en la elaboración del documento es tan clara como la inexistencia de discusión y tiempo de estudio de éste por los diputados. La constitución revisada ratifica un estado de hecho: la sumisión absoluta al Partido de todos los organismos, poderes, estado, vida pública, etc.

Es simplemente increíble la alegre ignorancia o voluntaria ceguera con que la prensa occidental en su mayor parte, y en pluma de editorialistas de fama, ha comentado la nueva constitución china del 17 de enero de 1975. El

hecho macizo, innegable, de que en ella se elimine todo vestigio de derechos civiles, de derechos humanos, para dejar el país sometido por completo a la Seguridad Pública, se pasa prácticamente por alto. En la nueva constitución se anula, respecto a la de 1954, el derecho a la inviolabilidad de la correspondencia, a la libertad religiosa, a la libertad de emprender por cuenta propia trabajos de investigación científica y literaria, cultural y trabajos de creación. Por oportunismo profesional o por sumisión religioso-patológica al orden y al Gran Líder, la inmensa mayoría de los comentaristas occidentales han despreciado olímpicamente de la forma más segura, es decir, canonizándolos, a los chinos.

El núcleo dirigente chino ha permanecido sustancialmente el mismo desde los tiempos de Yenán, adelgazado por las purgas de las luchas intestinas. En ese cuerpo la única cabeza oficialmente pensante y rectora fue Mao Tse-tung. Estrategia, carisma, prestigio, habilidad, sistema, han concentrado en esa cabeza gigantesca los focos de la atención nacional.

El Ejército es un cuerpo selecto. Los soldados reciben una educación política intensísima y entre 3.200 y 3.400 calorías diarias *per cápita* (un tercio más que la media general; la dieta mínima del chino urbano fue estimada por Edgar Snow en 1960 en 1.350 calorías, y la del campesino entre 2.000 y 3.500). Todos los chinos entre los dieciocho y cuarenta años están sujetos al servicio militar, pero sólo una pequeña parte cuidadosamente seleccionada tiene el honor de ser llamada a filas y aun de integrarse definitivamente al EPL.

Al lado del EPL, otro órgano básico, del cual apenas se habla —los chinos en absoluto; los extranjeros raramente—, es el KAP (Kung Am Pu), la policía secreta política del Estado. Y, sin embargo, la importancia de esta maquinaria anónima se siente, por lógica, por omnipresencia, aunque jamás se pronuncie su nombre. El periodista L. Barcata, que viajó a China durante la revolución cultural, hace notar en su libro sobre la estancia su extrañeza ante la ausencia de crítica hacia el Ministerio de la Seguridad

Pública y de ataques contra su jefe, Hsieh Fu-chi, personaje gris que no aparece en público. A él había que atribuir el control de los 20 ó 30 millones de miembros de la milicia comunista, para entrar a la cual se precisa la autorización de la Seguridad Pública. Su autonomía y poderes especiales le dan un peso tremendo.

Mientras que la revolución cultural cambió por doquier los nombres de los dirigentes altos y medios, no parece que el Ministerio de la Seguridad Pública y la policía política del Estado hubieran sufrido depuración ni limitación de poder.

El Ministerio de Seguridad chino, al que incumbe el control civil, el orden interno, el espionaje y contraespionaje, la seguridad política y militar, nunca ha sido supeditado al Partido, como se hizo en la Unión Soviética. Hsieh recibía instrucciones directamente de la Comisión Permanente del Buró Político del Partido, sin estar sometido a su jerarquía, es decir: tiene un margen de autonomía enorme conjugado con la eficacia y la técnica de su organización¹. China es, y lo dice con toda sinceridad, un Estado totalitario. Su gobierno se define como «dictadura del proletariado» (léase dictadura de un partido único), y tiene la eficacia de las dictaduras, su concentración de poder y recursos, que produce obras gigantescas, adelantos espectaculares, grandes logros. También zonas sombrías, estremecedoras, menos vistosas, menos concretas, menos taradas de la fragilidad, de la individualidad de lo humano, de lo intelectual, de lo afectivo. Un sistema de control total es la sombra inseparable de una estructura así e imprime tanto más carácter cuanto más absoluto es el sistema. Aunque la policía de seguridad y la vigilancia de los ciudadanos no es ni mucho menos patrimonio exclusivo de China, el sistema chino sí es especialmente absoluto, cerrado, total. Aun antes de haberme informado sobre su estructura, incluso para un profano como yo, era palpable la atmósfera de desconfianza, el enrejado mental.

1. Datos de L. Barcata, *China. La revolución cultural*.

DEMOCRACIA Y ECONOMÍA

Ciertamente las democracias son lentas, discutidoras. Las dictaduras rápidas, expeditivas, rentables. ¿Son deseables, son inevitables, las justifica y las pide una situación nacional grave? Las explicaciones de tipo necesidad («Sólo era posible ese sistema en esa situación»), de connotación determinista sociorracial («Es un pueblo *distinto*, sin hábitos democráticos, que jamás pasó en su historia por las revoluciones burguesas. Es un pueblo *diferente*»), no me convencen por su exclusivismo, porque apartan suavemente del reino de la razón. Menos aún satisfacen las opciones místicas, mesiánico-políticas («Es el camino hacia una sociedad magnífica», «Ellos están en la posesión de la verdad y actúan por móviles de calidad y altura que nos superan»).

La estructura que he visto ante mis ojos me interesa en sí misma, la gente media, cada persona con su hoy. El sistema de China Popular encontrará ciertamente el apoyo incondicional de los partidarios del orden y de la eficacia, de cualquier país y color que sean, tanto del hombre de negocios contento de discutir con gente segura, de fiar, estable, como del jefe de Estado en visita, o del dirigente del partido de derechas alemán que halla inesperado apoyo a sus ideas sobre los peligros soviéticos. El militante de izquierdas, por su parte, encontrará en el fenómeno chino la legalización y oficialización de cuantos términos y nombres le han sido a él familiares en las reuniones con camaradas, en las discusiones con compañeros. Y, por más que le inquiete la omnipotencia y omnipresencia del sistema, los dedos de su lógica, de su crítica, resbalarán sobre la estructura sin encontrar una clase explotadora, económicamente beneficiaria, a la que asirse. Entonces deberá quizá un día dejar de leer lo leído y palpar como un ciego las nuevas formas de este futuro que ya es presente, escribir nuevos libros en los que tal vez dirá que puede haber explotación sin explotadores, al menos no en el sentido tradicional, que puede haber una clase privilegiada, esencialmente privilegiada y acaparadora, no ya del producto social —que no precisa—,

sino de los medios de influencia sobre la gran masa, de la información, del poder.

LA REVOLUCIÓN YA ES HISTORIA

NOTAS DE MI DIARIO

Cantón, **enero** de 1974

«Mientras visitamos el enorme Museo de la Revolución, en Cantón, entra un grupo de colegiales, chicos y chicas de unos catorce años. Se sientan, silenciosos, en el suelo. La guía y su profesor les explican las fotos y los textos. Están recibiendo, según la nomenclatura china, una educación de clase histórica y política, aprendiendo las luchas y sufrimientos del proletariado chino.

En las paredes, la bandera de los huelguistas de Jong Yang, testimonios de las huelgas de Hong Kong de 1925, la más larga de las cuales duró dieciséis meses, y fotografías individuales de sus dirigentes: son en su mayoría rostros decididos, serios, jóvenes, ardientes, con mirada aguda y boca voluntariosa.

Otra fotografía muestra una manifestación de rusos en apoyo a los huelguistas de Hong Kong; bajo ella vemos también al jefe del Partido Comunista alemán, que recibe al representante de los sindicatos chinos para manifestarle su solidaridad con la huelga.

En otra sala se describen los movimientos campesinos de Cantón en 1925. En medio de la sala, la bandera comunista de las sublevaciones campesinas, triangular, roja, con, en vez de la hoz y el martillo, un arado. Escritos de Stalin. Foto de un campesino pobre al que el terrateniente había arrancado los ojos y cortado los dedos. En una vitrina, el original del Análisis de clases de la sociedad china, de Mao Tse-tung, según el cual en 1927 los terratenientes eran el 6 por 100 de la población y poseían un 52 por 100 de la tierra; los campesinos ricos, un 8 y poseían un 19; los campesinos medios, un 11 y poseían el 13; y los campesinos pobres, un 69 por 100 y poseían el 6 por 100 de la tierra.

Vemos fotos de niños obreros trabajando en fábricas. Grabados de la expedición al Norte en 1927. Originales y primeras ediciones de Por qué puede existir el poder rojo en China y Una sola chispa puede incendiar toda la pradera, escritos \ por Mao en 1928, y su traducción en árabe y en español.

Cuelgan a intervalos de las paredes grandes óleos pastel con escenas de las cuales Mao es el protagonista. Estos óleos, los minuciosos cuadros naif, y las imitaciones en serie con fines comerciales de motivos tradicionales, forman los tres tipos de la pintura china actual. Los cuadros que tenemos delante son, como siempre, de un realismo idealizado. Tendencia al grupo, ji la estructura radial, solar, cuyo centro es la figura magnificada de Mao. Los fondos son difuminados, hay equilibrio del verde, rosa, amarillo y azul claros, y dos tonos netos que resaltan: el rojo de banderas, detalles y brazaletes, y el negro ala de cuervo de los cabellos de Mao. Es un estilo que no tiene nada de chino, sino de academicismo romántico europeo. Las expresiones son anodinas, bañadas por reflejo del halo presidencial en una claridad de éxtasis. Todos, absolutamente todos, sonríen en estos cuadros, creo que hasta los caballos. Las actitudes del Presidente, de los principales figurantes, son declamatorias. Las conocemos, las hemos visto; este puñado de posturas son las mismas, exactamente las mismas que hemos observado en el teatro, cuadros vivos de personas de carne y hueso, son los gestos que hemos visto repetir a los escolares en todas las representaciones, son los moldes de lo que esbozan los niños de las guarderías en las primeras danzas que aprenden:

Gesto número 1: La cabeza alta, mirada decidida al frente, mano derecha apoyada en la cadera, izquierda extendida (guía resuelto).

Gesto número 2: Manos cruzadas en la espalda, vista perdida en el horizonte, tronco muy recto (pensador y firme).

Gesto número 3: Sentado, más relajado, tronco inclinado hacia el auditorio, una mano explicando algo con los dedos juntos, la otra descansando sobre la rodilla con un cigarrillo (pedagogo afable).

Gesto número 4: Sentados, torso inclinado, brazos sobre las rodillas, manos cruzadas u ocupadas con un bloc de notas

o una taza, rostro fijo y sonriente (alumno atento y admirativo).

Gesto número 5: De pie, mano sobre la cadera, la otra con un cigarrillo, vista al frente (contemplador orgulloso).

Gesto número 6: Mano derecha abierta sobre el pecho, brazo izquierdo colgante, pie derecho avanzado, mentón alzado, sonrisa a discreción (adorador exultante).

Gesto número 7: Erguido, pierna derecha flexionada, pie sobre el taburete o cosa similar, mano sobre rodilla, expresión dura (cuadro decidido).

Gesto número 8: Puño derecho cerrado a la altura del rostro, puño izquierdo a la de la cadera hacia atrás, mirada colérica (odio insobornable).

Todos los sistemas y todos los grupos humanos tienen sus gestos y su iconografía oficial, pero el chino llama más la atención porque lo que se repite exclusivamente es esa iconografía, como un país en el que se imprimieran y tiraran sólo unos pocos originales y a millones de ejemplares de todos los tamaños y en todas las tintas.»

EL GRAN RECUERDO

Pekín, 4 de mayo de 1974

Esta noche, los extranjeros hemos sido invitados a un espectáculo que es el de siempre. Idénticas canciones: «Seguimos al Partido Comunista y al presidente Mao», «Canto una canción para el Partido Comunista», «Poema de Mao Tse-tung», etc. Apoteosis final inenarrable. Telón rojo de fondo. Retrato grande de Mao joven y toda la orquesta interpretando el concierto del Río Amarillo, con una muchacha que golpea concienzudamente el piano. Del final de la pieza de Hsieh Hsing-hai se ha sacado el actual himno nacional chino: «El Este es rojo».

La chica soldado arranca notas a puñetazos del piano. En su enorme óleo, Mao, con la estrena roja de la gorra torcida por cierto, afortunadamente no la oye.

Y, sin embargo, lejos de la política, de las invocaciones marxistas, hay algo que se palpa en esta música al Huang-Ho, el río que encarna la pervivencia de China. Algo hay en esta música bajo el retrato del joven arrogante que fue el Mao de aquella época; es el nacionalismo y el orgullo de la epopeya de la Gran Marcha, de una dignidad y de una tierra recobradas. Pasarán los decenios, toda esta epopeya roja quedará envuelta en sus banderas de seda, con el rostro orgulloso de Mao, con los 10.000 kilómetros recorridos y los silenciosos soldados-campesinos calzados de algodón. Pasarán los años, muchos, y quedará el recuerdo, como un acorde profundo, en el corazón ancho —limo, agua— del pueblo chino, en esta generación.

Pero, al mismo tiempo, este martilleo sobre el presidente Mao, este wagnerianismo, esta iconografía, hablan por sí solos, por lógica pura si se reflexiona y observa, de algo que ya está entrando en el pasado, que sale de la vida cotidiana para entrar irremediamente al museo con todos los honores. Ya no es un brillante amanecer, sino una esplendorosa puesta de sol. La religión maoísta entra en el bizantinismo.

El Oeste también es rojo.

ÍNDICE

1. Los chinos y su visión del mundo exterior
2. Los exguardias rojos
3. Revolución y postrevolución cultural
4. La revolución educativa
5. China y la Unión Soviética
6. El plan «571»
7. ¡Pi-Lin, Pi-Kon! (Críticad a Lin Piao
críticad a Confucio)
8. El Oeste también es rojo

Edita: Cupsa Editorial.—Cristóbal Bordiú, 35, 2.º
(207).—Madrid-3 Primera edición: abril de 1977 ISBN:
84-390-0017-0 Depósito legal: M. 7.532-1977
Composición: Fotocomposición Velázquez.—Eraso,
36.—Madrid Estampación: Hijos de E. Minuesa, S. L.—
Ronda de Toledo, 24. Madrid-5

